



Una boda antes de Navidad

SARAH VALENTINE

Índice

[Una boda antes de Navidad](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[Tengo un regalo para ti](#)

[Nota de la autora](#)

[¿Dónde puedes encontrarme?](#)

**Una boda antes
de Navidad**

SARAH VALENTINE

Sinopsis

Una boda antes de Navidad

Stella Harper, una organizadora de eventos exitosa, pensaba que lo tenía todo bajo control... hasta que una cláusula inesperada en el testamento de su tía abuela Margaret la obliga a casarse antes de Navidad si quiere conservar su apartamento en Manhattan.

De forma inesperada, entra en escena Nico Moretti, un carismático y atractivo chef italiano con serios problemas financieros en su restaurante.

Lo que comienza como un simple contrato entre dos personas adultas para cumplir con el testamento se complica con luces navideñas, paseos románticos por Rockefeller Center y tardes accidentadas de patinaje bajo el árbol de Navidad más famoso del mundo.

¿Podrán Stella y Nico mantener su acuerdo cuando la magia navideña empieza a hacer de las suyas?

Entre cenas gourmet, chispas de amor, una familia italiana que aporta mucho amor y aún más caos y una ciudad que nunca duerme, Stella descubrirá que hay cosas más importantes que un contrato... y que, a veces, lo que menos esperas se convierte en lo que más necesitas.

Prepárate para una dosis de romance, humor y mucha Navidad en esta encantadora comedia

romántica en Nueva York.

Ideal para quienes buscan una comedia romántica navideña que derrita el corazón y saque sonrisas. ¡Esta es la lectura perfecta para envolverte en una manta, con una taza de chocolate caliente, y dejarte llevar por la magia de Nueva York en Navidad!

¡Te vas a enamorar!

Sarah Valentine, autora de novelas románticas Best Sellers, como su serie Condes escoceses, su serie Duques escoceses y su Serie Herederos, publica ahora *Una boda antes de Navidad* una novela romántica contemporánea de comedia, magia navideña y mucho amor ambientada en Nueva York

Si te gustan las historias 100% románticas, lee las novelas de Sarah Valentine.

A ti, que crees en la magia de la Navidad.

Prólogo

Stella

El bullicio de Manhattan nunca se detiene. El sonido constante de los coches, las voces y las sirenas... sigue su curso habitual al otro lado de las ventanas de mi apartamento, como si el mundo no se diera cuenta de que el mío ha dejado de girar. Me siento en el sofá con las piernas cruzadas, mientras que con los dedos jugueteo con los pliegues del documento que reposa frente a mí sobre la mesa de cristal. Mis ojos, cansados, se fijan en las letras impresas, como si hubiera algo más entre esas líneas que no estoy entendiendo.

—Casarme —murmuro en voz baja, como si decirlo en voz alta pudiera darle algún sentido.

Mis pensamientos giran en torno a los recuerdos de la tía Margaret, a su rostro severo y a sus palabras llenas de reproches disfrazados de consejos. Desde que era pequeña, sus visitas a casa siempre venían acompañadas de esos silencios incómodos en los que yo intentaba desesperadamente adivinar, sin conseguirlo, qué era lo que, a su juicio, estaba haciendo mal. A veces me preguntaba si mi tía alguna vez se había preocupado por mirarme realmente como era o si me había visto como algo más que una versión joven de lo que, para ella, nunca debí ser. «Las cosas importantes en la vida no son el éxito, Stella. Lo descubrirás algún día», me dijo una vez hace tiempo, y aunque en aquel momento fingí que no me importaba, sus palabras aún me duelen cada vez que las recuerdo.

Pero ahora, con su muerte, ha conseguido lo que no logró en vida: ponerme contra las cuerdas. Niego con la cabeza y me froto las sienes, intentando calmar la creciente presión que noto y que amenaza con convertirse en una terrible migraña. Me siento atrapada y lo más frustrante de todo es que tía Margaret sabía que conseguiría que me sintiera así. Sabía lo mucho que amo este apartamento y lo que representa para mí y pese a eso me ha puesto en esta encrucijada.

Miro a mi alrededor, recorriendo con la mirada cada uno de los rincones del salón de mi apartamento. Las paredes blancas, los muebles de diseño, que he elegido con tanto cuidado, los cuadros que he ido coleccionando a lo largo de los años, todo refleja mi éxito y mi independencia. Este apartamento no es solo el lugar en el que vivo, si no también es mi refugio, al que le he ido dando forma a lo largo de todos estos años. Tía Margaret lo sabía, y por eso ha encontrado la forma de usarlo en mi contra. Y ahora que se ha muerto, me ha dejado un regalo especial en su testamento: si quiero mantener este apartamento, debo casarme antes de tres meses, es decir, antes de Navidad. Así que, si no me caso antes de Navidad, perderé todo esto.

La palabra *casarme* la siento ridícula en mi boca.

Casarme, me repito.

Yo, Stella Harper, que no creo en el matrimonio, ni en las promesas de por vida y mucho menos en los cuentos de hadas. He pasado mi vida construyéndome una carrera exitosa y un nombre en el mundo de los eventos de lujo en Manhattan. He aprendido a moverme en este mundo rápido y competitivo, a codearme con los más importantes y a lograr que mis eventos sean los más conocidos y codiciados entre los círculos más poderosos de la ciudad. Pero, en

cambio, mi vida personal... esa la he dejado siempre de lado. No tengo tiempo para el amor y mucho menos para compromisos de ese tipo. Algo que tía Margaret siempre se empeñaba en que debía priorizar. Yo, como la mujer independiente que siempre he intentado mostrar que soy, le decía que el matrimonio no era para mí. Ella aceptaba a regañadientes, aunque ha tenido que morirse para imponerme su verdadera voluntad.

Lo peor de todo es que hasta el día de hoy, mis relaciones han sido superficiales y pasajeras. No he tenido una relación seria en... bueno, en mucho tiempo. Ninguno de los hombres que han pasado por mi cama ha sido más que una distracción temporal, alguien con quien pasar una noche para luego volver a mi rutina. Por eso, la idea de casarme con alguien, de compartir mi vida y mi espacio, me resulta tan ajena que casi me da risa. Porque el único novio más o menos formal que tuve fue David, una persona bastante peculiar a quién el matrimonio le parecía algo que no iba en absoluto con él.

Sin embargo, ahora, gracias a tía Margaret, tengo que considerar lo que para mí ha sido absolutamente impensable, porque el apartamento en el que he construido mi vida depende de una boda. Bueno, mejor dicho: de una boda no, de ¡MI boda!

Me levanto del sofá y camino hacia la ventana, empujo las cortinas a un lado y miro hacia la calle y suelto un resoplido. El bullicio de la ciudad sigue ahí, ajeno a mi dilema. La gente sigue corriendo de un lado a otro, los taxis tocan la bocina, los peatones se apresuran bajo las luces de los escaparates. Nada se detiene, excepto yo.

Apoyo la frente contra el frío cristal y cierro los ojos.

—¿Qué voy a hacer? —susurro, aunque nadie puede oírme.

El timbre suena sacándome de inmediato de mis pensamientos. Me giro, algo desconcertada y miro la hora que es en la pantalla de mi teléfono. No espero visitas, pero entonces recuerdo que Emma había dicho algo de pasarse por aquí después del trabajo. Abro la puerta y como un torbellino de energía y caos, mi amiga entra en mi apartamento con esa seguridad que solo Emma puede tener.

—¡Dios mío, Stella! ¡Has visto la cara que tienes?! —exclama, dejando su bolso en el suelo y mirándome como si acabara de ver un fantasma—. ¿Qué ha pasado?

—Lo de siempre. Un día largo —le digo encogiéndome de hombros en un intento de sonar casual, aunque sin decirle una mentira. Mi amiga, que me conoce demasiado bien, me lanza una mirada incrédula y se deja caer en el sofá, como si fuera su propio apartamento.

—Venga ya, no te creo. ¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes esa cara? —pregunta, entrelazando los dedos detrás de la cabeza, mientras me mira con esos ojos inquisitivos, que me hacen sentir que ya ha adivinado la mitad de lo que me sucede.

Me siento a su lado, tomando el documento que está sobre la mesa entre los dedos y se lo pongo delante sin decir una palabra. Emma lo toma y empieza a leerlo. Sus cejas se arquean a medida que sus ojos recorren las líneas, y luego me mira, boquiabierta.

—Esto es una broma, ¿verdad? —pregunta, aunque en su tono ya noto que empieza a procesar lo que ha leído.

—Ojalá —resoplo negando con la cabeza.

Emma vuelve a mirar el papel y luego a mí, esta vez con una mezcla de incredulidad y diversión en su cara.

—¿Tu tía te deja el apartamento en herencia solo si te casas en tres meses? Es de locos. Esto es como el argumento de una comedia romántica barata. ¡No puedo creerlo! —empieza a reírse, como si esto realmente fuera una broma.

—A mí no me hace gracia —le digo, cruzando los brazos sobre el pecho.

Emma deja de reír y se inclina hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

—Vale, hablando en serio... ¡Es una putada! ¿Qué vas a hacer? —pregunta con un tono más serio, aunque no puede ocultar la chispa divertida en sus ojos.

—No lo sé —respondo con más sequedad de la que querría.

Emma me observa durante un rato largo, y luego sacude la cabeza.

—¿De verdad estás planteándote casarte solo por un apartamento?

—Emma, no es solo un apartamento. Es mi vida. Todo lo que he construido, todo lo que soy, está aquí. No puedo perderlo. Además, tú sabes ¿cuánto cuesta este apartamento?

—Varios millones de dólares —resopla Emma mirando a su alrededor.

—Entonces. ¿qué quieres que haga?

—Stella, lo sé, pero... ¿casarte? ¿Con quién? —pregunta, levantando las manos en el aire como si estuviera buscando a ese supuesto marido en el techo.

Y ahí está el problema. No tengo ni idea. No conozco a ningún hombre con el quién podría casarme antes de Navidad. Además, mis relaciones nunca han sido serias, nunca he permitido que llegaran demasiado lejos.

—Bueno con David sí que tuviste algo más o menos...

—¿Con David? Que va... David cree menos en el matrimonio que yo...

—Además, está montado en el dólar... —resopla de nuevo.

Emma vuelve a sacudir la cabeza, pero esta vez con una sonrisa.

—Bueno, si quieres, me caso contigo —bromea—. Al menos no tendrías que lidiar con un hombre roncando a tu lado.

No puedo evitar soltar una carcajada, al escucharla. Pero mi risa se desvanece rápidamente. El peso de la realidad vuelve a caer sobre mí, pesado e inevitable. Emma se pone seria de nuevo y me mira fijamente, como si pudiera leer mis pensamientos.

—Stella, eres la mujer más brillante y capaz que conozco. No necesitas un hombre, ni un matrimonio, para demostrar nada. Eres independiente, fuerte... y si alguien puede salir de esta situación, eres tú.

—¿Y cómo? —pregunto en un susurro.

Emma se queda en silencio por un momento, y luego se encoge de hombros.

—No lo sé, pero lo descubrirás. Siempre lo haces.

La miro, agradecida por su optimismo, aunque no lo comparta en este momento. Emma siempre es la persona que me hace reír cuando todo parece desmoronarse. Pero esta vez, ni siquiera sus bromas pueden sacarme de este agujero en el que me ha metido tía Margaret.

—¿Te quedas esta noche? —pregunto, cambiando de tema.

—Por supuesto. He traído vino y chocolate ¡Vamos a necesitarlo!

Capítulo 1

Stella

Emma y yo regresamos al sofá y nos quedamos en silencio en el salón. Me remuevo en mi asiento, con el documento del testamento aún sobre la mesa frente a nosotras, como si fuera una bomba a punto de explotar. Emma toma un sorbo de su copa de vino y me lanza una mirada escrutadora, como si intentara leer en mi rostro una solución que ni yo misma tengo.

—Stella, de verdad... —comienza ahora con un tono más serio—. No quiero parecer frívola, pero no entiendo por qué no te planteas hacerlo. No tiene que significar nada. Al fin y al cabo, es solo una boda. ¿Qué es un año comparado con lo que perderías si no lo haces? Un año casada a cambio de este apartamento en el corazón de Nueva York, que vale varios millones de dólares, sea tuyo...

Sus palabras me pinchan de una manera que no esperaba. Emma, siempre tan relajada y desinhibida, ve el matrimonio como algo pasajero, una formalidad sin valor. Pero para mí, la simple idea de compartir mi vida con alguien, aunque sea por un año, me parece aterradora. No por lo que podría significar para los demás, sino por lo que significaría para mí.

—Emma, no puedo simplemente casarme por... por obligación —le respondo, intentando mantener la calma, aunque la verdad es que estoy al borde del colapso—. No es solo firmar un papel. ¿Y luego qué? ¿Cómo voy a compartir mi espacio con alguien durante todo un año?

—Pero ¿tenéis que convivir durante un año bajo el mismo techo?

—Sí, mira, lo pone aquí —le digo señalando el texto donde lo pone.

Mi amiga frunce los labios, mientras lee el texto.

—¿Por qué no? —me responde como si fuera la cosa más obvia del mundo—. Aquí no pone que tengas que enamorarte, ni nada parecido. Es solo un acuerdo. Y lo haces por ti. ¿No es eso lo que has estado haciendo siempre? Todo lo que has construido, todo lo que eres... lo has hecho sola. Nadie te está pidiendo que cambies eso. Solo tienes que casarte y convivir con una persona un año y luego este pisazo será tuyo... ¡Yo no lo veo tan complicado! —añade Emma encongiéndose de hombros.

Me paso una mano por el pelo, nerviosa, y con la sensación de que me va a estallar la cabeza de un momento a otro. A Emma todo le parece muy fácil, porque ella nunca ha sentido la necesidad de controlarlo todo, ni de tener cada aspecto de su vida perfectamente planificado. Yo, en cambio, he pasado años trabajando en la carrera que me define, que me ha dado todo lo que soy, y ahora... todo eso pende de un hilo.

—Es que no lo entiendes, Emma. —Mi voz suena más tensa de lo que pretendo—. Este apartamento no es solo el lugar donde vivo. Es... es mío. Es mi refugio, mi símbolo de todo lo que he logrado. Y si me caso... es como si estuviera cediendo ese control. Como si de alguna manera todo lo que he construido por mí misma y sin depender de nadie perdiera su valor. ¿No lo ves?

Emma me mira por un momento, en silencio. A veces me pregunto cómo puede ser que dos personas tan diferentes sean amigas. Pero ahí está, sentada frente a mí, con esa mezcla de

empatía y desdén que me resulta tan familiar.

—Mira, no voy a decirte cómo llevar tu vida —comienza, inclinándose hacia mí—, pero, sinceramente, me parece que te estás aferrando demasiado a algo que ni siquiera es tan importante. Eres Stella Harper, ¿vale? Este apartamento es tuyo porque tú lo has hecho tuyo. Pero, al final solo es un apartamento, tú vales mucho más que esto.... Aunque te conozco tan bien que sé que vas a hacer lo que sea necesario para conservar este apartamento...

Sus palabras me golpean en medio del pecho y me dejan KO, aunque no puedo admitirlo. Claro que sé que tiene razón, al menos en parte. Me levanto del sofá y empiezo a caminar por el salón, mirando los cuadros, las lámparas que elegí con tanto cuidado y el sofá donde hemos pasado tantas noches Emma y yo, hablando, riendo, soñando.

—¿Y si me equivoco? —le pregunto sin girarme, aún mirando a mi alrededor, como buscando respuestas en el mobiliario que conozco tan bien—. ¿Y si después de casarme... me arrepiento? ¿Y si todo esto... pierde su sentido?

—No va a perderlo —Emma responde con firmeza—. Porque esto, lo que has hecho, lo que tienes, no es por el apartamento, Stella. Es por ti. El apartamento es solo una excusa. No necesitas demostrarle nada a nadie, ni siquiera a ti misma.

La escucho, pero no puedo dejar de sentir esa punzada de miedo y de incertidumbre. Mi vida ha sido una constante búsqueda de perfección y control. El matrimonio, para mí, es lo contrario a eso. Es abrir una puerta a lo desconocido y ese pensamiento me aterra.

Me acerco a la ventana y miro la ciudad. Manhattan sigue latiendo, ajena a mi dilema, ajena a la confusión que me carcome por dentro. Cierro los ojos por un momento, respirando profundamente, intentando encontrar una respuesta, una salida a todo esto. Pero lo único que siento es el peso del tiempo que ya ha empezado a correr en mi contra.

—Stella, si tanto te preocupa —Emma vuelve a hablar desde el sofá—, busca a alguien, un tío que no signifique nada para ti y cástate. Hazlo por un año y cuando todo termine, te divorcias y seguirás siendo tú. Nadie tiene que saber los detalles de vuestro matrimonio. Es un acuerdo y punto.

Me giro para mirarla, intentando procesar lo que me dice. En su mundo, todo parece muy sencillo. Pero para mí, siempre es diferente.

—¿Y si no encuentro a nadie dispuesto a casarse conmigo por un año? —le pregunto en voz baja.

—Por favor, estamos en Manhattan. ¿Sabes cuántos tipos estarían dispuestos a hacerlo por dinero o por... no sé, por lo que sea? —Emma se ríe, aunque esta vez su tono es menos burlesco y más pragmático—. No te preocupes. Si quieres, te ayudo. Conozco a gente...

Ruedo los ojos ante su ofrecimiento y suelto un resoplido. El problema no es encontrar a alguien. El problema es que no estoy segura de querer hacerlo.

Emma se levanta del sofá y camina hacia mí, colocando una mano en mi hombro.

—Mira, sé que esto es difícil para ti, pero no tienes que decidirlo todo ahora. Tómate un tiempo, tienes tres meses de plazo aún. Reflexiona. Pero, sobre todo, no te castigues por ello.

La miro a los ojos, agradecida por su apoyo, aunque sé que ni siquiera ella puede entender lo que estoy pasando realmente. El dilema en el que me encuentro no es solo práctico, es personal. Es una batalla interna entre lo que he creído siempre y lo que el destino parece haberme tirado en la cara gracias a tía Margaret.

—Gracias —murmuro con suavidad.

Emma me sonrío y me da un ligero apretón en el brazo antes de volver a sentarse.

—Sabes que estoy aquí, ¿verdad? Para lo que necesites.

Asiento, aunque sé que esta es una lucha que debo lucharla sola. Me siento de nuevo junto a ella, mirando el testamento que continúa sobre la mesa. Ese pedazo de papel que ha puesto mi vida patas arriba. Respiro profundamente y tomo la copa de vino que había dejado a un lado y la alzo hacia Emma.

—Por lo que venga —digo con una sonrisa triste.

Emma sonríe y levanta su copa también.

—Por lo que venga.

El cristal choca suavemente y, por un momento, el peso de la decisión que debo tomar me parece menos aplastante. Pero sé que, aunque esta noche puedo olvidarme de él, mañana me seguirá esperando.

Capítulo 2

Nico

Me quedo de pie frente a la ventana del restaurante, mirando la calle vacía. Apenas ha oscurecido, pero hace frío afuera, lo sé porque las pocas personas que cruzan la calle van bien abrigadas, con bufandas enroscadas alrededor del cuello y gorros. Pero aquí dentro, en mi restaurante vacío, el frío no viene del exterior. Aquí el frío nace de mi pecho y se arrastra lentamente hasta el estómago. Me paso una mano por el pelo, desordenándolo aún más de lo que ya está, y suspiro profundamente. Las sillas están perfectamente alineadas alrededor de las mesas, los cubiertos brillan bajo las lámparas y las copas están listas y a la espera de los clientes que nunca llegan. Es irónico. Todo está preparado, siempre lo está, pero la verdad es que cada vez viene menos gente al local.

—Maldita sea —murmuro para mí mismo.

Las cuentas no cuadran. Cada mes tengo que hacer malabares para pagar al personal, a los proveedores y, claro, el maldito alquiler. Nueva York es implacable y te exprime hasta que no te queda nada. Y a mí ya no me queda casi nada. Lo único que tengo es este restaurante y no sé por cuánto tiempo. La idea de perderlo me asusta y me paraliza al mismo tiempo.

Por suerte, no le he dicho nada a mi familia. No sabría ni cómo hacerlo ¿Cómo podría explicarles que el sueño, que tanto me costó levantar, se está desmoronando? Mis padres, mi abuela... están tan orgullosos de lo que he logrado, que decirles que he fracasado sería un auténtico desastre para ellos. Yo he sido el primer Moretti que ha montado su propio restaurante en el West Village, ni más ni menos. Soy una especie de héroe familiar que dejó Brooklyn para conquistar Manhattan con sus recetas. Pero, la verdad, es que cada día que pasa, estoy más cerca de perder esa batalla y de perder los superpoderes del héroe que nunca he sido.

Escucho un leve ruido detrás de mí, me doy la vuelta y veo a Mario, uno de los camareros, recogiendo las últimas cosas en la cocina. Es un buen tipo, lleva trabajando conmigo desde el principio. Me siento culpable solo de pensar que, si esto sigue así, no podré seguir pagándole y tendré que echarle. No sé cómo mirarle a la cara sin sentir que le estoy fallando.

—Nico, me voy ya. ¿Necesitas algo más antes de cerrar? —pregunta Mario, secándose las manos en un trapo.

—No, vete tranquilo —le respondo, forzando una sonrisa—. Nos vemos mañana —. Asiente y desaparece por la puerta de la cocina.

Me quedo solo otra vez, así que me acerco a la barra y me sirvo una *grappa*. El líquido me quema al bajar por la garganta, pero no lo suficiente como para apagar la sensación de fracaso que me persigue últimamente. Apoyo los codos sobre la barra, bajo la cabeza y me froto la cara con las manos.

Me he pasado años trabajando en este lugar, levantándome temprano y acostándome tarde. Mi vida ha sido la cocina, crear platos que hagan sonreír a la gente y que les traigan recuerdos. Pero últimamente, parece que eso no es suficiente. Los impuestos, el alquiler... todo se acumula y no importa cuántas nuevas recetas invente o cuántos menús de temporada ofrezca, los números siguen sin cuadrar.

Cierro los ojos, tratando de calmar la tormenta de pensamientos que me invade. Pienso en mi familia, en las próximas Navidades, que son en tres meses y que siempre celebramos juntos y yo tendré que decirles que he fracasado. La Navidad siempre ha sido mi época favorita del año, una oportunidad para desconectar del estrés y sentir la calidez de la familia. Pero este año, la Navidad sé será diferente, como si la magia de siempre hubiera desaparecido.

Abro los ojos y observo alrededor del restaurante vacío. Las luces, las decoraciones que renové hace unas semanas, en este momento todo me parece una burla cruel. Ahora mismo lo único que siento es la presión de las deudas y de las decisiones que debo tomar si quiero salvar lo que me queda.

¿Qué he hecho mal?

¿Cómo he llegado a este punto?

No tengo duda, la respuesta es clara: la ciudad. Nueva York no es fácil para nadie y mucho menos para un pequeño restaurante como el mío, en un barrio donde los grandes nombres de la gastronomía se llevan toda la atención. He luchado contra gigantes desde el principio, y supongo que siempre he estado condenado a perder frente al resto.

El timbre de la puerta me sobresalta. Me doy la vuelta, sorprendido de ver a alguien entrar a esta hora. Es Carlo, mi proveedor de vinos. Un tipo simpático, siempre sonriente, pero hoy noto algo distinto en su expresión. No trae la caja de vinos que siempre me deja antes de irse. Hoy solo trae una carpeta bajo el brazo.

—Nico, necesito hablar contigo —me dice sin rodeos cuando llega hasta donde estoy.

Me tenso al instante, imaginando lo que va a decirme. No necesito más malas noticias, pero aquí están, llamando a la puerta, igual que todo lo demás.

—Claro ¿Quieres un trago? —le digo mostrándole la botella de *grappa*.

Niega con la cabeza y deja la carpeta sobre la barra, justo frente a mí. La miro con el ceño fruncido, sin tocarla.

—No me gusta hacer esto, ya lo sabes —empieza, evitando mirarme directamente—, pero necesito que me pagues las últimas facturas. Ya han pasado tres meses, y mi jefe está presionándome para que lo arreglemos cuanto antes.

—Lo sé —Me siento, derrotado—. Estoy trabajando en ello.

—No quiero presionarte, pero... si no puedes cubrir esos pagos, mi jefe me obligará a dejar de suministrarte. Y no quiero llegar a ese punto.

Miro la carpeta, como si pudiera quemarla con la mirada. Sé que Carlo no es el malo de la película, solo está haciendo su trabajo, pero no puedo evitar sentir la rabia arremolinándose en mi estómago. Estoy harto de malas noticias y de sentir que no puedo salir de este agujero.

—Dame una semana más —le pido finalmente, levantando la vista para mirarlo—. Voy a encontrar una solución. Solo necesito un poco más tiempo.

Carlo me mira con una mezcla de empatía y frustración. Asiente lentamente, recogiendo la carpeta de nuevo.

—Una semana, Nico. Eso es lo máximo que puedo darte.

Lo veo marcharse, y cuando la puerta se cierra tras él, me desplomo sobre la barra. Mi cabeza da vueltas, no sé por dónde empezar. Las deudas se acumulan, y yo... yo solo quiero seguir cocinando. Quiero mantener el restaurante abierto, ver a la gente disfrutar de la comida y sentir que todo mi esfuerzo no ha sido en vano. Pero cada día que pasa, me siento más lejos todo eso y el restaurante se convierte en una carga más que en un sueño. Y esa sensación de fracaso... de haber fallado, tanto en lo profesional como en lo personal, me pesa demasiado. No solo por el restaurante, sino porque, en mi vida personal, tampoco he logrado lo que esperaba.

He pasado tanto tiempo concentrado en el trabajo que he dejado de lado todo lo demás. No tengo una familia propia, ni he construido nada fuera de estas paredes. Y ahora, mientras veo cómo mi restaurante se desmorona, no puedo evitar preguntarme si me equivoqué en todo. Si dediqué mi vida a algo que, al final, no va a importarle a nadie más que a mí. Respiro profundamente, tratando de calmar la angustia que crece dentro de mí. No puedo permitirme caer en ese pozo. No ahora. Tengo que encontrar una solución y hacerlo rápido, porque el tiempo corre en mi contra.

Salgo de la barra, decidido a no dejar que este sea el final. Tal vez no pueda controlar todo lo que está sucediendo, pero lo que sí puedo hacer es luchar. Y eso es lo que voy a hacer mientras me queden fuerzas.

Capítulo 3

Stella

El calendario en la pared marca los tres meses que faltan para Navidad con una indiferencia insultante, mientras que yo, atrapada en mi propio caos, intento encontrar una salida que no parece existir. Estoy sentada a la isla de la cocina, con el portátil abierto frente a mí y una lista interminable de nombres de hombres a los que he conocido a lo largo de los años. Hombres que, en su momento, no fueron para mí más que una distracción temporal, una forma de llenar las noches vacías después de largas jornadas de trabajo. Pero ahora, cada uno de esos nombres me parece lejano y vacío.

Lanzo un hondo suspiro y paso los dedos por el teclado, observando esos nombres como si esperara que alguno de ellos, mágicamente, se iluminara. Pero no. No hay nadie. Ninguno de ellos me parece adecuado para lo que necesito en este momento. Recorro a viejas conversaciones, intento recordar caras, momentos, pero lo único que me viene a la mente es la superficialidad con la que siempre he abordado mis relaciones. No he tenido tiempo para nada más. Y ahora me doy cuenta de que esa ha sido mi mayor excusa. Suelto un suspiro, dejando caer la cabeza entre las manos. Estoy agotada. No solo físicamente, sino emocionalmente. Mi mente no para de dar vueltas al mismo problema: ¿cómo he llegado hasta aquí? He construido mi vida de forma tan calculada y metódica y, sin embargo, parece que todo se está desmoronando frente a mí sin que pueda hacer nada por evitarlo. Mi éxito profesional me ha dado todo lo que siempre he querido: prestigio, independencia y seguridad. Pero en este preciso momento, ninguna de esas cosas puede sacarme del atolladero en el que me encuentro. Ojalá tuviera los millones de dólares que cuesta este apartamento y pudiera olvidarme de los caprichos que tía Margaret, después de muerta, pretende imponerme.

Levanto la cabeza y observo mi casa desde la isla de la cocina. Cada rincón, cada objeto, me recuerda a los años que he invertido en crear este espacio, en convertirlo en un reflejo de todo lo que soy. Pero ahora... todo esto parece vacío. Las paredes, los muebles, las obras de arte que he coleccionado. Nada puede reemplazar lo que me falta: una conexión real, alguien que me complemente, que me haga sentir menos... sola y que esté dispuesto a casarse antes de Navidad y vivir conmigo durante un año.

—Esto es una locura —murmuro para mí misma, negando con la cabeza y cerrando el portátil de golpe.

El sonido del cierre parece resonar en la cocina, marcando el final de un esfuerzo inútil. No voy a encontrar a nadie de mi pasado que pueda ayudarme. Todos esos hombres eran solo sombras pasajeras, ninguno de ellos estuvo nunca realmente presente. Y ahora, necesito a alguien que lo esté. Alguien con quien pueda cumplir esta absurda condición de tía Margaret. No es pedir demasiado, ¿verdad?

Me levanto y camino hacia el salón, buscando algo que hacer para distraerme, aunque sea solo por un momento. Pero la verdad es que no encuentro distracción posible. No cuando el tiempo corre en mi contra y la Navidad se acerca como una amenaza silenciosa. Me acerco a la ventana y miro hacia la ciudad. Los escaparates, los peatones caminan apresurados por las

aceras, y el bullicio constante de Nueva York me recuerda que el mundo sigue girando, ajeno a mi dilema.

—Tengo que hacer algo —me digo a mí misma, con una mezcla de determinación y desesperación, que me ahogan.

Vuelvo al sofá y, esta vez, cojo mi móvil. Abro la lista de contactos y empiezo a deslizarme por los nombres, buscando algún resquicio de esperanza. Mis dedos se detienen en uno: Alex. Nos conocimos en una fiesta hace un par de años, una de esas veladas glamourosas, donde todo el mundo parece estar fingiendo ser alguien más interesante de lo que realmente es. Recuerdo que Alex y yo congeniamos en seguida. Tuvimos un par de citas después, aunque no fue más allá. Era guapo, encantador, pero, en ese momento, yo no buscaba nada serio. Tal vez... tal vez podría ser una opción ahora. Dudo durante unos segundos antes de presionar su nombre y marcar. El tono de llamada suena varias veces antes de que su voz profunda y relajada responda al otro lado.

—Stella, ¡qué sorpresa! —suena realmente sorprendido—. ¿Cómo estás?

Me muerdo el labio, intentando encontrar las palabras correctas. No es fácil, después de tanto tiempo, pedir algo así.

—Ho-hola, Alex. Estoy... bien, supongo —respondo, aunque sueno tan insegura que me doy cuenta de lo mal que va a salir esta conversación si no me centro—. Quería hablar contigo de algo un poco... inusual.

Hay un silencio corto al otro lado de la línea antes de que su tono se vuelva más serio.

—Claro, dime. ¿Todo bien?

Me siento tensa, como si estuviera a punto de cruzar una línea invisible de la que sé que no hay vuelta atrás.

—No sé muy bien cómo explicarlo, pero... —hago una pausa, buscando las palabras—. Necesito casarme... Antes de Navidad.

La reacción de Alex es rápida. Suelta una carcajada incrédula, aunque no percibo malicia en ella.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—No —respondo, intentando sonar firme—. Es una larga historia, pero... necesito hacerlo para conservar mi apartamento. Es... complicado. Y sé que suena ridículo, pero no estoy buscando una relación, solo... bueno, un acuerdo temporal.

Otra pausa. Esta vez, más larga, durante la que prácticamente puedo oír los engranajes dentro de su cabeza girando y procesando lo que le acabo de proponerle.

—Stella... no sé qué decir. Esto es... inesperado.

—Lo sé, lo sé —me apresuro a aclararle, sintiéndome un poco avergonzada—. No tienes que decir nada ahora. Solo quería saber si... si podrías, al menos, considerarlo.

Hay otro silencio, y ya sé lo que viene antes de que lo diga.

—Eres una gran chica, Stella. Pero... no creo que lo que me propones sea algo para mí.

Aunque su respuesta no me toma por sorpresa, me duele igual. Tras su contestación, termino la llamada de forma rápida, agradeciéndole su tiempo, aunque lo que me gustaría hacer en este momento es gritar. La frustración se acumula dentro de mí y cuando cuelgo, me desplomo en el sofá, sintiendo cómo el agotamiento emocional me arrastra hacia abajo. Cierro los ojos, tratando de calmarme y de pensar con claridad.

—No es el fin del mundo —me digo—, aunque lo parezca.

De repente, una idea descabellada cruza por mi mente. Es algo tan fuera de lo común, que incluso pensar en ello me provoca una risa nerviosa. ¿Y si acudo a una agencia matrimonial?

Es ridículo, lo sé. Pero... ¿por qué no? Es un servicio, como cualquier otro. No sería más que un contrato, un acuerdo entre dos adultos. Nada de sentimientos, nada de complicaciones. Mmmmm... ¡Suena bien! Me levanto de golpe con el móvil de nuevo en mi mano y empiezo a buscar en internet. «Agencias matrimoniales en Nueva York». Los resultados aparecen rápidamente, docenas de sitios ofrecen servicios de emparejamiento para todos los gustos. Algunas parecen más serias que otras y algunas están claramente diseñadas para personas con más tiempo del que yo dispongo.

No puedo evitar pensar en lo surrealista que es todo esto. Yo, Stella Harper, una mujer independiente, organizadora de eventos de éxito en Manhattan, buscando un marido por contrato. Mi vida se ha convertido en una comedia romántica absurda. Pero no tengo tiempo ahora mismo para empezar a plantearme dudas que no me van a llevar a ningún sitio. La Navidad está cada vez más cerca y si no encuentro una solución pronto, todo se irá al traste.

Sigo navegando por las opciones, leyendo descripciones y testimonios de personas que han utilizado estos servicios. La mayoría parecen enfocarse en relaciones serias, en emparejar almas gemelas, aunque eso no es lo que yo estoy buscando. Yo solo necesito a alguien por un año. Nada más.

Finalmente, me detengo en una agencia que parece más adecuada para lo que necesito. Su página web tiene un diseño sobrio y su enfoque es más práctico que romántico. «Unión por conveniencia», reza uno de los eslóganes. Perfecto. Exactamente lo que necesito. Tomo aire y marco el número que aparece en la pantalla. Mi corazón late con fuerza mientras el teléfono suena al otro lado.

—Agencia Matrimonial Lexington, ¿en qué puedo ayudarle? —responde una voz femenina, calmada y profesional.

Respiro profundamente antes de hablar.

—Hola. Mi nombre es Stella Harper. Me gustaría hacer una consulta sobre... un acuerdo matrimonial.

Capítulo 4

Nico

Las luces del restaurante están bajas y el eco de mis pasos resuena en el espacio vacío. Aunque, desde hace meses, me he acostumbrado al silencio, esta noche me pesa más que nunca. Camino entre las mesas, recolocando algún cubierto y enderezando una silla, aunque realmente no cambio nada, porque todo está en su sitio, aunque el local sigue tan vacío como mis esperanzas de llenarlo. Me detengo frente a la ventana, observando cómo al otro lado del cristal la gente camina apresurada bajo sus abrigos, bufandas y gorros. Es otoño en Nueva York, en breve llegará la época más fría del año, pero el frío que me invade no tiene nada que ver con la temperatura que hace ahí fuera, este frío lo siento en mi pecho, apoderándose de mi corazón cada vez más. Y lo peor de todo es que, si no hago algo pronto, el restaurante, mi sueño, desaparecerá para siempre.

Este lugar es todo para mí. Llevo años construyéndolo, dedicando cada día, cada centavo y todo mi esfuerzo. Sin embargo, después de todo este tiempo de esfuerzo y trabajo duro, solo queda la realidad de las cuentas sin pagar, de los proveedores pidiendo un dinero que, por ahora, no puedo darles y del maldito alquiler que me exprime hasta la última gota. Los números no cuadran, y no importa cuántos menús nuevos ofrezca o cómo modernice el local, la gente simplemente ha dejado de venir y no sé cómo ponerle solución a eso.

Apoyo las manos en el borde de la barra y cierro los ojos por un momento. El olor a *grappa* aún persiste en el aire. Me pregunto si debería servirme otra copa, pero me contengo. Necesito estar lúcido, porque hoy tengo que atender como Dios manda a la señorita Harper, una organizadora de eventos, que quiere organizar no sé qué... Seguro que pretende sacarme un dinero que no tengo de alguna forma creativa o tal vez ... ¿Quién sabe si será ella quién acabe con mis dolores de cabeza?

Stella Harper. Solo repetir ese nombre me hace tensar los hombros. Sé quién es, he oído hablar de ella, por lo visto organiza los eventos más exclusivos de Manhattan. Así que, si alguien tiene el poder de llenar este local con gente, es ella. Sin embargo, no puedo evitar sentirme intimidado, porque la señorita Harper no es como yo. Ella viene de un mundo donde todo es perfecto, calculado, sofisticado y brillante. Yo, en cambio, en mi mundo me muevo en medio caos de la cocina, donde la improvisación es la regla y el instinto, mi guía.

Al oír el timbre de la puerta, de inmediato salgo de mis pensamientos. Miro hacia la entrada del restaurante y la veo. Entra con un porte firme y haciendo resonar sus tacones sobre el suelo de madera con un ritmo casi militar. Lleva un abrigo negro que le llega casi a los pies y su melena castaña suelta. Es aún más atractiva de lo que me habían dicho, pero trato de disimular la atracción que ha despertado en mí solo verla. Se detiene a medio camino, echando un vistazo a su alrededor, como si ya estuviera haciendo una lista mental de todas las cosas que quiere cambiar.

—Nico Moretti —digo acercándome hasta a ella con la mano extendida.

—Stella Harper —responde ella tomando mi mano con un apretón rápido. Cuando nuestros ojos se encuentran veo cómo me escruta con la mirada, como si me estuviera evaluando

junto con el local.

Nos quedamos en silencio por un segundo que parece alargarse más de lo necesario. Mientras ella me da la impresión de que está controlando la situación, y yo, en cambio, intento mantener como puedo la compostura. Pero la verdad es que la tensión se puede cortar con un cuchillo. No obstante, Stella rompe el silencio de repente y antes de que se convierta en incómodo.

—Como le ha informado mi secretaria, necesito hacer algunos ajustes antes de que el evento pueda desarrollarse tal y como lo imagino y según he acordado con mi cliente—empieza a decir, caminando por el restaurante sin esperar ni siquiera a que le responda.

La sigo mientras señala mesas que, según ella, hay que mover, luces que no son lo suficientemente cálidas y detalles que yo nunca había creído importantes. Ella habla y yo asiento, aunque cada una de sus palabras me confirma lo distintos que somos, algo que me tensa y, sin poder evitarlo, aprieto los puños. Trato de respirar y de mantener la calma, pero cada vez me parece más difícil conseguirlo.

Finalmente, llegamos a la cocina. Mi espacio. Stella se detiene en la puerta, echando un vistazo con su habitual mirada calculadora.

—Voy a necesitar cambiar algunas cosas aquí también —empieza a decir y en ese momento es en el que no puedo aguantar más y pierdo la paciencia.

—No, aquí no —la interrumpo con firmeza.

Al escucharme, me mira sorprendida. Está claro que no esperaba que alguien le dijera que no. Pero no puedo dejar que modifique mi cocina, a su capricho. Mi cocina, no.

—Entiendo que quiere que todo salga perfecto, pero... —añado, intentando calmar el ambiente— pero la cocina es mi terreno y aquí mando yo.

Stella entrecierra los ojos y durante un segundo, en el que parece que va a discutir, pero entonces, para mi sorpresa, asiente ligeramente.

—De acuerdo —dice, aunque en su gesto percibo que le cuesta ceder.

Nos quedamos en silencio, aunque la tensión continúa siendo palpable entre nosotros. Por lo poco que sé de ella, ambos estamos acostumbrados a tener el control, aunque de maneras muy diferentes. La miro y noto un leve destello en su mirada, algo que no había visto antes. ¿Es posible que esté dudando?

—Deje que me ocupe de lo mío —le digo—. Prometo que el menú será espectacular para su cliente.

Stella suspira y, para mi sorpresa, sonríe ligeramente.

—Le daré una oportunidad, pero solo una —responde en un tono serio, pero no me falle señor Moretti.

Capítulo 5

Stella

Ya solo faltan dos meses para navidad y observo cómo las luces navideñas empiezan a iluminar las calles de Manhattan a través de la ventana de mi apartamento. Es curioso cómo la ciudad parece siempre estar en movimiento, llena de vida, mientras yo me siento atrapada en esta encrucijada absurda por culpa de tía Margaret. Todo este tiempo he trabajado para construir una vida, que se supone que es perfecta, pero ahora me encuentro aquí, planteándome casarme con un hombre a quien ni siquiera conozco como única salida, si quiero que mi vida continúe siendo como ha sido hasta ahora.

Nico Moretti, el dueño de un restaurante en el que estoy organizando un importante evento, no deja de girar dentro de mi cabeza como un posible candidato para casarme. Su nombre revolotea en mi mente como una pequeña chispa de esperanza... o tal vez de duda. Además, es el típico italiano atractivo con aspecto de seductor. No puedo evitar preguntarme si él sería la persona adecuada para poder llevar a cabo plan. Después de todo, apenas lo conozco. Solo hemos intercambiado unas cuantas palabras mientras organizo el evento de mi cliente en su restaurante. Sé que es un chef con talento, aunque según me informó mi secretaria está pasando por un momento difícil. Pero ¿basta eso para proponerle algo tan descabellado como casarse conmigo como parte de mi plan para quedarme con mi apartamento? ¿Aceptaría dinero a cambio? Quizá con ese dinero su restaurante podría recuperarse del momento difícil que está atravesando...

Me alejo de la ventana y empiezo a pasear por el salón. La idea parece más ridícula aún cuando la pienso en voz alta. Casarme. Yo, que siempre he despreciado el matrimonio, que nunca he creído en las promesas eternas ni en los cuentos de hadas... Y, sin embargo, aquí estoy, considerando a el chef italiano como una posible solución a este problema del que parece que no tengo escapatoria.

¿Pero cómo se lo voy a proponer? ¿Cómo puedo acercarme a él, a un hombre con el que apenas tengo relación, y pedirle que se case conmigo solo para que pueda conservar mi herencia? La sola idea de decirle esas palabras en voz alta me pone nerviosa. Me siento a la isla de la cocina y apoyo la cabeza entre mis manos. Esto es una locura, una completa locura. Suelto un largo resoplido y niego con la cabeza.

—El chef no aceptaría algo así —me digo en voz baja, como si pronunciándolo en voz alta pudiera convencerme de lo imposible que resulta esta idea.

Él es serio, responsable. No parece el tipo de persona que se metería en un matrimonio falso solo por dinero, aunque su restaurante no vaya bien y sé que una ayudita económica por mi parte le iría de fábula.... A lo mejor podría ver el acuerdo como un beneficio mutuo, algo práctico y sin complicaciones. Pero aun así, la idea me resulta insostenible. ¿Y si me rechaza? ¿Y si piensa que estoy loca por proponerle algo tan descabellado?

Me levanto de nuevo y empiezo a caminar por el salón, sintiendo cómo la desesperación se apodera de mí. He descartado la agencia matrimonial, porque no va conmigo, no soy ese tipo de persona. Pero ahora no sé si podré reunir el valor para enfrentarme a Moretti y

plantearle esto. Aparte, ¿realmente lo conozco lo suficiente como para confiar en él durante un año entero? No quiero complicaciones y mucho menos dramas. Y aunque Nico parece tranquilo y sereno, la verdad es que solo lo he visto en su entorno de trabajo. No sé cómo es fuera del restaurante, ni qué tipo de vida lleva. ¡Esto es una locura!

Mis pensamientos se atropellan unos con otros. No dejo de pensar en esa mezcla de sensatez y vulnerabilidad que vi en sus ojos cuando hablamos en su cocina. Es un hombre que ha luchado por su sueño, al igual que yo, y entiendo lo que significa estar al borde del fracaso. Pero, ¿sería capaz de comprometerse en algo como esto? Una parte de mí siente que no debería ni planteárselo. Quizá debo seguir buscando otras opciones, pero el reloj sigue corriendo y la Navidad está cada vez más cerca.

Me detengo frente al espejo del recibidor y observo mi reflejo con atención. La mujer que me mira parece tan segura, y, sin embargo, estoy al borde del colapso. Mi vida, tan perfectamente orquestada hasta ahora, se tambalea como si fuera un castillo de naipes a punto de derrumbarse.

—¿Y si simplemente hablo con él? —me pregunto en voz alta, como si mis palabras pudieran ofrecerme una respuesta clara.

Hablar con él. Eso sería lo más lógico, ¿verdad? No lanzarme directamente a proponerle un matrimonio, pero sí tantear el terreno. Tal vez pueda planteárselo como un acuerdo que nos beneficiaría a ambos, sin compromisos emocionales ni ataduras. Al fin y al cabo, no estoy pidiéndole que me ame, ni que formemos una familia. Solo necesito a alguien que me ayude a salir de esta situación, y quizás él también podría beneficiarse de ello, si yo le doy una cantidad de dinero a cambio.

La duda me corroe. ¿Qué pasa si él dice que no? O peor, ¿y si me toma por loca? Respiro hondo, tratando de calmarme. No puedo seguir dudando eternamente. Si no hago algo pronto, perderé mi casa.

Me acerco a la ventana una vez más para disfrutar de las maravillosas vistas de la ciudad. Sin embargo, esta noche solo siento la presión del tiempo y la urgencia de encontrar una solución. Camino hasta el sofá y me siento, mirando el móvil que reposa en la mesa de café. Debo tomar una decisión.

Respiro profundamente y tomo el teléfono entre mis manos. No voy a proponerle nada hoy, pero sí puedo tantear el terreno. Quizás solo necesite conocerlo un poco mejor y comprobar si realmente podría funcionar. Pulso el número de Moretti antes de darme tiempo a dudar. El teléfono suena una, dos veces... Mi corazón late con fuerza.

—¿Diga? —la voz de Nico suena tranquila al otro lado.

—Hola, Nico, soy Stella —respondo, intentando que mi voz suene relajada, aunque por dentro estoy hecha un flan—. Quería saber si podíamos vernos mañana, después del evento en tu restaurante.

—Claro —responde él, con ese tono cálido que parece restarle importancia a todo—. ¿Todo bien?

—Sí, sí, todo bien. Solo quería hablar contigo de algo... pero prefiero hacerlo en persona.

—De acuerdo. Nos vemos mañana entonces.

Cuelgo antes de que mi nerviosismo sea aún más evidente en mi voz y me dejo caer en el sofá. Mañana. Mañana lo veré y, con suerte, encontraré la manera de plantearle esta idea de forma razonable.

Ahora, solo puedo esperar.

Capítulo 6

Nico

El evento ha ido muy bien y creo que el cliente de Stella ha quedado muy contento. Sin embargo, al cerrar la puerta del restaurante noto tensión en el aire. Stella sigue aquí, en la esquina de la barra, observándome con una expresión que no sé cómo interpretar. Hemos trabajado bien juntos durante toda la noche, pero percibo algo diferente en su actitud. Algo que me hace sentir como si una bomba estuviera a punto de estallar.

—Nico, ¿puedes sentarte un momento? Necesito hablar contigo —me dice con voz suave, pero cargada de seriedad.

Mis manos aún están húmedas después de lavar los últimos utensilios en la cocina, así que me las seco en el delantal antes de asentir. No tengo ni idea de lo que quiere decirme, pero puedo notar que no es algo trivial.

—Claro, dime —respondo, intentando mantener mi tono despreocupado, aunque siento una sensación incómoda en mi estómago.

Stella toma una respiración profunda, como si estuviera preparando el terreno para hablar de algo complicado. Sus ojos verdes se clavan en los míos y, por un momento, parece que todo se detiene. Desde que la conozco no la he visto nerviosa, pero ahora hay algo en su postura y en la forma en que juega con los dedos sobre la barra, que me dice que lo que está a punto de decir no es algo que espere.

—Necesito que escuches lo que voy a plantearte sin juzgarme, ¿vale? —me dice finalmente, casi en un susurro.

Frunzo el ceño al escucharla, pero asiento, curioso y a la vez inquieto por lo que pueda venir a continuación.

—Lo que voy a proponerte es... es completamente una locura. Pero te prometo que tiene una explicación lógica detrás —se pasa una mano por el pelo, un gesto que la hace parecer nerviosa—. Necesito casarme antes de Navidad, Nico. Y quiero que tú seas mi marido.

Mi cuerpo se tensa. ¿He escuchado bien? Me quedo mirándola, intentando procesar lo que acaba de decir. Casarse. Stella, una mujer que apenas conozco, acaba de proponerme matrimonio como si fuera la cosa más natural del mundo.

—Espera... ¿qué? —mi voz se escapa de manera más brusca de lo que pretendía de mi garganta, pero no puedo evitarlo. La sorpresa me golpea con tanta fuerza que las palabras se me han escapado de entre mis labios.

Stella levanta una mano, pidiéndome que espere. Su rostro está tenso, claramente esperando mi reacción, pero también hay algo en sus ojos que me dice que lo ha pensado mucho antes de decirlo.

—Por favor, déjame explicarte. No estoy hablando de un matrimonio real... —se apresura a aclarar—. Es solo... un acuerdo. Un matrimonio de conveniencia.

Mis pensamientos se arremolinan. ¿Matrimonio de conveniencia? ¿Qué demonios está pasando? La miro fijamente, buscando alguna señal de que está bromeando, pero no la encuentro.

—Necesito casarme para poder quedarme en el apartamento donde vivo —continúa ahora con la voz algo más firme—. Mi tía abuela falleció hace poco y su testamento tiene una cláusula que me obliga a casarme antes de Navidad si quiero conservar el apartamento en el que vivo desde hace años y que siempre ha sido de mi familia. Sé que suena ridículo, pero es la única manera de quedarme con lo que he construido durante todos estos años. Y pensé que tú podrías... ayudarme. ¡Ah! Y debo de estar casada como mínimo un año —añado.

La idea es tan surrealista que necesito unos segundos para reaccionar. Casarme con ella. Fingir ser su marido durante un año para que pueda mantener su apartamento. Una parte de mí quiere reírse de la locura de la situación, pero la otra, la que sabe lo desesperada que está, me impide hacerlo. La entiendo más de lo que me gustaría.

—Stella... —comienzo, pero no sé muy bien qué decir. Mis pensamientos se entrelazan. Todo esto parece un malentendido monumental.

Ella me interrumpe.

—Te pagaría, claro. No te pido que lo hagas gratis. Te ofrecería una compensación económica... más que justa —su voz se suaviza, suplicante, pero también decidida—. Sé que tu restaurante está pasando por dificultades y esto podría ayudarte tanto como a mí. No tiene que significar nada personal. Solo sería un trato, un acuerdo entre dos adultos. Tú te casas conmigo durante un año y yo te doy cien mil dólares.

El dinero. El restaurante. Mi corazón da un vuelco cuando esas palabras se asientan en mi mente. He pasado noches enteras sin dormir, buscando una solución para mantener mi negocio a flote, y ahora... aquí está. ¡Cien mil dólares! Tengo la solución a todos mis males frente a mí, pero envuelta en una propuesta que jamás habría imaginado.

Me paso una mano por la nuca, sintiendo el peso de la situación. Me veo atrapado entre dos fuegos. Por un lado, está el desastre financiero que amenaza con arrasar todo lo que he construido. Por otro lado, está Stella, una mujer que apenas conozco, proponiéndome casarme con ella solo para salvar su hogar. Es tan absurdo que, de alguna manera, casi tiene sentido.

—No sé qué decirte —admito finalmente, sin poder mirarla directamente—. No esperaba... esto.

Ella asiente, como si ya hubiera anticipado mi respuesta. Sus ojos se suavizan un poco, pero aún brillan con una mezcla de esperanza y miedo.

—No tienes que responder ahora —me dice en voz baja—. Solo... piénsalo. Es una oportunidad para ambos. No estoy pidiendo que te cases conmigo por amor, ni por compromiso. Solo por... conveniencia. Podemos poner límites claros. Mantenerlo todo en el terreno estrictamente profesional.

El peso de sus palabras cae sobre mí como una losa. Puedo ver lo desesperada que está, lo mucho que le importa su apartamento. Y puedo entenderlo. En el fondo, no es tan diferente de lo que siento por mi restaurante. Es su casa y la idea de perderla debe ser tan insoportable para ella como lo es para mí la idea de cerrar mi restaurante.

—Un año —murmuro, más para mí que para ella—. Solo un año.

—Exacto —responde rápidamente, como si la sola posibilidad de que lo esté pensando le diera una chispa de esperanza—. No es tan complicado. Solo necesitamos aguantar durante un año. Luego, cada uno puede seguir con su vida como si nada hubiera pasado.

Me quedo en silencio, dejando que la idea se asiente en mi mente. Podría salvar mi restaurante. Podría resolver todos mis problemas financieros en un abrir y cerrar de ojos. Pero... ¿realmente puedo hacerlo? ¿Puedo casarme con ella, aunque sea solo por un año, y mantener todo en el terreno estrictamente profesional?

Mis pensamientos se desvían hacia la atracción que he sentido por ella desde el principio. Es imposible no notarla. Stella es una mujer preciosa, segura de sí misma y alguien que sabe lo que quiere y cómo conseguirlo. Y, sin embargo, hay algo más en ella. Algo más profundo que me ha intrigado desde el primer momento. Pero esto... esto lo complica todo.

—Voy a ser honesto contigo, Stella —digo tras aclararme la garganta e intentando encontrar las palabras adecuadas sin perderme en sus bonitos ojos—. No es que no quiera ayudarte, pero esto... esto es una locura. Es complicado y no sé si puedo hacerlo sin que las cosas se vuelvan... personales.

Ella asiente, pero hay un destello de preocupación en sus ojos.

—Lo sé, Nico. Y te prometo que no tiene por qué complicarse. Podemos establecer reglas, mantener la distancia. No tiene que ser más de lo que tú quieras que sea. Solo necesito tu ayuda.

Tras escucharla, me siento dividido. La tentación de decir que sí está ahí, junto con el miedo a lo que podría pasar si las cosas no salen como esperamos. Un año no es tanto tiempo... pero, al mismo tiempo, es lo suficiente como para que todo cambie.

Finalmente, me inclino hacia la barra, apoyando los codos sobre la madera pulida, y la miro fijamente.

—De acuerdo, Stella. Lo pensaré. Pero necesito tiempo para procesarlo.

Ella asiente, aliviada, aunque no completamente satisfecha.

—Gracias. Es todo lo que te pido. Que lo pienses —me dice comuna sonrisa, que le hace estar aún más guapa de lo que es.

Nos quedamos en silencio y noto el peso de nuestra conversación colgando en el aire como una nube densa sobre nuestras cabezas. Siento que algo ha cambiado y que la dinámica entre nosotros no será la misma a partir de ahora. Aunque no sé lo que sucederá, una parte de mí ya sabe la respuesta.

Capítulo 7

Stella

No sé por qué, pero cuando Nico finalmente dice que acepta mi propuesta, siento como si una corriente de aire helado recorriera todo mi cuerpo. No es un frío desagradable, sino una especie de vértigo, una mezcla extraña de alivio y de una ansiedad que crece poco a poco dentro de mí. Nunca pensé que llegaría a este punto, que estaría frente a un hombre que apenas conozco, y con quién voy a firmar un acuerdo que sellará nuestros destinos durante un año. Pero aquí estamos, sentados uno frente al otro en el despacho de mi abogado, con los papeles del acuerdo prematrimonial sobre la mesa.

—Bueno, aquí estamos —murmura Nico, rompiendo el silencio mientras examina el documento que tiene delante.

Le observo por un segundo, todavía sorprendida de que haya aceptado tan rápidamente. Sé que lo hace por su restaurante y que el dinero que le ofrezco es su única opción para salvarlo, pero también sé que esto no es solo un acuerdo comercial para él. Lo veo en su mirada, en la tensión de sus hombros mientras revisa los términos del acuerdo. Nico es un hombre íntegro, alguien que no toma este tipo de decisiones a la ligera.

—Sí, aquí estamos —respondo, aunque mi voz suena un poco más insegura de lo que querría.

El eco de mis palabras resuena en la habitación, donde el silencio entre ambos vuelve a caer con el peso de lo que estamos a punto de hacer. Mi abogado, sentado entre los dos, nos observa con su habitual seriedad profesional, esperando a que ambos demos nuestro consentimiento para continuar.

Me fijo en la manera en que Nico firma su nombre en el papel. Sus movimientos son decididos. Mi corazón da un vuelco cuando la tinta del bolígrafo traza su nombre. Nico Moretti. El hombre con el que voy a casarme.

—Listo —dice finalmente, dejándose caer un poco hacia atrás en la silla y me lanza una mirada, una mezcla de resignación y algo más que no logro descifrar del todo—. Ya está hecho.

—Gracias, Nico —respondo en un tono más suave de lo que esperaba—. Sé que esto no es fácil y que probablemente te parezca... una locura. Pero te prometo que no te arrepentirás.

Mis palabras parecen flotar en el aire. Suena a una promesa que ni yo misma estoy segura de poder cumplir, pero necesito que él confíe en mí, al menos durante este año. Solo un año. Eso es lo que nos separa de regresar a nuestras vidas, como si nada de todo esto hubiera pasado.

Firmo también el documento y me quedo mirando la hoja por un segundo más de lo necesario, como si el simple acto de firmarla sellara algo más profundo dentro de mí. Mi independencia, mi control sobre mi vida y todo lo estoy sacrificando en este acuerdo. Pero lo hago por una razón, me recuerdo. Por mi apartamento, por todo lo que he construido. Y por supuesto, también lo hago por Nico, aunque no quiera admitirlo del todo. Él necesita esto tanto como yo, si no más.

—Es un buen trato —dice Nico, sacándome de mis pensamientos. Me mira fijamente, con una mezcla de curiosidad y algo más oscuro—. Pero aún no entiendo por qué has pensado en mí para esto. Apenas nos conocemos, y... bueno, no me malinterpretes, pero no pareces el tipo de persona que se mete en estas cosas.

Es una buena pregunta. ¿Por qué él? ¿Por qué no otra persona, algún conocido de mi pasado, o incluso una opción más impersonal, como algún candidato de una agencia matrimonial? Pero la verdad es que, después de conocernos en su restaurante y pasar tiempo organizando ese evento, hubo algo en Nico que me hizo tenerlo en cuenta como el candidato perfecto para esta locura. No lo conozco demasiado, pero sí lo suficiente como para saber que es alguien en quien puedo confiar para mantener las cosas dentro del terreno profesional, y a la vez, tiene algo en él que lo hace humano, real. Quizás es eso lo que me atrae, esa mezcla de fortaleza y vulnerabilidad que no puedo encontrar en otros. Además de estar como un queso, como diría Amanda.

—Es complicado —admito, mirándole directamente a los ojos—. No quiero que pienses que eres mi última opción, porque no lo eres. Solo... bueno, después de conocerte y ver cómo luchas por tu restaurante, pensé que tal vez podrías entender lo que significa perder algo que has construido con tanto esfuerzo.

Nico asiente lentamente, pero no dice nada. No parece ofendido, ni tampoco del todo convencido. Simplemente escucha, asimilando mis palabras. Me recuerda a esas veces en las que hemos trabajado en su cocina, en silencio, cada uno concentrado en su tarea, pero sabiendo que estamos allí, presentes, uno para el otro.

El abogado carraspea suavemente, rompiendo el momento.

—Bueno, si todo está en orden, podemos proceder a la transferencia del cheque —dice mientras saca los documentos relacionados con el dinero.

Me quedo un segundo más en silencio, luego saco el talonario de cheques de mi bolso. La cifra de 100.000 dólares me pesa en la mano mientras escribo el número, pero es necesario. Este dinero no solo salvará el restaurante de Nico, sino que también me dará a mí la oportunidad de salvar lo que más valoro.

Le entrego el cheque a Nico sin ceremonias, como si fuera una transacción más de tantas que hago en mi trabajo. Pero la mirada que él me lanza me hace sentir que esto es mucho más que eso.

—Aquí tienes. Con esto deberías poder pagar las deudas más urgentes —le digo, intentando sonar despreocupada, como si esto no fuera un gran paso para ninguno de los dos.

Nico toma el cheque con cuidado, como si temiera romperlo. Pero en lugar de guardarlo inmediatamente, se queda mirándolo por unos segundos más, y luego sus ojos se encuentran con los míos.

—No sé cómo agradecerte esto —dice, y su voz suena sincera, casi vulnerable—. De verdad, Stella.

—No tienes que agradecerme —le digo con una pequeña sonrisa—. Esto es un trato. Un acuerdo que nos beneficia a los dos.

Y es cierto. Nos beneficia a ambos, aunque siento que, de alguna manera, este acuerdo también está poniendo en juego algo más. Algo que no había considerado del todo cuando ideé esta propuesta. Porque, aunque todo está bajo control y hemos firmado los documentos, una parte de mí no puede evitar pensar en lo que sucederá durante este año. ¿Qué pasará entre nosotros? ¿Podremos realmente mantenerlo todo en el terreno estrictamente profesional?

Nico guarda el cheque en el bolsillo interior de su chaqueta y se levanta de la silla. Me

mira de nuevo, pero esta vez su expresión es diferente. Hay una especie de resolución en su mirada, como si ya hubiera aceptado lo que tenemos por delante.

—Supongo que eso es todo por hoy —dice mientras se dirige hacia la puerta.

Asiento, todavía sentada en mi silla, sintiendo el peso de lo que acabamos de hacer. Pero antes de que salga de la oficina, decido romper el silencio que se ha vuelto incómodo.

—Nico... —mi voz suena más suave de lo que esperaba—. Gracias a ti también. No solo por aceptar el acuerdo, sino por confiar en mí.

Nico se detiene y me mira por encima del hombro. Por un segundo, creo ver algo en sus ojos, algo que no había visto antes. Pero luego asiente y se va, dejándome sola en la oficina junto a mi abogado.

Me quedo allí, en silencio, mirando los papeles sobre la mesa. El acuerdo ya está hecho y, sin embargo, siento que esto es solo el comienzo. Algo dentro de mí me dice que este año no será tan sencillo como había planeado. Porque, aunque todo parece estar bajo control, sé que las emociones no siempre se mantienen al margen. Y algo me dice que, entre Nico y yo, las cosas están a punto de volverse mucho más complicadas.

Capítulo 8

Stella

Planear una boda es algo que debería hacer con los ojos cerrados. Lo he hecho tantas veces para clientes que creía conocer todos los secretos y los pasos exactos para que todo sea perfecto. Pero esta vez, es diferente, porque la boda es mía, y no sé por dónde empezar. Me siento frente al ordenador, con una lista interminable de tareas apuntada en una libreta y, en lugar de sentir que controlo la situación como suelo hacer, siento que me he convertido en una espectadora de mi propia vida. Es un matrimonio que, en teoría, no debería significar nada, porque no es más que un trámite, un acuerdo entre dos personas adultas. Y, sin embargo, aquí estoy, abrumada por el peso que significa este paso, aunque sé que es algo temporal y con un objetivo muy claro.

Me coloco un mechón detrás de la oreja para apartarlo de mi cara, mientras releo por enésima vez la lista de proveedores que tengo guardada en mi correo. Flores, catering, lugar para la ceremonia... Todo está en marcha, pero algo dentro de mí me hace sentir atrapada entre dos mundos: el de la perfección profesional que he construido con tanto esfuerzo y el de la duda que ha comenzado a anidar dentro de mi cabeza. No sé si es la boda en sí, o lo que implica, pero cada día que pasa no puedo evitar preguntarme si estoy haciendo lo correcto. No sé si es el miedo a lo que estoy haciendo, o la sensación de que quizás he estado demasiado centrada en una carrera que, al final, no me hace sentir tan realizada como creía. Dejo escapar un suspiro y me levanto, recorriendo el apartamento que, hasta hace poco, era mi santuario. Ahora, con cada paso que doy, lo siento diferente. Aunque no es que el espacio haya cambiado, soy yo la que ha cambiado. Las paredes siguen siendo las mismas, el sofá continúa en su sitio, las fotografías de algunos de los eventos que he organizado siguen decorando el salón. Sin embargo, ahora todo me parece distinto.

—Necesitas relajarte —me digo a mí misma en voz baja, aunque no logro convencerme.

De repente, suena el timbre, y el sonido me saca bruscamente de mis pensamientos. Abro la puerta y frente a mí está Emma, con su energía arrolladora de siempre, y una botella de vino en la mano.

—¡Dios mío, tía! —exclama mientras entra como un torbellino y deja su bolso sobre el sofá—. ¿Has empezado ya con los preparativos de la boda? Porque si no, he traído refuerzos. — Levanta la botella como si fuera un trofeo.

—Tú y tu vino —respondo entre risas—. Siempre tienes una solución para todo.

Emma sonríe, encantada consigo misma, y va a la cocina a buscar un sacacorchos y abre la botella sin dudar. Me ofrece una copa y, por un segundo, me permito relajarme mientras el líquido fluye en el cristal. No es que vaya a resolver mis dudas, pero tal vez me ayude a desconectar un poco.

—Bueno, cuéntame —dice Emma, mientras se deja caer en el sofá y me lanza una mirada expectante—. ¿Cómo van los preparativos? ¿Ya tenemos pingüinos para la ceremonia o eso es demasiado incluso para ti?

Me echo a reír ante su ocurrencia. Emma siempre tiene esa capacidad de hacer que

todo parezca menos importante de lo que realmente es. Si fuera por ella, la boda se celebraría en pleno Central Park, con patinadores sobre hielo como entretenimiento y algún espectáculo absurdo, que seguramente se le habría ocurrido en el último minuto.

—No, nada de pingüinos —le respondo, negando con la cabeza—. Pero gracias por la sugerencia.

—Vaya..., ¡qué lástima! Porque sería muy épico —dice, con una expresión soñadora, mientras da un sorbo a su copa—. Bueno y ahora en serio, ¿cómo estás? Porque tienes una cara... —Se detiene, mirándome con preocupación—. Esto no es solo estrés por la boda, ¿verdad?

Niego lentamente, sin estar segura de cómo expresar lo que siento.

—Es complicado. Todo esto... no es lo que esperaba. Quiero decir, sé que es un acuerdo, que no hay sentimientos ni nada parecido de por medio, pero... no sé. —Hago una pausa, buscando las palabras correctas—. Es como si me hubiera dado cuenta de que, por mucho que lo haya planificado todo en mi vida, hay cosas que no controlo. Y eso me asusta.

Emma me mira en silencio por un momento antes de hablar.

—Lo que estás haciendo es importante. Pero también es normal que tengas dudas. Nadie se casa, aunque sea de manera temporal, sin pensar en las implicaciones que comporta.

—Pero eso es lo peor —respondo, sintiendo cómo mi frustración crece—. No debería importarme tanto. No debería estar replanteándome toda mi vida por esto. Y, sin embargo, no paro de hacerlo. Y no sé si es porque me estoy dando cuenta de que tal vez he dejado escapar algo importante en el camino, o porque... no sé. —Dejo escapar un suspiro y me recuesto en el sofá—. Estoy divagando, lo sé —añado y suelto un resoplido.

—No estás divagando —responde mi amiga con suavidad—. Estás siendo humana, lo cual, por si no te has dado cuenta, es algo bueno. No puedes tener todo bajo control, tía. Y tal vez eso es lo que necesitas aprender de esta situación.

Me quedo en silencio pensando en lo que me acaba de decir. Tal vez tiene razón y este es el momento en el que debo darme cuenta de que la vida no siempre sigue un plan predefinido. Quizás he estado tan centrada en mi carrera que he dejado escapar lo que realmente importa.

—Oye —Emma me saca de mis pensamientos de nuevo—, te propongo un plan: vamos a hacer que esta boda sea inolvidable, pero no por los pingüinos o las locuras que se me ocurran. Vamos a hacer que sea algo que te recuerde que, a pesar de todo, puedes hacer que las cosas funcionen a tu manera. ¿Qué me dices?

Sonrío, agradecida por tener a Emma a mi lado en un momento como este. Quizás no tengo todas las respuestas de las preguntas que me asaltan, pero al menos tengo su apoyo, y eso es lo más importante.

—Me parece un buen plan —respondo finalmente aún con una sonrisa en los labios.

Emma levanta su copa en un brindis.

—Por las bodas, las locuras y las amigas que siempre están para sacarte del hoyo cuando lo necesitas —dice de carrerilla antes de brindar.

Chocamos las copas y, por un momento, el peso de la boda, el acuerdo con Nico y todas mis dudas parecen desvanecerse en el aire. Pero en el fondo, sé que no desaparecerán tan fácilmente.

Capítulo 9

Nico

Las semanas han pasado en un abrir y cerrar de ojos, y los preparativos de la boda han avanzado a una velocidad vertiginosa y que la Navidad estuviera al caer. Nunca imaginé que un evento tan grande pudiera planificarse en tan poco tiempo, pero Stella lo ha coordinado todo con una precisión casi militar. No tengo ni idea de cómo lo hace, ni cómo consigue mantener esa imagen de perfección cuando por dentro debe sentirse igual de agotada que yo. O al menos eso parece.

Estoy sentado en la cocina del restaurante, observando la lista interminable de cosas que debemos hacer antes de la boda. Flores, catering, música... todo parece ser una decisión crucial que Stella no quiere dejar al azar. A veces me pregunto si todo ese control es su forma de no enfrentarse a lo que realmente le preocupa. A pesar de todo, tengo la sensación de que, poco a poco, he empezado a ser capaz de ver más allá de esa imagen impenetrable que luce por bandera. Lo que al principio me parecía que esa imagen que daba de ella no era más que arrogancia o frialdad, ahora veo que es solo una máscara, una manera de protegerse. La primera vez que lo noté fue durante el evento que organizamos juntos en mi restaurante. Hubo un momento en que la tensión entre nosotros casi llegó a ser insoportable, pero luego todo cambió. Fue como si una pequeña grieta se abriera en su escudo y, por un segundo, fui capaz de ver a una Stella diferente: vulnerable y humana.

Nunca pensé que diría esto, pero compartir con ella estas semanas ha sido más que solo negocios. De alguna manera, Stella se ha convertido en parte de mi vida, más allá del acuerdo prematrimonial que firmamos. Eso me inquieta, porque no puedo evitar preguntarme si esto es lo que realmente quiero. Hemos establecido reglas claras, límites que supuestamente no debemos cruzar, pero últimamente me resulta difícil no pensar en ella más de lo que debería. Sacudo la cabeza, tratando de apartar esos pensamientos de mi mente, porque no puedo permitirme el lujo de perder el control. Por eso tengo que tener claro que este matrimonio no es más que un acuerdo de conveniencia, nada más. Tengo que mantenerlo todo en el terreno profesional, como habíamos acordado. Pero cuando estoy con ella, es como si algo dentro de mí comenzara a cambiar. No debería estar sintiendo esto, ni debería estar dejándome llevar por la atracción o la curiosidad que ella despierta en mí.

—¿Nico? —La voz de Stella me saca de mis pensamientos.

Levanto la vista y la veo de pie en la puerta de la cocina, mirándome con una mezcla de curiosidad y algo más que no logro identificar. Lleva un vestido sencillo, nada de esos trajes de ejecutiva que suele usar cuando viene al restaurante a revisar los detalles de la boda. Hoy parece... más relajada. Casi vulnerable.

—¿Estás bien? —me pregunta, dando un paso hacia mí.

—Sí, sí, claro. Solo... estoy pensando en todo lo que falta por hacer —respondo, tratando de sonar casual, aunque la verdad es que su presencia me ha descolocado un poco.

Me sonrío, pero su sonrisa es suave, casi tímida. Se acerca más y se sienta frente a mí en la pequeña mesa de la cocina.

—Lo sé —dice, suspirando—. Parece que cuanto más avanzamos, más cosas quedan

por hacer. Pero creo que todo va a salir bien.

Me quedo mirándola por un segundo más de lo necesario. En los últimos días, he empezado a notar pequeños cambios en ella. Detalles que antes no había visto. Como ahora, que parece más accesible, más... cercana.

—¿Estás nerviosa? —le pregunto, casi sin pensar.

Stella me mira, sorprendida por mi pregunta, pero luego asiente lentamente.

—Un poco, sí —admite, y veo cómo su mirada se suaviza—. Nunca pensé que estaría en esta situación, ¿sabes? Casándome con alguien a quien apenas conozco, solo para poder mantener mi casa. Es... surrealista.

—Te entiendo —le digo con una sonrisa suave en mis labios—. Tampoco esperaba encontrarme en esta situación, pero aquí estamos —añado encogiéndome de hombros.

Nos quedamos en silencio por un momento. Se muerde el labio, un gesto que no había visto en ella antes, y siento que está a punto de decir algo más.

—No soy tan diferente a ti, ¿sabes? —murmura, casi como si estuviera hablando para sí misma.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto, intrigado.

—Bueno, tú tienes tu restaurante, tu sueño por el que has luchado. Yo tengo mi carrera, mis eventos, todo lo que he construido a lo largo de los años. Pero últimamente... no puedo evitar preguntarme si todo lo que tengo me resulta suficiente. Si realmente he conseguido lo que quería o si me he estado engañando todo este tiempo.

Sus palabras me toman por sorpresa. Esta es la primera vez que la escucho hablar de sus dudas y de sus miedos. Parece una mujer distinta a la que he conocido hasta ahora, mucho más vulnerable y no tan segura de sí misma.

—No creo que sea solo una cuestión de tener éxito o no —le digo, tratando de encontrar las palabras adecuadas mientras hablo—. A veces, cuando logras lo que te propusiste, te das cuenta de que no es exactamente lo que pensabas. O de que falta algo.

Me mira y en su mirada veo que está procesando lo que le he dicho. Asiente lentamente, pero no dice nada más. Solo nos quedamos ahí, en la cocina, compartiendo un momento de silencio, pero que está lleno de entendimiento. Es entonces cuando me doy cuenta de lo que realmente está sucediendo. No es solo que me esté acercando a ella emocionalmente. Es que ambos estamos lidiando con las mismas preguntas y las mismas dudas sobre nuestras vidas. Y eso me aterra. Porque si algo tengo claro, es que no debería sentirme tan conectado con Stella. No debería dejar que esto vaya más allá de lo que es: un acuerdo. Pero cuanto más tiempo paso con ella, más difícil me resulta mantener esas barreras. Y sé que tarde o temprano, ese muro que me he esforzado en levantar acabará derrumbado.

El día de la boda se acerca rápidamente y cada vez que Stella y yo nos vemos, la tensión entre nosotros se hace más palpable. No es una tensión incómoda, sino algo más... eléctrico. Algo que no sé cómo manejar. La veo organizar cada detalle con una precisión increíble, y no puedo evitar admirar su dedicación. Pero también sé que detrás de esa imagen, hay algo más. Algo que ambos estamos tratando de ignorar, pero que está ahí, creciendo con cada día que pasa.

Hoy, hemos quedado en el restaurante para revisar el menú para la pequeña recepción que daremos después de la ceremonia. Yo he aprovechado para decorar el restaurante con la decoración navideña y el árbol de Navidad. Stella está concentrada en los detalles, pero tengo la sensación de que algo la inquieta. Me acerco a ella y me inclino sobre la mesa donde tiene los

papeles repartidos con la lista de platos.

—¿Todo bien? —le pregunto en voz baja.

Ella asiente, pero no me mira, porque continúa con la mirada fija en los papeles.

—Sí, solo... quiero que todo salga perfecto.

—¿Cuándo no has querido que todo salga perfecto? —le pregunto sonriente.

Al escucharme, se levanta la vista y me mira, con una sonrisa cansada en los labios.

—Tienes razón —admite—. Pero esta vez... no sé, siento que me estoy jugando todo.

Sus palabras me desconciertan. La miro fijamente, intentando descifrar qué es lo que realmente quiere decir, pero ella ya ha vuelto a concentrarse en el menú.

—Stella, —digo, esta vez con un tono más serio—. Sé que esto no es fácil, pero no lo es para ninguno de los dos. Pero quiero que sepas que... estoy aquí. No sé qué pasará después de este año, pero mientras tanto, puedes contar conmigo.

Ella me mira de nuevo, esta vez con una expresión que no había visto antes. Hay algo en sus ojos, una mezcla de gratitud y algo más profundo, algo que me hace pensar que tal vez, solo tal vez, estamos cruzando una línea que ninguno de los dos estaba preparado para cruzar.

—Gracias, Nico —susurra.

Y en ese momento, sé que todo ha cambiado.

Capítulo 10

Stella

El día de la boda ha llegado y, aunque lo he planeado hasta el último detalle, el nerviosismo me invade de una manera que no esperaba. Siempre he creído que los eventos, incluso aquellos tan importantes como una boda, no tendrían ningún efecto emocional en mí. Después de todo, este matrimonio no es más que una solución temporal para mantener mi casa. Pero hoy, vestida de blanco y rodeada del ambiente navideño, me siento diferente. Miro mi reflejo en el espejo y no puedo evitar sentirme abrumada por lo que veo.

Mi vestido es perfecto, como el de todas las novias a las que he organizado su boda, pero verme a mí misma en esta situación hace que algo me sacuda por dentro. No sé si es el peso de la situación o si es el ambiente navideño, que parece envolverlo todo con una especie de magia inexplicable, pero hoy, de repente, parece que esta boda no es solo un acuerdo. Mis manos tiemblan ligeramente mientras aliso la tela del vestido, y no puedo evitar preguntarme cómo he llegado hasta aquí. Yo, Stella Harper, la mujer que nunca creyó en los cuentos de hadas, me encuentro a punto de casarme con Nico Moretti, un hombre al que apenas conozco unos días antes de Navidad.

Camino por el apartamento, observando cada rincón como si lo viera por primera vez. He trabajado tan duro para mantenerlo, y hoy, de alguna manera, lo noto diferente. Ya no es el refugio que solía ser. Lo he visto durante años como una fortaleza, un símbolo de mi éxito y de mi independencia. Pero ahora, al verlo a través de los ojos de una mujer que está a punto de casarse para poder mantenerlo, lo siento como una prisión, un recordatorio de todo lo que he sacrificado a lo largo de los años. Los logros materiales que he acumulado no han llenado este vacío que me invade y que cada vez es más evidente.

Me acerco a la ventana y observo las luces navideñas de la ciudad. Las calles están decoradas, la gente camina con bolsas llenas de regalos, y todo el mundo parece envuelto en el espíritu festivo y mágico de estos días. Pero yo no siento esa calidez, quizás es porque mi mente está atrapada en la vorágine de emociones que me abruma, no lo sé, tengo la sensación de que a estas alturas ya no sé nada... Respiro profundamente, intentando calmarme, pero la ansiedad sigue latente en mi pecho y amenaza con desbordarme. Y justo en ese momento, aparece Emma.

—¡Dios mío, tía! —exclama mi amiga al entrar en el apartamento—. ¡Estás impresionante!

Me vuelvo hacia ella, sonriendo débilmente. Emma es la única persona que parece capaz de hacerme reír incluso en los momentos más tensos. Se acerca y me examina de arriba abajo, con esa mirada de aprobación que siempre consigue arrancarme una sonrisa.

—Gracias —murmuro, intentando no dejar que mis emociones se reflejen en mi rostro.

—¿Estás lista? —me pregunta, aunque ya sabe la respuesta.

—No lo sé —admito—. Esto es más difícil de lo que pensé.

Emma me observa en silencio durante unos segundos, antes de soltar un suspiro y ponerse a mi lado frente al espejo.

—Stella, sé que esto no es lo que imaginabas para el día de tu boda, pero ya estás aquí,

y te conozco lo suficiente para saber que siempre haces lo correcto. Esto es solo una parte más de tu plan, y lo vas a llevar como todo lo demás: con éxito.

Sus palabras deberían calmarme, pero no lo hacen. Porque, por primera vez en mucho tiempo, no estoy segura de qué es lo correcto. He pasado años controlando cada aspecto de mi vida, asegurándome de que todo estuviera alineado con mis metas, pero ahora, mientras me preparo para una boda que es solo una farsa, no puedo evitar preguntarme si me he equivocado.

—No es la boda lo que me preocupa —confieso, bajando la mirada—. Es lo que representa. Casarse, aunque sea por conveniencia, es... No sé, siento que estoy traicionando algo dentro de mí misma.

Emma frunce el ceño, claramente intentando comprender mis palabras.

—No estás traicionando nada. Estás protegiendo tu herencia. Y Nico... bueno, él es parte de este plan. Pero nada de esto tiene que significar más de lo que tú quieras.

Asiento, pero las dudas persisten. Porque, aunque lo que dice mi amiga es cierto, no puedo ignorar la sensación de que este matrimonio es más que solo un acuerdo. Es un paso hacia algo que nunca imaginé que podría llegar a vivir. Y la idea de que Nico forme parte de mi vida, aunque sea temporalmente, me provoca un leve escalofrío.

—Será mejor que nos vayamos —digo finalmente, intentando sacar de mi cabeza esos pensamientos—. No quiero llegar tarde a mi propia boda.

Emma sonríe y me toma de la mano. Juntas, salimos del apartamento, dejando atrás la vida que hasta ahora conocía.

La ceremonia es pequeña e íntima. Nada ostentoso, justo lo que quería. Pero incluso con los pocos invitados que nos acompañan, siento el ambiente cargado de una emoción que no esperaba. Cuando entro en la sala, mi mirada se cruza con la de Nico, que está junto al altar, esperándome, con esa expresión seria y tranquila que parece ser parte de él. Por un segundo, me detengo. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Todo comenzó como un simple trato, una solución práctica para ambos, pero ahora, mientras camino hacia él, siento una conexión que no debería sentir.

Los votos son breves, simples y sin adornos innecesarios. Pero cuando Nico toma mi mano, una corriente eléctrica recorre mi piel. No esperaba esto. No esperaba sentir nada, porque este matrimonio no es real. Y, sin embargo, cuando me mira a los ojos, siento algo profundo que me asusta. Intento apartar esos pensamientos de mí, recordándome que esto es solo un trámite. Pero no puedo negar lo que está pasando dentro de mí. Algo está cambiando, y no sé si estoy preparada para ese cambio.

Nico me sonríe mientras intercambiamos los anillos y, aunque trato de mantener la compostura, mi corazón late con fuerza en mi pecho. He pasado años controlando cada aspecto de mi vida, pero hoy, en este momento, siento que estoy perdiendo ese control. Y, por primera vez, no estoy segura de si eso es algo malo.

Cuando la ceremonia termina, los pocos asistentes se acercan para felicitarnos. Emma, por supuesto, es la primera en darme un abrazo.

—Lo hiciste, tía. ¡Estás casada! —exclama con una sonrisa—. ¿Cómo te sientes?

No sé qué responder. No tengo palabras para describir lo que siento en este momento. Así que simplemente sonrío y dejo que Emma interprete mi silencio como quiera.

Miro a Nico, que está hablando con algunos amigos suyos y sonríe. A pesar de que esto no es más que un acuerdo entre nosotros, algo ha cambiado en mi vida en muy poco tiempo. Este

hombre, que hace unos meses era un completo desconocido, ahora es mi esposo. Y aunque nuestro matrimonio no sea real, las emociones que siento al mirarlo sí lo son. Y eso es lo que más me asusta de todo esto.

Capítulo 11

Nico

El eco de nuestros pasos resuena en el pasillo vacío mientras Stella abre la puerta de su apartamento, que ahora es también mi apartamento, me recuerdo, aunque solo sea por un año. Pero el acuerdo prematrimonial que firmamos dice que pasaremos este año juntos aquí, en este espacio. Entro detrás de ella, dejándome llevar por el olor a madera vieja y a su perfume, ese aroma que ya he empezado a asociar con ella y que invade el ambiente. Dejo caer la bolsa que traigo con algunas de mis cosas en la entrada y la observo moverse con la misma eficiencia con la que ha dirigido cada detalle de la boda. Nada parece haber cambiado para ella o, al menos, eso intenta aparentar. Se gira hacia mí y me sonrío levemente, aunque veo algo en sus ojos que me dice que a ella tampoco le resulta fácil todo esto.

—Bienvenido —me dice, señalando el apartamento como si fuera una anfitriona mostrándome una casa de huéspedes.

—Gracias —respondo, intentando sonar más tranquilo de lo que me siento. Mis ojos recorren cada rincón de la casa. Es elegante y está perfectamente decorado, con líneas limpias y colores neutros que encajan a la perfección con la imagen y el estilo de Stella. Aquí parece que todo está en su lugar, al igual que ella.

Me acerco a una estantería donde descansa una pequeña colección de libros de diseño y fotografía, y toco el lomo de uno. Todo es tan... perfecto. Demasiado perfecto, pienso mientras noto cómo mi presencia en este lugar parece romper el equilibrio reinante.

—¿Qué te parece? —me pregunta desde la cocina, donde ya ha empezado a sacar dos copas de vino.

—Es muy tú —respondo con una media sonrisa.

Ella se ríe suavemente, pero sé que ha entendido lo que quiero decir.

Nos sentamos en el sofá, con las copas de vino en la mano. El silencio entre nosotros no es incómodo, pero sí pesado. Hay tantas palabras no dichas flotando en el aire y tantas barreras que hemos levantado para mantenerlo todo en el terreno estrictamente profesional, que cuesta hacer como si no existiera. Pero en este momento, con las luces cálidas del árbol de Navidad de salón y el reflejo de las luces de Navidad de la ciudad en la ventana, esas barreras parecen mucho más frágiles.

—¿Estás bien? —le pregunto después de un rato, sin saber muy bien qué más decir.

—Sí, solo que... es raro, ¿no? —responde con un suspiro—. Todo esto. Casarnos, vivir juntos. Aunque sea por un año, no deja de parecerme... irreal.

Asiento, porque sé lo que quiere decir. Tampoco esperaba que me afectara tanto, pero aquí estamos, compartiendo un espacio que, de alguna manera, nos obliga a enfrentarnos a algo más que un simple acuerdo. Intento distraerme y cambio de tema.

—Pensaba que me esperarías para decorar el árbol de Navidad —lo que le digo parece desconcertarla, aunque luego se ríe.

—¿Decorar el árbol? Pensé que eso no era algo que te importara demasiado.

—Claro que me importa —respondo, fingiendo estar ofendido—. El árbol es lo más

importante de la Navidad. Y ya te aviso que si piensas dejarlo solo con colores coordinados y luces blancas, vamos a tener problemas.

Ella me mira, sorprendida por mi comentario, y luego suelta una carcajada.

—¿Y qué sugieres tú, Moretti? ¿Un árbol lleno de adornos antiguos y luces de colores parpadeantes?

—Exactamente —le digo con una sonrisa. Me inclino hacia ella, disfrutando de la pequeña chispa de diversión que ha encendido—. El árbol debe tener personalidad. No puede ser una de esas cosas que parecen sacadas de un escaparate de lujo.

Ella me mira, entre divertida y confundida.

—Ya veo que eres más tradicional de lo que pensaba.

—Más auténtico —le corrijo alzando una ceja de forma cómica antes de tomar un sorbo de vino de mi copa—. A veces, las cosas no tienen que ser perfectas para ser bonitas.

Nos quedamos en silencio durante un momento más, pero esta vez no resulta incómodo. Es como si esa simple conversación que acabamos de mantener hubiera relajado el ambiente entre nosotros. La perfección que ella intenta mantener se desmorona poco a poco, al igual que la distancia que ambos hemos intentado mantener.

—De acuerdo —dice finalmente—. Decoraremos el árbol como tú quieras, pero si queda horrible, yo no me hago responsable.

La miro y no puedo evitar sonreír. No sé por qué, pero esa pequeña victoria me hace sentir que algo ha cambiado entre nosotros. Quizás sea solo el espíritu de la Navidad, o tal vez sea que, después de todo, Stella Harper no es tan diferente a mí.

Pasamos el resto de la noche eligiendo adornos y discutiendo sobre dónde colgar las luces. Es una pelea amistosa, casi coqueta, y me sorprende disfrutando de esos pequeños momentos con ella. Mientras colgamos los últimos adornos, me doy cuenta de que algo dentro de mí ha empezado a cambiar. Intento recordar que esto no es más que un acuerdo, una solución temporal, pero las barreras que he levantado están cada vez más débiles y amenazan con derrumbarse de un momento a otro.

Al final, después de un buen rato de trabajo, nos sentamos frente al árbol encendido con la nueva decoración y, por primera vez desde que comenzó todo esto, me siento extrañamente en paz. Stella se recuesta en el sofá y observa las luces titilantes.

—No está mal —dice en voz baja, casi para sí misma.

—Te lo dije —respondo, sonriendo.

Ella gira la cabeza hacia mí y, por un momento, nuestras miradas se encuentran. No hay palabras, solo ese entendimiento tácito que hemos ido construyendo en estas últimas semanas. Y aunque sé que esto no debería significar nada, no puedo evitar sentir algo diferente entre nosotros. Me levanto, intentando romper el momento antes de que se vuelva demasiado incómodo.

—Voy a por otra botella de vino —digo, señalando la cocina.

Pero cuando me alejo, siento su mirada clavada en mi espalda, como si ella también estuviera lidiando con algo que no puede ignorar. Y mientras busco la botella, sé que esto no será tan fácil como habíamos pensado.

El apartamento, que al principio parecía un simple lugar donde compartiríamos un año, empiezo a sentirlo más como un espacio donde nuestros diferentes mundos se encuentran y chocan. Y no estoy seguro de si podremos mantener las cosas en el terreno estrictamente profesional cuando todo a nuestro alrededor parece estar cambiando.

Capítulo 12

Stella

El olor a ajo y romero impregna el aire cuando empujo la puerta del restaurante de Nico. A estas alturas debería estar acostumbrada, pero el bullicio y la calidez del local aún me sorprenden. Es un mundo completamente distinto al mío y en el que nunca imaginé estar. Al principio, el plan era simple: ayudarle un par de días con el exceso de trabajo antes de Navidad, y ya está. No esperaba involucrarme más de lo necesario, pero ahora, aquí estoy, en la cocina con el delantal que me ha prestado, lista para otra jornada de trabajo.

Me detengo en la entrada de la cocina, observando cómo Nico se mueve con fluidez entre los fogones, como si formar parte de este caos organizado fuera algo natural para él. La cocina es su terreno y se nota en cada gesto y en cada plato que sale de su cocina perfectamente montado. Él no me ha visto aún, porque está demasiado concentrado en su tarea, por lo que aprovecho y me lo quedo mirando unos segundos más de lo necesario. No puedo evitar pensar en lo diferentes que somos. Yo, la organizadora de eventos de alto nivel, acostumbrada al lujo, la perfección y las fiestas exclusivas, y él, con su restaurante sencillo pero lleno de vida, centrado en lo que de verdad importa: la comida y la gente. Además ahora, que parece que el local vuelve a tener clientela, está mucho más contento que antes.

—¡Stella! —su voz me saca de mis pensamientos y me hace dar un pequeño sobresalto—. ¿Lista para otra jornada entre los fogones?

—Listísima —respondo, intentando sonar más confiada de lo que realmente me siento mientras me acerco hasta él.

Al principio, no voy a mentir, sentí que no encajaba aquí. Todo me parecía demasiado caótico y alejado de mi mundo. Pero hay algo en este lugar, en la energía que se respira entre las mesas y en las conversaciones distendidas de los clientes, que empieza a resultarme reconfortante. No lo entiendo del todo, pero me doy cuenta de que, cada día que pasa, me siento menos fuera de lugar.

Mientras me lavo las manos y me preparo para ayudar a montar platos, noto el ajetreo del restaurante. La clientela ha aumentado desde el evento que organizamos, y me siento un poco orgullosa de haber contribuido a eso. Nico siempre me dice que no me preocupe, que solo con estar aquí ya le ayudo, pero yo quiero hacer algo más, no quiero ser solo una figura decorativa en este lugar.

—Vamos, hoy te toca preparar los postres —me dice Nico, con una sonrisa que ilumina su cara. Cada día me cuesta más ignorar las sonrisas que Nico me dedica, la verdad.

—Estás confiando demasiado en mí, Moretti —le digo con una sonrisa ladeada, mientras me acerco a la zona de la cocina, donde habitualmente prepara los postres.

—Solo te pido que no quemes nada, por favor—responde con una carcajada suave.

Ambos nos reímos, pero la verdad es que me he esforzado en aprender a manejararme aquí. Desde montar ensaladas hasta preparar algún postre sencillo y cada vez me siento más cómoda. Y aunque hace un par de semanas todo esto me parecía una pérdida de tiempo, ahora empiezo a disfrutarlo. Es algo diferente, algo real. En mi mundo, todo está siempre calculado al

milímetro, desde los invitados hasta el más mínimo detalle de la decoración. Aquí, todo fluye de manera más natural. No hay pretensiones, solo gente que disfruta de una buena comida y de la compañía.

Mientras preparo los postres, observo a los clientes que van entrando. Uno de ellos, una mujer de mi edad acompañada por un hombre que parece su pareja, llama mi atención. Ambos van vestidos con ropa cara, casi impecable, como si fueran una versión más joven de mí y David. Ella habla en voz alta, riendo forzosamente mientras se asegura de que su abrigo caro quede a la vista. Me doy cuenta de que está haciendo lo mismo que yo hacía con David: mostrarle al mundo que había conseguido la vida perfecta, aunque por dentro no me sintiera así en absoluto.

David... Hace años que no pienso en él. Nuestra relación fue tan fugaz como intensa, y aunque me rompió el corazón, lo he superado. Ahora, viéndome en este lugar, me doy cuenta de lo lejos que estoy de aquella versión de mí misma que buscaba constantemente la validación a través de fiestas, eventos y una relación con un hombre que no valoraba quién era yo, sino lo que representaba.

Me acerco a Nico, que está en la barra, preparando un pedido para una mesa.

—¿Todo bien? —me pregunta, mientras termina de servir una copa de vino tinto.

—Sí, solo... —me detengo un segundo, pensando en cómo explicarle lo que me pasa por la cabeza—. Creo que estoy empezando a disfrutar de esto más de lo que pensaba.

Él me mira sorprendido, pero no dice nada, solo asiente con una sonrisa.

—Este lugar tiene algo —continúo—. No es como los grandes restaurantes a los que estoy acostumbrada, pero la gente... los clientes... valoran otras cosas. Es más auténtico.

—Por eso lucho por mantenerlo —me responde mientras me mira, serio por un instante—. Esto es más que un negocio para mí.

Asiento y en ese momento me doy cuenta de que quizá, sin darme cuenta, también estoy empezando a encontrar algo en este lugar que va más allá del simple trabajo o del acuerdo que tengo con Nico.

La pareja que me ha llamado la atención antes continúa en su mesa, riendo y haciéndose *selfies*, y no puedo evitar pensar en lo diferente que soy desde entonces. Antes, todo eso me parecía lo más importante: la imagen, la apariencia y ser siempre perfecta ante los demás. Pero ahora me he dado cuenta de que lo que realmente quiero es otra cosa. Quizá algo más sencillo, pero más real.

Las horas pasan volando y antes de darme cuenta, el servicio de la cena está casi terminado. Mientras Nico y yo limpiamos la cocina, siento que algo ha cambiado dentro de mí. El ruido de los platos y el olor de la comida... todo me parece más cercano y humano. Me doy cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, me siento satisfecha con algo que no tiene nada que ver con el éxito o el dinero.

—Te has adaptado bien, Harper —me dice Nico mientras guarda las últimas sartenes.

—¿Sorprendido? —le respondo con una sonrisa.

—Un poco —admite mirándome fijamente—. Pero me alegra que estés aquí.

Y, por primera vez, no me siento fuera de lugar, si no siendo parte de algo que no gira en torno a la perfección, sino a lo que realmente importa.

Capítulo 13

Nico

El día empieza bien. El restaurante está lleno, algo que en las últimas semanas se ha convertido en algo habitual desde que Stella comenzó a ayudarme. Además, la conexión entre nosotros fluye cada vez mejor, casi natural, como si de alguna manera el acuerdo que firmamos no fuera más que una excusa para algo más, aunque ninguno de los dos se atreva a decirlo en voz alta.

Desde que Stella se involucra más en el restaurante, he notado que algo ha cambiado. Veo cómo se mueve entre los clientes, cómo les sonríe y bromea con ellos, algo que jamás habría imaginado cuando la conocí. Y luego está la forma en que nuestras miradas se cruzan mientras trabajamos, como si estuviéramos en sintonía en algo más que en el trabajo en el restaurante. Ella ya no es solo esa mujer perfecta, calculada y distante, porque poco a poco, está dejando que vea quién es en realidad, y no puedo evitar sentirme atraído por esa vulnerabilidad oculta tras su fachada de perfección.

Sin embargo, hoy noto algo distinto en el ambiente desde que ha llegado, ese tal David aparece.

—Nico, quiero que conozcas a alguien —dice Stella, sonriendo de esa manera que suele hacer cuando necesita mostrarse profesional.

Levanto la vista de los platos que estoy montando y me encuentro con un hombre que irradia confianza. David, uno de sus ex. Lo reconozco al instante. No solo por las veces que Stella me ha hablado de él, sino porque es el tipo de hombre que nunca pasa desapercibido. Alto, atractivo, y con un estilo que claramente deja ver el éxito que ha alcanzado. Según me ha contado Stella, David es un diseñador de moda famoso, un hombre acostumbrado al lujo y a todo lo que ese mundo representa.

Me limpio las manos en el delantal, intentando no mostrar lo que realmente siento mientras me acerco a ellos.

—Encantado de conocerte —digo, extendiendo la mano. Mi tono suena más frío de lo que me hubiera gustado, pero no puedo evitarlo. David sonríe y estrecha mi mano, irradiando una seguridad en su gesto que casi me irrita.

—Igualmente, Nico. He oído mucho sobre ti —responde, y no sé si leer entre líneas o no. ¿Qué ha oído exactamente? ¿Que estamos casados? ¿Que esto no es más que un acuerdo?

Miro a Stella, que parece estar en una especie de conflicto interno, aunque sabe ocultarlo bien. Lo he aprendido con el tiempo: la forma en que parpadea ligeramente más rápido y la manera en que su mano juguetea con su collar cuando está nerviosa. Significa que algo no está bien.

—David me ha ofrecido una oportunidad de colaborar en un evento muy importante en París —me cuenta Stella, sin mirarme directamente.

Y ahí está. El golpe. París. Un evento importante. Todo lo que representa su vida anterior y que, por supuesto, es una vida que no me incluye a mí, ni a este restaurante. Trato de mantenerme tranquilo, pero no puedo evitar que una punzada de celos me atraviese. ¿Es esto lo que realmente desea? ¿Volver a ese mundo de lujo y superficialidad? ¿Elegir de nuevo la vida

que dejó atrás, con alguien como ese David, que encaja perfectamente en ella?

—¿París? —digo, intentando sonar neutral, aunque no lo consigo, mientras siento como crece un nudo en mi estómago.

—Es una gran oportunidad para ella —interviene David, con una voz tan segura y tranquila, que me exaspera—. Stella siempre ha sido la mejor en lo suyo, y este evento sería un escaparate perfecto para su talento.

Al escucharle una oleada de inseguridad me golpea. ¿Qué puedo carle yo, un tipo que tiene un restaurante en apuros y una vida que parece insignificante comparada con lo que David le está ofreciendo? Y lo peor de todo es que no puedo decir nada. No tengo derecho. Entre Stella y yo solo hay un acuerdo profesional, me recuerdo. Un maldito acuerdo profesional, sin ningún tío de implicación emocional.

—Deberías pensarlo —añado, sin querer que mi tono suene tan frío, aunque una vez más no lo consigo.

Stella me mira y, por primera vez, veo la duda en sus ojos. Y esa duda es como un puñal que se me clava en medio del pecho.

—Lo estoy pensando —responde en voz baja, como si no quisiera que la conversación continuara.

Me retiro a la cocina, porque en este momento necesito alejarme y poner distancia entre nosotros antes de decir algo de lo que pueda arrepentirme. El calor de los fogones y el ritmo de la cocina normalmente me calman, pero hoy no. Hoy todo me parece fuera de lugar. Intento concentrarme en los platos, pero la imagen de Stella y David hablando en la entrada del restaurante me sigue taladrando la cabeza.

¿Es esto lo que siempre he temido? ¿Que Stella, tarde o temprano, se dé cuenta de que no encajamos? ¿Que prefiera una vida llena de lujo, fiestas y eventos, lejos de este pequeño restaurante y de mí? La inseguridad me consume, y por primera vez desde que todo esto comenzó, me siento realmente vulnerable. No sé cómo manejarlo, ni qué hacer. Pero algo está claro: no puedo competir con un hombre como David, y mucho menos con la vida que le ofrece a Stella.

Decido salir a tomar aire, aunque sé que el frío de Nueva York no va a calmar el caos que bulle dentro de mí. Mientras me apoyo en la pared del callejón detrás del restaurante, mi mente sigue dando vueltas. Todo esto es solo un acuerdo. Solo eso. Me recuerdo. Pero... ¿Cómo he llegado a sentir tanto por ella? ¿Cómo voy a manejar esta situación?

Capítulo 14

Stella

Mi teléfono vibra de nuevo sobre la mesa. David me ha enviado otro mensaje. Ya he perdido la cuenta de cuántos me ha mandado desde que nos vimos en el restaurante. No he respondido a ninguno, pero su insistencia está empezando a afectarme. Me levanto de la silla, tratando de olvidarme de todo eso, pero su propuesta de trabajar en ese evento de París sigue dando vueltas en mi cabeza. Podría ser la oportunidad de mi vida y mi sueño. Pero ¿de verdad es lo que quiero?

Miro por la ventana, viendo cómo las luces de Navidad comienzan a encenderse en la ciudad. Las calles están llenas de gente, envolviéndose en el bullicio de las compras, las decoraciones brillan por todas partes y esa sensación de magia navideña flota en el aire. Hay algo en esta época del año que siempre me ha conmovido, una especie de esperanza mezclada con nostalgia me invade por estas fechas. Y, sin embargo, este año, por primera vez, no siento esa emoción de forma tan clara. Estoy dividida entre dos mundos: el que David representa, lleno de éxito, lujo y ambición, y este otro, más sencillo, pero igualmente poderoso, que es el que estoy descubriendo junto a Nico.

El sonido de la puerta me saca de mis pensamientos. Es Nico, que me mira con una sonrisa cálida en el umbral, que me desarma sin que se dé cuenta.

—¿Lista? —me pregunta, agitando una bufanda en la mano.

—¿Lista? ¿Para qué? —le devuelvo la sonrisa, intentando apartar los pensamientos que David ha sembrado en mi cabeza.

—Rockefeller Center, la pista de patinaje. Prometiste que me darías la oportunidad de enseñarte a patinar.

Me río. No lo había olvidado, pero la verdad es que la idea de patinar en medio de la ciudad, rodeada de turistas y luces navideñas, no me parece tan tentadora en este momento. Sin embargo, cuando Nico me mira con esa expresión traviesa, sé que no puedo negarme. Además, sé que me irá bien distraerme, lo necesito.

—Está bien, pero no me hago responsable si terminamos en el suelo ¡No se patinar! —bromeo mientras me acerco para ponerme la bufanda.

Nico se ríe y me ayuda a ponerme el abrigo, como si fuera lo más natural del mundo. Y, en ese pequeño gesto, siento cómo algo dentro de mí se derrite. No es solo la calidez de su presencia, sino la sencillez de estar con él, sin presiones ni máscaras. Sin darnos cuenta, hemos construido algo que va más allá del acuerdo que firmamos, un mundo en el que solo tenemos cabida él y yo, y que es solo nuestro.

Caminamos juntos por las calles iluminadas, las luces de Navidad parpadean sobre nuestras cabezas. A nuestro alrededor, la ciudad parece envuelta en una especie de neblina mágica, como si todo brillara un poco más en esta época del año. Las luces se reflejan en los escaparates y la música navideña flota en el aire. Es imposible no sentirse envuelto en ese ambiente tan mágico.

Cuando llegamos al Rockefeller Center, la pista de patinaje está abarrotada, pero eso no nos importa. Es imposible no sentir una emoción especial al ver el enorme árbol de Navidad,

iluminado y decorado, elevándose sobre nosotros como un gigante. Me detengo un segundo para contemplarlo, mientras siento cómo un escalofrío me recorre la espalda. Es un momento casi surrealista, como sacado de una película. La nieve, las luces, la música... todo es perfecto, pero en lugar de sentirme abrumada por la grandiosidad de la escena, me siento en paz. Aquí, con Nico, nada parece complicado, todo es fácil y natural y eso me encanta.

—Vamos, Harper. Es hora de demostrar tus habilidades sobre el hielo —dice Nico, guiñándome un ojo mientras me pasa los patines.

—Mis habilidades son más que cuestionables —bromeo, pero su entusiasmo es contagioso.

Nos ponemos los patines y, en cuanto mis pies tocan el hielo, siento el primer desequilibrio. Nico está justo detrás de mí, sujetándome por la cintura, mientras se ríe.

—Tranquila, estoy aquí —dice en un susurro que me hace sonreír.

Damos las primeras vueltas en la pista, torpes al principio, pero pronto empiezo a sentirme más cómoda. Nico se mantiene a mi lado, apoyándose cada vez que parece que me voy a caer. Y entonces, sin darme cuenta, me dejo llevar. El frío en mi cara, la sensación del viento azotando mi pelo, las luces parpadeando a nuestro alrededor... todo parece encajar.

—¡Cuidado! —grita Nico de repente, pero es demasiado tarde. Resbalo y caigo al hielo, soltando una carcajada nerviosa.

Nico se agacha a mi lado, riéndose también.

—Sabía que esto pasaría —digo, mirándolo desde el suelo.

—Te has caído, porque no confías lo suficiente en tus habilidades —responde mientras me ayuda a levantarme.

Sus manos cálidas me sostienen mientras me incorporo y, en ese momento, algo cambia. El aire entre nosotros se vuelve denso, lleno de una tensión que no es incómoda, sino... eléctrica. Estoy de pie, frente a él, con nuestras manos aún entrelazadas y, por un segundo, todo lo demás desaparece. Las luces, la música, la multitud... todo se desvanece, y solo quedamos nosotros dos, mirándonos bajo el cielo estrellado de Nueva York en el Rockefeller Center.

—Nico... —murmuro, sin saber muy bien qué quiero decir.

—¿Qué pasa? —pregunta, con ese tono suave que usa cuando sabe que estoy a punto de decir algo importante.

Pero no respondo. No puedo. Porque en ese instante me doy cuenta de que lo que siento por él es más fuerte de lo que me atrevo a admitir. Pero no es solo atracción, ni tampoco gratitud por estar ahí cuando más lo necesito. Es algo más profundo, algo que no esperaba sentir, y que me asusta más de lo que estoy dispuesta a reconocer.

Nos quedamos ahí, mirándonos, hasta que una ráfaga de aire frío nos sacude, rompiendo el momento y es entonces cuando me suelto de sus manos, sonriendo para disimular la emoción que me atraviesa.

—Vamos, tenemos que seguir patinando antes de que me quede congelada —digo, intentando sonar casual.

Nico asiente, pero sé que ha notado lo que ha pasado entre nosotros. Lo veo en su mirada, en esa sonrisa cómplice que me dedica antes de volver a tomar mi mano para seguir patinando. Y mientras avanzamos sobre el hielo, rodeados de luces y música, me doy cuenta de que David, con todas sus promesas de éxito y glamour, ya no significa lo mismo para mí. Lo que una vez fue un sueño inalcanzable para mí, ahora me parece vacío comparado con lo que estoy empezando a sentir por Nico.

Puede que aún no esté lista para admitirlo en voz alta, pero sé que estoy cambiando. Y

esta Navidad, rodeada del ambiente mágico de Nueva York y de la calidez de alguien que me ve tal como soy, estoy comenzando a dejar atrás la vida que una vez creí que deseaba.

Capítulo 15

Nico

El día comienza temprano, como cualquier otro. Pero hoy, tengo la cabeza en otra parte, atrapada en un torbellino de emociones que no sé cómo gestionar. Desde que David apareció de nuevo en la vida de Stella, no puedo evitar compararme con él, aunque odio admitirlo. Es como si todo lo que soy, se viera eclipsado por el mundo de lujo y éxito que él representa. Cada vez que lo pienso, siento ese incómodo nudo en el estómago, esa inseguridad que creía tener bajo control, pero que intenta devorarme cada vez que me distraigo.

Miro alrededor del restaurante, vacío por el momento, antes de que empiece el ajetreo habitual. Todo está en orden y tranquilo. Pero dentro de mí, hay un caos que no puedo ignorar. Desde nuestra noche en el Rockefeller Center, he intentado mantenerme sereno y darle a Stella su espacio. No quiero presionarla, pero tampoco puedo quedarme de brazos cruzados mientras el fantasma de su antiguo mundo vuelve para tentarla. Resoplo y me paso una mano por el pelo, frustrado. Me siento como un tonto. ¿Cómo he llegado a esto? Soy Nico Moretti, un tipo que ha luchado por todo lo que tiene. Nunca he dependido de nadie, y ahora, aquí estoy, preocupándome por si soy suficiente para una mujer.

Sacudo la cabeza, tratando de disipar esos pensamientos. No puedo permitirme dudar ahora. He tomado una decisión. No voy a quedarme de brazos cruzados viendo cómo David la atrae de vuelta a su mundo. No puedo competir con él en términos de riqueza, éxito o glamour, eso lo tengo claro, pero sí que puedo demostrarle algo mucho más real. Y voy a empezar hoy mismo.

Cierro el restaurante un poco antes. Nadie se quejará si lo hago; después de todo, he trabajado como un loco estas últimas semanas. Voy a preparar algo especial para ella. Sé que no es lo mismo que ofrecerle París o una carrera internacional, pero quiero que vea que lo que tenemos aquí es auténtico. Que lo que siento por ella es real, mucho más que cualquier evento de lujo o luces brillantes.

Así que llamo a uno de mis proveedores y encargo algunos ingredientes frescos y algunos productos especiales que no uso habitualmente en el menú del restaurante. Pienso preparar una cena que sea sencilla, pero que le llegue al corazón. Algo que demuestre todo lo que siento, aunque no se lo diga abiertamente. Sé que Stella valora los pequeños detalles y las cosas que no se ven a simple vista, pero que están llenas de significado.

Poco después, llega el pedido. Mientras empiezo a cocinar, me doy cuenta de que mi nerviosismo no es por la comida, sino por lo que representa esta cena, porque no es simplemente un encuentro entre dos amigos. Esta cena es mi manera de decirle a Stella lo que no soy capaz de poner en palabras, lo que llevo sintiendo desde que empezamos este viaje juntos. Sé que es ridículo, pero preparar esta cena es mi forma de luchar por ella y de demostrarle que no necesita ese mundo que David le ofrece para ser feliz.

Las horas pasan mientras cocino y el aroma de los ingredientes frescos comienza a llenar el aire. Me concentro en cada detalle y en cada plato, como si mi vida dependiera de ello. Quiero que todo sea perfecto, pero no en el sentido superficial de la palabra, si no que sea

perfecto porque le muestre lo que soy y lo que podemos llegar a ser juntos.

Finalmente, la cena está lista. Me siento agotado, pero también emocionado. Ahora solo me falta esperar a que llegue Stella.

Cuando la puerta del restaurante se abre, me vuelvo para verla. Está de pie en el umbral, con el abrigo aún puesto, y me sonríe de esa manera que siempre consigue desarmarme. Pero hay algo más en su mirada hoy. No sé si es cansancio o si está preocupada, pero sé que algo la inquieta.

—¿Qué es todo esto? —pregunta mientras deja su bolso sobre una silla y se acerca a la mesa, donde he dispuesto la cena con esmero —¿Por qué está cerrado al público?

—He pensado hacer algo especial. Para ti —respondo, tratando de sonar casual.

Stella sonríe, pero esa chispa que solía ver en sus ojos parece un poco apagada hoy.

—Nico... no tenías que hacer todo esto —dice en voz baja, aunque sé que aprecia mi gesto.

—Quería hacerlo —le digo con firmeza, mirándola directamente a los ojos.

Nos sentamos, y el silencio que se instala entre nosotros está cargado de algo que no puedo descifrar del todo. Le sirvo un poco de vino y la observo mientras prueba el primer bocado. Su rostro se suaviza al instante, y eso me hace sentir un poco más relajado.

—Esto está increíble —dice después de un rato y me doy cuenta de que ahora parece más relajada que cuando ha llegado.

Nos reímos, hablamos sobre cosas cotidianas, pero sé que hay algo más que necesita decir. Lo noto en la manera en que sus dedos juegan con el borde de la copa de vino y en la forma en que evita mi mirada directa por demasiado tiempo. Está dudando, lo sé.

—Stella, quiero que sepas algo —digo de repente, sin poder contenerme más.

Ella levanta la vista, con una expresión que es una mezcla de curiosidad y temor.

—No puedo darte lo que David te ofrece —continúo, sabiendo que es ahora o nunca—. No tengo un evento en París, ni una carrera deslumbrante que pueda tentarte. Pero lo que puedo ofrecerte es real. Soy yo. Y lo que siento por ti... es auténtico.

Mi corazón late con fuerza, mientras espero su reacción. Stella me mira a los ojos y se queda en silencio por un momento, como si estuviera procesando mis palabras.

—Nico... —comienza, pero su voz se rompe ligeramente—. No es tan simple como eso.

—Lo sé —le digo, intentando no sonar desesperado—. Pero quiero que sepas que estoy aquí. Que esto que tenemos... sea lo que sea... es algo por lo que vale la pena pelear.

Ella baja la mirada y sé que está luchando con algo dentro de ella. Pero no puedo hacer más. He puesto todo sobre la mesa, literal y metafóricamente. Ahora le toca a ella decidir.

Nos quedamos en silencio por unos minutos más, mientras terminamos la cena. No sé si esto será suficiente, pero he hecho todo lo que he podido. Mi inseguridad sigue ahí, pero al menos ahora Stella sabe lo que realmente siento.

Después de la cena, Stella se ofrece a ayudarme a recoger, pero la detengo.

—No, tú has trabajado suficiente hoy. Déjame hacerlo a mí.

—Nico... —me mira de una forma que me hace pensar que quiere decir algo más, pero finalmente asiente—. De acuerdo, pero no te quedes aquí toda la noche.

La veo salir del restaurante y cómo su figura se ilumina por las luces de Navidad de la ciudad, y no puedo evitar preguntarme qué estará pensando. ¿Habría entendido lo que he intentado decirle con esta cena? ¿O seguirá debatiéndose entre lo que David le ofrece y lo que yo represento?

No lo sé. Pero lo que sí sé es que no puedo controlar lo que ella decida. Solo puedo ser honesto, mostrarle lo que realmente siento y esperar que, al final, elija lo que realmente la haga feliz.

Me quedo en el restaurante un rato más, limpiando y recogiendo, mientras intento calmar la tormenta que siento dentro de mí. Pero incluso mientras lo hago, mi mente sigue volviendo a ella, a esa sonrisa que me da fuerzas y a esa incertidumbre que me consume por dentro.

Capítulo 16

Stella

La puerta del apartamento se cierra con un golpe seco detrás de mí. El eco resuena en el silencio incómodo, que llena el espacio desde hace unos días. Me detengo en el umbral, con las llaves en la mano, y sé que lo que está a punto de suceder no va a ser fácil. Nico está ahí, sentado en el sofá, pero apenas me mira cuando entro. Siento como si la distancia entre nosotros se hubiera vuelto abismal en cuestión de días.

—Tenemos que hablar —me dice finalmente con su voz grave y llena de una tensión que me atraviesa.

Asiento lentamente. Sabía que este momento llegaría, pero no estoy preparada. No lo estoy porque no sé cómo poner en palabras lo que siento, ni lo que está sucediendo dentro de mí. La oferta de David sigue colgando sobre mí como una sombra y oscureciendo cada uno de mis pensamientos y emociones. Y en medio de todo esto, está Nico, mirándome con esos ojos que lo ven todo, que han visto más de mí de lo que yo había planeado mostrarle.

Me acerco lentamente y me siento frente a él.

—¿De verdad te estás planteando irte a París? —pregunta, sin rodeos. Su tono es duro, casi como un reproche.

—No es tan sencillo —suspiro, tratando de controlar el temblor en mi voz—. Es una oportunidad increíble. Podría significar mucho para mi carrera, ya lo sabes.

—Lo sé, pero lo que no entiendo es cómo puedes plantearte marcharte, ahora, después de nuestra cena del otro día.

Me duele el estómago al escuchar sus palabras, porque sé que tiene razón, pero también estoy aterrada. Tengo miedo de que, si me quedo, esté renunciando a algo que llevo años persiguiendo, pero también aterrada de que, si me voy, perderé algo que nunca había tenido hasta ahora: a él, a Nico.

—No es que quiera dejarte atrás —le digo, aunque ni siquiera yo me lo creo del todo—. Pero esta es mi carrera. Lo que siempre he querido.

—¿Siempre has querido qué? —interrumpe, levantándose del sofá y caminando por la sala con pasos tensos—. ¿El lujo? ¿El glamour? ¿A David?

El nombre de David cae entre nosotros como una bomba. Siento el calor subir por mi cuello, no por culpa, sino por la incomodidad de lo que representa.

—Esto no tiene nada que ver con David —respondo con firmeza, levantándome también, y con la necesidad de defenderme—. No es él. Es mi vida. Mi carrera. No puedo dejar que todo lo que he construido se derrumbe.

—¿Y qué hay de nuestro acuerdo? —su voz se quiebra un poco, pero lo suficiente como para hacer que mi corazón se acelere.

Nos quedamos ahí, uno frente al otro, como si estuviéramos en lados opuestos de una línea invisible. Las emociones que veo su rostro me golpean con fuerza. Y, de repente, me siento atrapada entre dos mundos. El mundo que he conocido durante tanto tiempo y el que he comenzado a descubrir junto a él.

—No lo sé —murmuro, bajando la mirada—. No sé qué hacer.

—Stella —dice con un tono más suave ahora y dando un paso hacia mí—. No quiero que te vayas. Pero tampoco puedo detenerte si lo que quieres es marcharte. Solo quiero que seas honesta conmigo. ¿Qué es lo que realmente quieres?

No puedo responder de inmediato, porque no sé qué decir. Es como si mis dos realidades estuvieran en guerra dentro de mí. La seguridad y el éxito que me ofrece París y la autenticidad y el amor que he encontrado aquí, con él.

Capítulo 17

Nico

La primera nevada cae mientras me asomo por la ventana del restaurante, pero ni la belleza de las luces navideñas, ni el manto blanco que cubre las calles me distraen. Es curioso cómo, en esta época del año, cuando todo el mundo parece estar envuelto en magia y alegría, yo solo siento un vacío aplastante. Y todo porque, aunque no quiero admitirlo, me estoy distanciando de Stella.

No ha sido algo que haya planeado. No me levanté un día y decidí dejar de luchar por ella. Ha sido más bien como si una barrera invisible se hubiera levantado entre nosotros tras la última que hablamos. La oferta de David ha sido como una losa pesada que ha caído sobre todo lo que hemos construido, y aunque sé que Stella está en medio de una tormenta de dudas, no puedo evitar sentirme ya como el candidato derrotado.

Me aparto de la ventana y paso una mano por mi pelo, que hoy parece más desordenado que nunca. Las sillas están ya apiladas sobre las mesas del restaurante, y el eco de mis pasos resuena en la sala vacía, mientras me dirijo a la cocina. Cocinar siempre ha sido mi refugio, el lugar donde las cosas tienen sentido, donde todo se puede arreglar con un toque extra de sal o una cocción precisa. Pero esto, lo que siento por Stella, no es algo que pueda arreglar con un plato bien preparado. Este miedo que me consume es más fuerte que cualquier inseguridad que haya sentido en mi vida.

El sonido de la puerta del restaurante me saca de mis pensamientos. Es Stella. Está ahí, con esa sonrisa que tanto me gusta, pero que ahora me duele ver, porque siento que está más lejos de mí que nunca. Me esfuerzo por devolverle una sonrisa, aunque sea pequeña.

—¿Cómo ha ido el día? —me pregunta mientras se quita el abrigo y lo deja en el perchero.

—Bien —murmuro, sin mucho entusiasmo—. El restaurante ha estado tranquilo.

—Parece que todo está tranquilo hoy —dice con un tono suave, mirando a su alrededor.

El silencio que se instala entre nosotros es espeso, lleno de palabras no pronunciadas. Sé que ella está esperando a que yo diga algo, que saque a relucir lo que realmente nos está separando, pero no puedo. No sé cómo hacerlo. Es como si hubiera una pared invisible entre nosotros, una que he construido yo mismo, pero que ahora no soy capaz de derribar.

—Estaba pensando... —Stella se acerca hasta mí, con una expresión cautelosa en el rostro—. ¿Por qué no cenamos juntos esta noche? Podemos hablar. Sé que las cosas no han estado bien entre nosotros últimamente, pero creo que necesitamos... no sé, intentar arreglarlo.

Intentar arreglarlo. Quiero decirle que no hay nada que arreglar, que el problema no es algo que se pueda resolver con una conversación. Que mi miedo y mi inseguridad están en que ella puede tener algo mejor y más grande que lo que yo puedo ofrecerle. Que no sé si puede realmente elegir esta vida conmigo, una vida que no incluye París, ni eventos de gala, ni el éxito que David representa.

—Stella, no estoy seguro de que haya algo más que podamos decir —digo, sintiendo el nudo en mi estómago apretarse más con cada palabra.

Ella me mira, sorprendida, y puedo ver la confusión en sus ojos. Estoy convencido de que ésta no es la respuesta que esperaba por mi parte. Pero no puedo seguir fingiendo que todo va bien.

—¿Qué estás diciendo? —su voz tiembla ligeramente y eso solo hace que me sienta peor.

—No puedo competir con lo que te ofrece David. No puedo darte París, ni esa carrera deslumbrante que siempre has querido. Y si eso es lo que realmente deseas... —hago una pausa, tragando saliva—. Si eso es lo que quieres, no puedo detenerte.

Stella da un paso hacia mí, pero no me mira a los ojos. Hay algo en su postura y en la forma en que respira, que me dice que está tan perdida como yo.

—No es tan simple como eso —responde finalmente—. David no tiene nada que ver con esto. Esto es sobre mí, sobre lo que quiero para mi vida. Y lo que quiero, Nico... —se detiene, como si no supiera cómo continuar.

—¿Lo que quieres es París? —pregunto, aunque no quiero oír la respuesta.

—No lo sé —admite con un susurro—. Estoy intentando averiguarlo.

Y ahí está. La verdad que ambos hemos estado evitando. Stella no sabe lo que quiere, y yo no sé si puedo esperar a que lo descubra. Porque cuanto más tiempo pasa, más me duele estar cerca de ella sin saber si, al final, seré yo a quien elija o si, inevitablemente, será París y David.

El silencio se instala de nuevo entre nosotros, esta vez más pesado y más definitivo que nunca. Stella da un paso hacia atrás, como si quisiera poner distancia entre nosotros, y siento como si algo se rompiera dentro de mí.

—Necesito pensar —dice finalmente, casi en un susurro, antes de girarse y caminar hacia la puerta.

No intento detenerla. No puedo. Todo lo que puedo hacer es verla marcharse, sin saber si volverá.

La puerta se cierra, y el eco de ese golpe seco me resuena en el pecho. Me apoyo en la encimera de la cocina, cerrando los ojos por un momento, intentando calmar la tormenta de emociones que me sacude por dentro. Pero no lo consigo. El miedo, la inseguridad, todo sigue ahí, más fuerte que nunca. Y mientras miro la encimera vacía, me doy cuenta de algo: he estado perdiendo esta batalla desde el principio, no porque no sea suficiente, sino porque nunca he creído que pudiera serlo.

Capítulo 18

Stella

Salgo del restaurante de Nico con el corazón en un puño y la cabeza llena de pensamientos confusos. La conversación que acabamos de tener me ha dejado emocionalmente agotada, y por eso he necesitado salir de ahí, escapar. Necesito aire.

Me decido por lo más sensato en estos momentos: ir a ver a Emma. Ella siempre tiene una manera peculiar de hacer que las cosas parezcan menos complicadas, y ahora mismo necesito eso, una buena dosis de perspectiva desde el único ángulo que parece razonable cuando todo está del revés. Me subo a un taxi y, mientras el vehículo avanza por las calles iluminadas con las luces navideñas, intento darle sentido a lo que acaba de pasar. Pero cuanto más pienso en ello, más atrapada me siento entre esos dos mundos tan distintos, pero que siento como propios.

Al llegar a la casa de Emma, apenas tengo tiempo de golpear la puerta antes de que la abra de un tirón, con esa energía suya que siempre me sorprende.

—¡Ya era hora! —exclama, con una sonrisa traviesa—. Llevo esperando este momento desde que me dijiste que te ibas a casar con Nico. Ven, entra.

La calidez del apartamento de Emma me envuelve al instante, y su abrazo me desarma, haciéndome sentir, al menos por un momento, que todo va a estar bien.

—Venga, cuéntamelo todo —dice mientras me guía hacia el sofá, ofreciéndome una copa de vino que sabe que nunca le rechazo.

Tomo un sorbo, intentando relajarme. La verdad es que no sé por dónde empezar, pero la mirada de Emma lo dice todo: está preparada para escuchar y para darle la vuelta a mi caos emocional con una dosis de humor y sensatez a partes iguales.

—He hablado con Nico —empiezo, casi en un susurro.

Emma levanta una ceja y se recuesta en el sofá, como si se preparara para una historia épica.

—¿Sobre? —pregunta.

—David y París —le aclaro.

—Sabía que esto pasaría tarde o temprano. Venga, sigue —me anima, aunque su expresión de diversión se torna más seria.

—París y David... —repite, sopesando las palabras—. Y por lo que veo, eso te está comiendo la cabeza.

Asiento, sintiendo cómo la presión en mi pecho se hace más pesada. Me vuelvo hacia ella, esperando una respuesta que me haga ver todo más claro.

—No sé qué hacer, Emma. Quiero decir, es mi carrera, es lo que siempre he soñado. Pero ahora... —hago una pausa, buscando las palabras—, ahora está Nico. Y me siento tan confundida. No sé si puedo dejar todo esto por una oportunidad que, en el fondo, no sé si realmente quiero.

Emma se inclina hacia adelante, dejando la copa en la mesa y mirándome directamente a los ojos.

—Escucha, tía, lo que estás diciendo ya es una respuesta. Si realmente quisieras esa

vida, no estarías aquí, sentada conmigo y comiéndote la cabeza por un tío como Nico. Estarías en el avión rumbo a París con David y su mundo de fiestas y flashes.

Su tono es directo, pero tiene razón. De alguna manera, ya lo sabía, pero escucharlo en voz alta hace que todo parezca más real.

—Nico es... diferente —admito, y solo con decirlo, una sensación cálida me recorre el cuerpo—. Es todo lo contrario a lo que siempre he conocido. Es sincero, real. Pero también me resulta aterrador, porque no sé cómo manejarlo.

Emma suelta una carcajada suave al escuchar lo que acabo de decirle.

—Tía, estás enamorada, eso es lo que te pasa. Y te da miedo, porque nunca habías sentido algo así antes. Ni con David ni con ningún otro.

—¿Enamorada? —repito, sorprendida de escuchar esa palabra en voz alta. Es una palabra que me asusta, pero también algo que, en el fondo, siempre había deseado sentir.

—Claro que sí. Lo que sientes por Nico es auténtico. No es solo atracción física o el hecho de que te haga sentir segura. Es algo más. —Emma me mira con una sonrisa cálida, pero esta vez sin el tono burlón—. Y te aterrera, porque por primera vez no tienes todo bajo control.

Dejo que sus palabras se asienten en mi cabeza. Tiene razón. Siempre he controlado cada aspecto de mi vida, desde mi carrera hasta mis relaciones, siempre me he asegurado de que todo encaje perfectamente en mi plan. Pero con Nico, todo ha sido diferente. No ha seguido las reglas. Y quizás, por primera vez en mi vida, eso es exactamente lo que necesito.

—Así que, ¿qué vas a hacer? —pregunta Emma, alzando una ceja.

Me quedo en silencio, pensando. No tengo todas las respuestas, pero una cosa es clara: lo que siento por Nico es real. Más real que cualquier sueño de éxito profesional que haya tenido. Me levanto del sofá y miro por la ventana, las luces de la ciudad parpadean a lo lejos, recordándome todo lo que podría tener en París... pero también todo lo que podría perder si no soy honesta conmigo misma.

—Creo que tengo que hablar con Nico —digo finalmente.

Emma asiente, satisfecha.

—Vaya, ¡por fin te has dado cuenta! —exclama, con esa chispa de humor que siempre consigue arrancarme una sonrisa, incluso en los momentos más difíciles—. Ahora vete, antes de que te arrepientas.

Nos abrazamos y mientras salgo de su apartamento, siento una nueva determinación crecer dentro de mí. Ya no es solo una cuestión de elegir entre dos vidas, es una cuestión de ser honesta con lo que realmente quiero. Y lo que quiero es a Nico.

Capítulo 19

Nico

El aroma a comida casera me golpea apenas cruzamos el umbral de la casa de mis padres en Brooklyn. Es como si todo el peso de los últimos días se disipara por un momento al ver a mi familia reunida en torno a las tradiciones que me han acompañado toda mi vida. Para Stella, esto es nuevo, y lo sé por cómo me agarra la mano con fuerza al entrar. Noto su nerviosismo, y no puedo evitar sonreír, porque la idea de que esté aquí, en medio de este caos festivo a la italiana, me llena de una emoción que no sé muy bien cómo describir.

—¡Nico! —La voz de mi madre llega desde la cocina antes de que la vea aparecer con las manos cubiertas de harina. Su abrazo es cálido y apretado, como siempre—. ¡Stella, querida! —añade, dirigiéndose a ella con una sonrisa amplia.

—¡Hola! —responde Stella, un poco más tímida de lo habitual. Me resulta curioso que siempre se muestra como una mujer que domina cualquier espacio y, en cambio, aquí parece fuera de lugar, en un ambiente tan lleno de calidez familiar.

—Qué alegría volver a verte, tesoro —le dice mi madre y no tarda en rodearla con un abrazo igual de afectuoso que el que me ha dado a mí.

Nos encaminamos hacia la cocina, donde el resto de mi familia ya está en pleno ajetreo. La mesa está llena de ingredientes frescos y platos a medio preparar. Mi abuela, como siempre, es la reina del lugar. Está de pie, junto a la encimera, dándole instrucciones a todos con esa energía que parece inagotable, a pesar de su edad.

—*Nonna*, te he traído ayuda extra —le digo, señalando a Stella.

Mi abuela levanta la vista y sonríe, pero antes de que Stella pueda decir algo, ya le está colocando un delantal encima.

—¡Ven aquí, cariño! Necesito manos jóvenes que me ayuden a amasar la pasta —dice en su italiano medio entrecortado.

Veo la duda en los ojos de Stella, pero también la determinación. No es de las que se echan atrás fácilmente, así que me acerco y le guiño un ojo.

—No te preocupes, solo sigue las instrucciones de *Nonna* —le digo conteniendo la risa.

Los siguientes minutos son un caos. Stella intenta seguir el ritmo de mi abuela, pero la rapidez con la que *Nonna* le da indicaciones parece confundirla. En un momento, hay harina por todas partes y las manos de Stella están cubiertas de masa.

—¿Así está bien? —le pregunta, claramente desesperada, mientras la masa se le pega a los dedos. Mi abuela suelta una carcajada y asiente.

—Perfecto, *perfetto*, querida. Ahora, solo tienes que hacer esto unas cien veces más —añade, lo que provoca que toda la familia estalle en carcajadas.

Stella sonríe, aunque sé que está un poco abrumada. Pero verla aquí, en medio de este caos familiar, es como ver otra versión de ella, una versión más relajada y auténtica. Y mientras la observo, siento que algo se asienta dentro de mí. Como si, por primera vez, entendiera lo que significa realmente amar a alguien.

La noche continúa con risas, canciones, comida y un montón de regalos bajo el árbol.

Mis primos y tíos están por todas partes, bromeando y compartiendo historias, mientras nos preparamos para la gran cena. Stella parece más cómoda ahora, incluso riendo con mis primos y ayudando a mi madre a colocar los platos en la mesa. En un momento dado, mientras la observo desde el otro lado de la sala, me doy cuenta de lo bien que encaja aquí, entre toda esta gente que amo. Y me sorprende lo natural que la veo en este ambiente, rodeada de mi familia y compartiendo nuestras tradiciones. No es el mundo de lujo en el que ella creció, pero hay algo real, algo profundo en lo que estamos construyendo juntos, que cada vez me gusta más.

—Nico, ¿en qué piensas? —me pregunta mi hermana, sentándose a mi lado y sacándome de mis pensamientos.

—Nada, solo... me gusta verla aquí —respondo, sin poder evitar que una sonrisa se dibuje en mi rostro sin apartar la vista de Stella.

Mi hermana me da una palmadita en el hombro.

—Se nota. Solo asegúrate de que se dé cuenta de lo que sientes. No seas idiota.

Asiento, sabiendo que tiene razón. Cuando la veo ayudando a mi madre a servir los platos y cantando villancicos con mi abuela en un italiano destartalado, sé que la amo. La amo más de lo que jamás imaginé que podría amar a alguien. Y aunque me aterra la idea de que ella no sienta lo mismo por mí, sé que tengo que ser honesto y decírselo.

La cena avanza entre risas y brindis y noto cómo Stella se relaja más, como si finalmente hubiera encontrado su lugar. En un momento, nuestros ojos se encuentran desde el otro extremo de la mesa y en esa mirada, siento una conexión que no necesita palabras.

Después de la cena, nos retiramos al salón, y mientras el resto de la familia sigue conversando y riendo, me acerco a Stella, que está sentada en el sofá, mirando las luces del árbol de Navidad.

—Gracias por venir —le digo en voz baja, sentándome a su lado.

—Gracias por invitarme —me responde, con una sonrisa suave—. Esto es... todo tan diferente a lo que he conocido. Pero me encanta.

Nos quedamos en silencio un momento y aunque sé que debería decirle lo que siento, el miedo me retiene. Porque, ¿y si ella no está preparada para escuchar esas palabras?

—Nico, ¿estás bien? —me pregunta, como si pudiera sentir la tensión en mi interior.

—Sí, solo... quería decirte que me gusta verte aquí, con mi familia.

Stella me mira y, por un momento, veo algo en sus ojos, algo que me hace pensar que tal vez ella siente lo mismo que yo.

—Yo también me siento bien aquí —responde y, aunque no dice nada más, sé que esas palabras significan mucho.

Nos quedamos ahí, en silencio, rodeados por el calor de la Navidad y el murmullo de las conversaciones familiares. Y aunque las palabras aún no salen de mis labios, sé que pronto lo harán. Porque lo que siento por Stella es algo que no puedo seguir ocultando, antes o después deberé decirle todo lo que siento.

Capítulo 20

Stella

Salgo de la casa de los padres de Nico con una sensación de calidez y una paz interior que no recordaba haber sentido nunca. El aire frío de la noche choca con mi cuerpo, pero no me molesta. Todo lo contrario, parece que esa brisa helada me ayuda a despejar la mente y a ordenar el torrente de emociones que han ido acumulándose durante las últimas horas. Siento una conexión que no esperaba, no solo con Nico, sino con su familia, su mundo y su vida. Es un lugar donde las cosas tienen un valor diferente, donde los abrazos, las risas y el caos familiar valen más que cualquier evento de lujo o cena elegante. Me detengo un momento frente a la casa, mirando las luces parpadeantes que decoran el porche. Nico está todavía dentro, despidiéndose de su abuela con la misma ternura con la que le ha hablado toda la noche. Esa imagen se queda grabada en mi memoria y me hace replantearme tantas cosas...

Es imposible no comparar este ambiente con las navidades que he vivido a lo largo de mi vida. Frías, impersonales y donde todo parecía girar en torno a lo que teníamos que mostrar al mundo, en lugar de lo que realmente éramos. Las fiestas en casa de mis padres siempre fueron eventos más que celebraciones. La gente, los regalos, los vestidos... nada de eso parecía real, al menos no como lo que acabo de vivir esta noche. Y ahí está la diferencia, la enorme diferencia que me aterra, porque por primera vez en mucho tiempo, me doy cuenta de que esto —lo que he compartido con Nico y su familia— es lo que siempre he estado buscando. No son los trajes caros ni las invitaciones exclusivas lo que me ha dado esa sensación de pertenencia. Ha sido la sencillez. La forma en que su madre me ha abrazado, el modo en que su hermana me ha guiñado el ojo desde el otro lado de la mesa, como si me conociera de toda la vida. El caos en la cocina con la *Nonna*... Eso es lo que me ha llenado de vida, lo que me ha hecho sentir que, por primera vez, formo parte de algo auténtico.

—Stella, ¿estás bien? —La voz de Nico me saca de mis pensamientos. Se ha acercado sin que me diera cuenta, y ahora está aquí, a mi lado, observándome con una mezcla de preocupación y ternura.

—Sí, solo... —Respiro hondo, tratando de encontrar las palabras—. Creo que estoy empezando a ver las cosas de otra manera.

Nico asiente, aunque no dice nada. No lo necesita. Es como si entendiera perfectamente lo que estoy sintiendo, sin que tenga que explicárselo.

Caminamos en silencio hasta el coche. Él, con su mano firme en la parte baja de mi espalda, y yo aun procesando todo lo que acaba de pasar. A lo largo del trayecto de vuelta, no puedo dejar de pensar en cómo mi vida ha cambiado en tan poco tiempo. Cómo, de alguna manera, he pasado de ser una mujer que lo tenía todo planeado, que nunca dejaba nada al azar, a alguien que está cuestionando todas sus decisiones y que está dispuesta a replantearse su futuro por un hombre que no estaba en sus planes apenas tres meses atrás.

Cuando llegamos al apartamento, Nico me sonríe y me da un beso suave en la frente, como si entendiera que necesito tiempo y que no es el momento de forzar ninguna conversación. Me quedo unos minutos sola en el salón, observando las luces del árbol de Navidad que

redecoramos entre los dos hace unos días. Todo parece tan diferente ahora. Antes, esas luces eran simplemente una decoración más, parte del plan para crear el ambiente perfecto. Ahora, en cambio, me parece que son un recordatorio de todo lo que he estado ignorando. De lo que realmente importa.

Me dejo caer en el sofá, todavía envuelta en esa sensación de confusión, cuando mi móvil vibra en la mesa. Es un mensaje de Emma. Sonríó al ver su nombre en la pantalla. Si alguien puede ayudarme a poner en orden mis pensamientos, es ella. Sin pensarlo dos veces, la llamo.

—¡Ya era hora de que me llamaras! —me dice en cuanto descuelga, con su tono siempre desenfadado—. ¿Cómo ha ido la cena con la familia de tu italiano?

Su forma de llamarlo me hace reír. Pero a pesar de la sonrisa, no puedo evitar sentir que lo que voy a decirle es mucho más serio.

—Ha sido... diferente —digo, sin saber muy bien cómo describirlo—. Me he sentido bien, muy bien. Como si estuviera en un lugar al que pertenezco. Pero al mismo tiempo, estoy asustada. Todo esto es tan... real.

Emma se queda en silencio un momento, y sé que está procesando lo que le estoy diciendo.

—¿Real? —repite finalmente—. Tía, claro que es real. Y por eso te asusta. Llevas toda tu vida en un mundo que, aunque creías perfecto, no lo era. Lo que tienes ahora, con Nico, con su familia... eso es lo auténtico. Y sabes que lo quieres, aunque te aterre.

Sus palabras me golpean como un mazazo, porque tiene razón. Siempre he sido buena ocultando mis emociones, escondiéndome detrás de una imagen de éxito, de metas claras y alcanzables. Pero ahora, por primera vez, estoy dejando que alguien vea más allá de esa imagen perfecta. Y eso me asusta más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—¿Y si no soy capaz de dejar atrás todo lo demás? —pregunto, sabiendo que la respuesta que me dará es la que necesito escuchar.

—Escucha, Stella —dice con un tono más serio—. A veces, tienes que dejar de lado lo que crees que te hará feliz y arriesgarte por lo que realmente te hace sentir viva. ¿De verdad crees que un evento en París te va a dar lo que has sentido esta noche con Nico y su familia?

La respuesta es inmediata en mi cabeza. No. Ningún evento, ningún logro profesional, ni ninguna alfombra roja puede reemplazar lo que he sentido hoy. Pero admitirlo en voz alta... eso es otra cosa.

—No —murmuro, casi en un susurro—. No creo que lo haga.

—Ahí lo tienes —responde Emma, con ese tono triunfante que solo ella puede tener—. Sabes lo que tienes que hacer, ¿no?

Nos despedimos, y me quedo en el sofá procesando la conversación. Tiene razón, como siempre. Sé lo que tengo que hacer. Ahora solo falta tener el valor de hacerlo.

Miro el árbol de Navidad una vez más y, esta vez, las luces me parecen más cálidas y cercanas. Cierro los ojos y respiro hondo.

Estoy lista. Sé que lo estoy.

Es hora de dejar de huir.

Capítulo 21

Nico

La mañana de Navidad siempre ha tenido un significado especial para mí. Hay algo en la quietud de las primeras horas, cuando todo el mundo parece estar suspendido en un estado de paz, que me hace reflexionar. Hoy, sin embargo, el silencio me pesa más de lo habitual.

Stella aún duerme, está en el sofá, envuelta en la manta que dejamos sobre el sillón la noche anterior. Por un instante, todo parece perfecto: la intimidad del espacio, la calidez del ambiente festivo y el árbol de Navidad decorado con esmero en un rincón. Pero algo dentro de mí me dice que no todo está bien. No puedo seguir callando lo que llevo dentro. Desde que Stella entró en mi vida, todo ha cambiado. Lo que empezó como un acuerdo práctico, con un objetivo claro y sencillo, se ha transformado en algo totalmente inesperado para mí. Mis sentimientos por ella han crecido más de lo que puedo controlar, y el peso de esos sentimientos me ahoga. Necesito decírselo. Suspiro profundamente. Me acerco a la ventana, buscando en el exterior un alivio que sé que no voy a encontrar. El cielo está gris, como si la ciudad aún estuviera dormida, y los copos de nieve caen lentamente. Siento que es ahora o nunca. No puedo seguir pretendiendo que nuestro matrimonio continúa siendo solo un acuerdo. No después de todo lo que hemos vivido juntos. Mi vida ya no es la misma desde que Stella llegó a ella, y aunque siempre he sido bueno ocultando lo que siento, con ella no puedo. Stella me desarma, sin siquiera intentarlo.

Tomo aire y me acerco hasta el sofá, donde Stella empieza a moverse, porque parece que empieza a despertarse lentamente. Me siento junto a ella, sin decir nada. Quiero que este momento sea el adecuado, que las palabras salgan con la sinceridad que merece, pero no sé cómo empezar.

—Buenos días —murmura, con la voz aún adormilada. Se frota los ojos y me mira, con esa mezcla de ternura y confusión que siempre consigue hacer que mi corazón se acelere.

—Buenos días —respondo, intentando controlar la tensión en mi voz.

Nos quedamos en silencio mientras observamos las luces del árbol, las decoraciones y el ambiente navideño que nos rodea.

—Hay algo que necesito decirte —empiezo a decir finalmente con la voz más grave de lo normal—. Algo que he estado guardando durante demasiado tiempo.

Stella se gira hacia mí y sus ojos se encuentran con los míos, y en ese momento lo sé: no hay vuelta atrás.

—Cuando acepté este matrimonio... no lo hice solo por el dinero —digo, sintiendo cómo las palabras empiezan a fluir desde mi garganta—. Desde el principio, me sentí atraído por ti. Pero no solo físicamente. Había algo en ti, que no podía explicar y que me hizo querer estar a tu lado y conocerte más allá de lo que mostrabas.

Stella no dice nada, pero puedo ver cómo sus ojos se abren ligeramente, sorprendida por mi confesión. Aun así, no me detengo. Necesito desahogarme y que lo sepa todo.

—Con el tiempo, lo que sentía ha ido creciendo y se ha vuelto más fuerte. Ya no puedo seguir fingiendo que esto es solo un acuerdo. Mi vida ha cambiado desde que estás en ella. De

hecho, todo ha cambiado y no puedo seguir ocultándolo más.

Respiro hondo, intentando calmar la ansiedad que me consume. Stella sigue mirándome y el silencio que hay entre nosotros es tan denso que casi puedo tocarlo.

—Stella, te quiero. Te quiero más de lo que nunca creí que sería capaz de querer a alguien, y sé que esto puede asustarte, porque quizás no sientas lo mismo, pero no puedo seguir callándome. No puedo continuar haciendo como si nuestro matrimonio fuese solo un acuerdo entre nosotros, porque para mí es mucho más.

Las palabras están ahí, sobrevolando nuestras cabezas y el peso de ellas me hace sentir vulnerable de una manera que nunca antes había experimentado. Nunca me había abierto tanto a nadie y, ahora que lo he hecho, siento que esta sensación es aterradora. Porque, aunque me siento aliviado de haberlo confesado, aún queda la parte más difícil: su respuesta.

Stella continúa en silencio y, por un momento, temo lo peor. Tengo miedo de haber ido demasiado lejos y que haya roto de forma definitiva algo entre nosotros habiendo sido tan honesto con ella. Pero entonces, veo cómo sus ojos se llenan de lágrimas, no de tristeza, sino de algo más... algo que no había visto en ella hasta ahora.

—Nico... —su voz es suave, aunque rota, como si no supiera cómo responderme—. No sabía... No sabía que sentías todo eso por mí.

Su mano busca la mía y cuando nuestros dedos se rozan, siento una chispa de esperanza.

—Yo también me he sentido confundida —continúa con la voz temblorosa—. He estado tan atrapada en mis propios miedos, en lo que creía que debía hacer, que no me había dado cuenta de lo que realmente quiero.

La miro y, por primera vez, veo en sus ojos lo que siempre había esperado ver: una claridad que antes no estaba ahí.

—No quiero ir París, Nico. No quiero volver a esa vida —dice, y en sus palabras, siento cómo sus dudas se disuelven—. Lo que quiero... lo que realmente quiero... eres tú.

Al escucharla, mis pulmones se llenan de aire de golpe, como si finalmente pudiera respirar de nuevo. No sé qué decir, porque ella lo ha dicho todo. No hay nada más que pueda pedir, porque lo que ella acaba de darme es más de lo que jamás había imaginado.

Cuando acaba de hablar, nos quedamos sentados en el sofá, con las luces navideñas parpadeando suavemente a nuestro alrededor y con la sensación de que el resto del mundo ha desaparecido y solo quedamos nosotros dos, en este espacio íntimo que hemos creado juntos. Y por primera vez, tengo la certeza de que lo que estamos construyendo es real.

Le acaricio la mejilla con la punta de los dedos y ella cierra los ojos, dejándose llevar por el momento. Y aunque no digo nada más, sé que no hace falta. Las palabras, por fin, han dejado de ser necesarias entre nosotros.

Capítulo 22

Stella

El restaurante está vacío a esta hora de la mañana, y el silencio me acompaña mientras me paseo por la sala, observando cada rincón como si fuera la primera vez que lo viera. Este lugar ha estado siempre lleno de vida, desde que Nico y yo empezamos a trabajar juntos en él. Pero hoy todo parece distinto. Hay una quietud que me permite reflexionar, pero a la vez, siento que este lugar, ya no es solo un restaurante. Es el reflejo de todo lo que estamos construyendo juntos.

La confesión de Nico la mañana de Navidad aún retumba en mi corazón. No me lo esperaba. Nunca pensé que un hombre como él, tan fuerte y centrado, pudiera sentir algo tan intenso por mí. Y la verdad es que, desde su confesión, algo ha cambiado dentro de mí. Ahora ya no es solo un contrato lo que nos une, ni siquiera la atracción física. Ahora, hay algo mucho más grande que eso, y me está llevando a replantearme lo que de verdad quiero para mi vida.

Me detengo junto a una de las mesas y paso los dedos por la madera pulido. El tacto suave me hace pensar en todo el trabajo que hemos hecho juntos. Y de repente, una idea se enciende en mi cabeza. Es como una chispa que va cobrando fuerza y, de pronto, lo veo claro: puedo hacer algo por Nico, algo que combine lo que mejor sé hacer con lo que él más ama. Un evento por todo lo alto en este restaurante, algo que marque la diferencia, que le dé ese impulso definitivo, que tanto necesita este lugar.

Siento una energía renovada, una emoción que me recorre el cuerpo al darme cuenta de que este proyecto, esta idea que empieza a formarse en mi cabeza, no es como los eventos que he organizado hasta ahora. No se trata de impresionar a un cliente más o de cumplir con unas expectativas superficiales. Esto es para Nico y es mi manera de decirle cuánto significa para mí, aunque aún no pueda encontrar las palabras exactas para decírselo.

Me siento en una de las mesas y saco mi libreta. Mi cabeza trabaja a mil por hora mientras empiezo a esbozar los detalles de lo que quiero hacer. Un menú especial, música en vivo, una ambientación que mezcle la esencia italiana del restaurante con la elegancia que Nico merece. Cada elemento debe reflejar quiénes somos y lo que hemos construido. Ya no pienso en el éxito comercial o en la perfección técnica. Lo que quiero es crear algo auténtico, algo que salga del corazón y que haga que todos los que estén presentes esa noche sientan lo mismo que siento yo por este lugar y por él.

Mi teléfono vibra sobre la mesa, interrumpiendo mis pensamientos. Miro la pantalla y veo que es un mensaje de Emma.

Emma:

¿Cómo está mi damisela enamorada?

Sonrío. Emma siempre sabe cómo sacarme una sonrisa, incluso en los momentos más tensos. Le respondo rápidamente, contándole la idea que tengo para el restaurante.

Stella:

Voy a organizar algo especial en el restaurante de Nico.
Un evento que de verdad convierta este negocio
en un restaurante de moda en la ciudad.

Puedo imaginar su cara mientras lee mi mensaje, probablemente con esa sonrisa suya que mezcla ironía y ternura.

Emma:

Sabía que tarde o temprano ibas a poner
ese cerebro de eventos a trabajar para algo importante.
Pero asegúrate de que esta vez sea más para él que para ti, ¿vale?

Sus palabras me golpean con fuerza, porque sé que tiene razón. Esta vez no se trata de mí, no se trata de mi carrera ni de lo que puedo lograr. Ahora consiste hacer algo por alguien que realmente lo merece, alguien que ha hecho más por mí de lo que podría haber imaginado.

Después de acabar de hablar con Emma, me quedo un rato más en silencio organizando mis ideas. Cada detalle debe ser perfecto, no porque busque impresionar a nadie, sino porque quiero que este evento sea un reflejo de todo lo que hemos vivido juntos. Pienso en la decoración, en las luces suaves que iluminarán las mesas, en el sonido de la música llenando el ambiente y, en especial, en la sonrisa de Nico cuando vea lo que he preparado para él. Y siento una calidez en el pecho que me confirma que estoy en el camino correcto.

Me pongo de pie y empiezo a caminar por la sala, imaginando cómo será la noche. Imagino a los invitados disfrutando de la comida y a Nico sonriendo detrás de la barra, satisfecho de ver su restaurante lleno y vibrante de energía. Siento la conexión entre todo lo que estoy visualizando y mi propio deseo de que esto salga bien, no por el éxito económico que pueda traer, sino porque es un gesto de amor y de agradecimiento a Nico por todo lo que hemos compartido hasta ahora.

La tarde pasa volando mientras sigo trabajando en mi libreta, añadiendo detalles y perfeccionando la idea. Pienso en el menú que le voy a proponer a Nico y en los pequeños toques que harán de esa noche algo memorable para todos, pero especialmente para él. Porque eso es lo que quiero: que se dé cuenta de que este lugar, su restaurante, es mucho más que un negocio. Es un reflejo de todo lo que es él y de todo lo que hemos construido juntos.

Cierro la libreta y me siento frente a la ventana. Las luces navideñas de la ciudad parpadean a lo lejos y, por primera vez en mucho tiempo, siento que mi vida está en el lugar correcto. No sé lo que sucederá, pero me da igual, quiero que Nico esté a mi lado. Y ahora, es el momento de desmostrárselo.

Capítulo 23

Nico

El silencio del restaurante a esta hora de la mañana parece diferente al de cualquier momento del día. Estoy tras la barra, observando cómo Stella se mueve con una precisión que me deja sin palabras. No es la primera vez que la veo trabajar, pero hoy es diferente. Hay algo en su forma de hacerlo que me provoca un nudo en el estómago. No es solo admiración. Es algo más profundo, algo que no puedo evitar sentir y que me invade.

Está entregada al proyecto como nunca antes la había visto. Está pendiente a cada pequeño detalle, ajustando flores en las mesas y asegurándose de que las luces estén justo en su sitio. Es como si toda su energía se hubiera volcado en esto, pero no puedo dejar de pensar en por qué lo hace y eso me atormenta. Aunque sé que quiere ayudarme y que esto lo hace por el restaurante y por mí, el miedo sigue ahí, latiendo en lo más profundo de mi ser.

La oferta de David sigue presente. Aunque Stella no lo dice, pero sé que está ahí, en el fondo de todo. Me pregunto si, después de todo lo que ha hecho, finalmente decidirá volver a ese mundo, un mundo que siempre ha tenido más que ofrecerle, que lo que yo jamás podría darle. Y ese pensamiento me consume.

—¿Nico? —La voz de Stella interrumpe mis pensamientos. Me observa desde el otro lado de la sala, con una expresión de duda en su rostro. Ella no acostumbra a preguntar, simplemente actúa. Pero esta vez parece esperar una respuesta que ni yo mismo sé cómo darle.

—Dime. —Intento sonreír, como si todo estuviera bien, pero sé que no puedo engañarla.

Nos acercamos para terminar los últimos detalles y cada vez que nuestras manos se rozan, siento una chispa. Esa sensación que me recorre de arriba abajo no es solo física. Es más. Es todo lo que he estado intentando reprimir desde hace semanas. Y ella lo sabe. Lo veo en sus ojos y en la forma en que me observa cuando cree que no la veo.

El restaurante está casi listo, y aunque debería sentirme satisfecho, feliz e ilusionado, solo siento una enorme incertidumbre. ¿Qué pasará después de esto? ¿Se quedará? ¿Seguirá conmigo, o simplemente estará esperando el momento adecuado para decirme que se va y que lo nuestro fue bonito mientras duró, pero que ya es hora de volver a su vida real?

—Nico, ¿estás bien? —pregunta, esta vez más cerca de mí, casi susurrando.

—Sí —respondo, aunque sé que no es la verdad. Y entonces sucede. Siento cómo mi autocontrol se desmorona. No puedo seguir pretendiendo que todo está bien cuando, en el fondo, estoy aterrado de que se vaya—. No puedo dejar de pensar en lo que pasará después —confieso finalmente. Sus ojos se agrandan un poco, sorprendida quizás por mi honestidad repentina. Pero no puedo detenerme ahora. Ya no—. Tengo miedo de que después de todo esto... te vayas. —Lo digo sin rodeos, sin excusas. Porque es la verdad. Y porque no sé si podré soportar que lo haga.

Stella me mira, en silencio, y por un momento pienso que quizá he hablado demasiado, que tal vez debería haber esperado o que tal vez ella aún no está lista para escuchar todo lo que tengo que decirle. Pero entonces, veo algo en sus ojos, algo que me da un pequeño rayo de

esperanza.

—Nico, no sé qué va a pasar mañana, pero lo que estoy haciendo aquí es para ti, para nosotros. —Su voz es suave, pero firme, y, al escucharla, siento que una parte de ese miedo, que me invade, comienza a disiparse.

Ambos nos quedamos en silencio. No digo nada más, porque sus palabras son suficientes por ahora. Pero la tensión sigue ahí, latente, como una corriente subterránea que en cualquier momento podría arrastrarnos. Solo queda esperar. Y esperar nunca ha sido lo mío.

Capítulo 24

Stella

El ruido de la ciudad se filtra a través de las ventanas del apartamento, pero estoy demasiado absorta en mis pensamientos como para prestarle atención. Me siento en el sofá, con las piernas cruzadas y sostengo el teléfono entre las manos, aunque la pantalla está apagada. Aún no he dado una respuesta definitiva a la oferta de David, aunque ya no tiene el mismo peso sobre mí que antes. Es curioso cómo las cosas pueden cambiar tan rápidamente. Hace unos meses, habría saltado de alegría ante la idea de trabajar en París y de formar parte de algo tan exclusivo y brillante. En cambio, ahora, todo eso me parece... vacío. No es que ya no valore mi carrera, no es eso. Todavía siento pasión por lo que hago, pero he descubierto que lo que creía que era mi sueño no es suficiente como para dejar atrás todo lo que he encontrado aquí, con Nico.

Respiro hondo y me levanto del sofá y camino hacia la ventana. Las luces de Navidad aún brillan en la calle, parpadeando con suavidad en la penumbra de la tarde. Y aunque el brillo de esas luces es suave y cálido, lo que siento por dentro es aún más brillante. Es como si, por primera vez, pudiera ver con claridad lo que realmente quiero.

Mi teléfono vibra de repente entre mis manos. Es un mensaje de David. Lo leo rápidamente y mi estómago se revuelve al instante. Una parte de mí aún teme lo que estoy a punto de hacer. Rechazar su oferta es algo que nunca pensé que haría, porque siempre he sido ambiciosa y he tenido claro lo que quería. Sin embargo, ahora, esa ambición se ha transformado. No quiero dejarme llevar por la superficialidad, ni por esa vida de lujo y éxito que siempre he perseguido. Ahora quiero algo más real. Algo más profundo y auténtico.

—Stella, ¿estás bien? —La voz de Nico resuena desde la puerta del apartamento. Me giro para mirarlo y lo veo frente a mí, mirándome con esa mezcla de preocupación y ternura que siempre me desarma.

Asiento lentamente, intentando sonreír, pero siento que todo lo que tengo dentro está a punto de explotar.

—Es David —digo, mostrando el teléfono.

Nico frunce el ceño, aunque no dice nada. No necesita hacerlo. Lo conozco lo suficiente para saber lo que está pensando. No quiere que me vaya, pero también es demasiado honesto y orgulloso como para pedírmelo directamente.

Me acerco a él, sintiendo cómo la distancia entre nosotros parece acortarse con cada paso que doy.

—He decidido algo —murmuro cuando estoy lo suficientemente cerca como para notar el calor de su cuerpo.

Nico me mira, expectante, aunque su rostro permanece serio.

—Voy a rechazar la oferta —digo y en cuanto esas palabras salen de mi boca, siento como si un peso inmenso se desvaneciera de encima de mis hombros.

Por un momento, todo se queda en silencio a mi alrededor. El único sonido que escucho es mi respiración acelerada y el latido de mi corazón que retumba en mis oídos.

—¿Estás segura? —me pregunta con voz baja y suave.

—Sí —respondo, sin titubear—. No quiero esa vida. Quiero esto, quiero lo que estamos construyendo juntos.

Al escucharme veo cómo los ojos de Nico brillan con una emoción que apenas puede contener. Se acerca a mí, y cuando finalmente me rodea con sus brazos, siento que todo está donde debe estar.

Nos quedamos así, abrazados, en silencio. Ya no hay necesidad de palabras, porque ambos sabemos lo que esto significa. Es el comienzo de algo nuevo, algo que hemos construido juntos desde el primer día.

Capítulo 25

Nico

Cuando Stella finalmente me dice que ha tomado la decisión de no aceptar la oferta de David, siento como si todo dentro de mí se liberara de golpe. Una mezcla de alivio y felicidad me inunda, algo que no había sentido en mucho tiempo. A pesar de que nos miramos en silencio durante unos segundos, tengo suficiente para saber que todo ha cambiado. Ya no siento cómo me devora la incertidumbre. Estamos aquí, juntos, y ambos queremos lo mismo.

Ella se queda a mi lado, tranquila, como si por fin también hubiera encontrado su lugar. Ya no hay dudas, ni París, ni David. Solo nosotros, nuestro futuro y nuestra vida.

—Sabía que lo harías —le digo, aunque la verdad es que hasta ahora había temido lo contrario.

Stella sonríe con esa sonrisa que me desarma y que siempre logra calmar todas mis inquietudes.

Después de eso, el evento en el restaurante me parece aún más importante. Es como si este proyecto, este sueño que hemos compartido, ahora estuviera completo al fin. La noche del evento, el restaurante vibra con vida, lleno de risas, música suave y conversaciones animadas. Los comensales disfrutan de cada plato y puedo sentir el éxito en el aire. Todo ha salido a la perfección.

Los elogios no tardan en llegar. Los críticos gastronómicos que asisten al evento se acercan a mí y me felicitan por el ambiente, la comida y la ejecución impecable del evento. Y sé que gran parte de esto se debe a Stella. Su toque, su dedicación y su atención a los detalles han sido clave para lograr que esta noche sea tan especial.

—Lo has hecho increíble —le digo cuando la encuentro al otro lado de la sala, tomando una copa de vino y sonriendo mientras observa a los invitados disfrutar.

—Lo hemos hecho increíble —me corrige y en su mirada veo que todo lo que hemos pasado, cada duda y cada conversación incómoda han valido la pena.

El evento acaba siendo un éxito rotundo. Mis clientes habituales y otros nuevos llenan el restaurante. Stella no deja de moverse entre las mesas, asegurándose de que todo esté en orden y veo cómo algunos de los asistentes la reconocen, dándose cuenta de que ella es parte de todo esto. Su presencia ha transformado este lugar, no solo con su talento, sino con lo que hemos hecho juntos.

La noche avanza, pero mientras todos disfrutan del ambiente, mis pensamientos se dirigen hacia ella. Hay algo más que quiero celebrar, algo más grande que el éxito del restaurante. Estoy pensando en nosotros, en todo lo que hemos pasado, y en lo mucho que ha cambiado mi vida desde que Stella llegó a ella. No puedo evitar sentirme abrumado por la emoción y por la intensidad de lo que siento por ella.

Cuando el último cliente se va y el restaurante queda en silencio y vacío, con las luces tenues y las mesas aún adornadas, parece el escenario perfecto para lo que estoy a punto de decir.

—Gracias —susurro, tomando su mano—. Por todo lo que has hecho esta noche... y por quedarte.

Ella me mira y, en ese momento, todo parece encajar. No hay más dudas. Stella ha elegido estar aquí, conmigo, y todo lo que hemos construido juntos finalmente tiene sentido.

—No tenía dudas —responde tomando mi mano con suavidad.

El restaurante es testigo de nuestra conexión, de lo que hemos logrado juntos, y mientras la abrazo, siento que no necesito nada más, porque al fin tengo todo lo que siempre había soñado.

Capítulo 26

Stella

El suave murmullo de la ciudad de Nueva York se filtra por las ventanas del apartamento, envolviendo el espacio con una tranquilidad inusual para una ciudad que nunca duerme. Me acerco al gran ventanal, con la mirada perdida en los rascacielos que se alzan majestuosos en la distancia. Es curioso cómo, después de tomar la decisión de rechazar la oferta de David, siento que por fin puedo respirar con libertad. Cada paso que he dado me ha llevado hasta este momento, y aunque mi vida siempre ha sido un torbellino de decisiones apresuradas y expectativas ajenas, ahora, por primera vez, siento que he hecho algo por mí, por lo que realmente quiero.

Esta noche el apartamento está lleno de un silencio cómodo, como si el eco de mis pensamientos hubiera llenado el espacio con algo que no es tangible, pero que puedo sentir profundamente. El leve sonido de la respiración de Nico, detrás de mí, me reconforta, recordándome que no estoy sola en esto. Lo siento acercarse y su mera presencia es como un ancla que me conecta con la realidad, con lo que realmente importa.

—Estás muy callada —murmura, rodeándome con sus brazos desde atrás. El calor de su cuerpo me reconforta y me dejo caer ligeramente contra su pecho, sintiendo el ritmo pausado de su corazón.

—Solo estoy... procesando —respondo en un susurro, permitiendo que mis dedos jueguen con los pliegues de su camisa. Es difícil describir todo lo que siento en este momento. La certeza de haber hecho lo correcto y la emoción por lo que viene, pero también la leve sensación de vértigo al saber que mi vida ha dado un giro completo.

Nico me gira suavemente hacia él, con sus manos firmemente colocadas en mis caderas. Sus ojos, que siempre han sido capaces de ver más allá de mí, están fijos en los míos. El brillo en ellos es inconfundible y una mezcla de emociones comienza a hervir en mi interior.

—No tienes que asimilarlo todo de una vez —dice, con esa calma que siempre consigue equilibrar mi caos—. Estamos juntos en esto, Stella. No hay prisa.

Asiento lentamente, dejándome llevar por la seguridad de sus palabras. Desde que empecé a trabajar en el evento del restaurante, todo ha cobrado un nuevo sentido para mí. Ya no se trata solo de trabajo o de cumplir con las expectativas de los demás. Ahora, cada pequeño detalle que cuido, cada esfuerzo que pongo en lo que hago, tiene un significado mucho más profundo. Porque ya no es solo algo que hago por mí, ahora es por nosotros.

Me acerco un poco más a Nico y siento cómo sus dedos trazan un suave camino por mi espalda. Las luces de la ciudad brillan de fondo, un espectáculo de destellos que acompaña el latido constante de mi corazón. Pero no es el bullicio de Nueva York lo que me mantiene en pie, es él. Es Nico, la forma en la que me mira y en la que me toca, como si cada gesto fuera una promesa de algo más grande y que apenas estamos comenzando a explorar.

—Me siento diferente —admito, sorprendida por lo fácil que es decirlo—. Es como si, por fin, todo tuviera sentido.

Nico no me responde de inmediato. En lugar de eso, me mira con esa intensidad suya,

y sé que me entiende. No necesita palabras para decirme que él también siente lo mismo que yo. Me inclino hacia él, apoyando la frente contra su pecho, dejando que el sonido de su respiración me arrulle, como si estuviéramos sincronizados de una manera que nunca antes había vivido.

—Tú me cambiaste —susurra finalmente—. Todo esto... lo hemos hecho juntos. Y no quiero que nada cambie.

Me separo ligeramente de él, levantando la cabeza para buscar su mirada, y lo que veo ahí me desarma por completo. No es solo amor lo que veo, es algo más profundo, algo que nunca había visto en los ojos de un hombre. Es autenticidad, es confianza y es la promesa de una vida que siempre he deseado, pero que nunca me he atrevido a soñar.

Nos quedamos ahí, en silencio, rodeados por la quietud de la noche, mientras el latido de mi corazón parece resonar en mis oídos, acelerándose con cada segundo que pasa. Todo en este momento es perfecto. La luz suave que ilumina la habitación, la calidez de su cuerpo contra el mío y la certeza de que hemos dejado atrás todo lo que alguna vez nos separó.

Con un movimiento suave, Nico inclina su rostro hacia el mío, y cuando sus labios rozan los míos, siento cómo todas las piezas encajan finalmente en su lugar. El beso es lento, cargado de una emoción que va más allá de las palabras. Es un beso que promete más que solo pasión, promete un futuro lleno de autenticidad y de amor.

Nico me mira con esa mezcla de intensidad y ternura que siempre me ha desarmado. Hay una luz diferente en sus ojos, algo que antes no era capaz de reconocer, pero que ahora veo claro. Es amor, un amor que ha crecido entre nosotros, que me llena por completo y me hace sentir que todo está bien. Nos hemos elegido mutuamente y ya no hay vuelta atrás.

—¿Estás segura? —pregunta en un susurro, con su voz profunda, mientras acaricia mi cara con la yema de sus dedos.

Asiento lentamente con los labios entreabiertos, incapaz de hablar. No necesito palabras. Su mano se desliza por mi mejilla, como si me estuviera descubriendo por primera vez. Me inclino hacia él, dejando que mis labios rocen los suyos en un beso que comienza lento, explorador, pero que rápidamente se intensifica.

Nico me toma por la cintura y me atrae hacia él. Siento cómo su fuerza me sostiene, cómo su cuerpo responde al mío, y su boca se mueve con hambre sobre la mía, y en ese beso, siento todo lo que hemos estado guardando durante tanto tiempo. No se trata solo de pasión; es una promesa silenciosa de lo que somos.

Me dejo llevar, mis manos recorren su pecho, sintiendo cada músculo y cada parte de él. Nico me toma en sus brazos con facilidad y me lleva hacia la habitación, sin dejar de mirarnos a los ojos, como si cada paso que diera reforzara lo que estamos a punto de hacer. Las luces de la ciudad se filtran a través de las cortinas, bañando el espacio en una luz tenue y cálida. Todo es suave, íntimo y perfecto.

Me deja suavemente sobre la cama y se inclina sobre mí, buscando mis ojos con los suyos, como si quisiera asegurarse de que todo está bien y de que estamos en la misma sintonía. Y lo estamos. No hace falta más. Sus labios vuelven a los míos, esta vez más urgentes, mientras sus manos recorren mi cuerpo, encendiéndome.

Mi cuerpo responde al suyo con una facilidad que casi me sorprende. Es como si estuviera hecha para él, como si todo en mí hubiera estado esperando este momento. Nuestra ropa cae al suelo y la suavidad de las sábanas se mezcla con la calidez de su piel contra la mía. Nico se mueve con una destreza que me deja sin aliento, sus manos exploran cada centímetro de mi cuerpo, mientras sus labios trazan un camino de besos desde mi cuello hasta mis caderas.

—Te quiero —susurra contra mi piel y noto su aliento caliente contra mi vientre. Y

esas palabras, dichas en ese momento, hacen que todo cobre un sentido más profundo.

—Y yo a ti —le digo mirándole a los ojos.

Cada beso y cada roce de su cuerpo contra el mío es una declaración de amor nuestra, mucho más fuerte que cualquier palabra. Nuestras respiraciones se mezclan, y mientras él se mete dentro de mí, siento cómo todo lo que hemos pasado juntos culmina en este momento.

El ritmo se intensifica, nuestros cuerpos se sincronizan de manera perfecta, como si siempre hubieran sabido cómo moverse juntos. La pasión se vuelve abrumadora, pero a la vez hay una suavidad, una ternura que nunca antes había experimentado. Siento sus manos firmes sosteniéndome, guiándome y llevándome a un lugar donde solo existimos él y yo.

Cada movimiento nos acerca más, y cuando finalmente llegamos al clímax, siento cómo una ola de placer me arrolla. El sonido de nuestros suspiros llenando el aire, la piel de Nico contra la mía, todo parece encajar perfectamente. Nos quedamos entrelazados mientras la respiración vuelve a la normalidad. Cuando nuestras respiraciones se acompasan, me giro para mirarlo. Sus ojos están cerrados, pero la sonrisa en sus labios me dice todo lo que necesito saber.

Las luces de la ciudad aún brillan a lo lejos, pero no son esas luces las que me importan. Es el brillo en los ojos de Nico, la suavidad de su voz cuando dice mi nombre y la certeza de que este es solo el comienzo de algo mucho más grande.

—Gracias por quedarte —murmura con voz ronca, mientras acaricia mi pelo.

Le sonrío, inclinándome hacia él para darle un suave beso en los labios.

—No me voy a ir a ninguna parte —respondo, sabiendo que cada una de mis palabras son verdad, porque ya no tengo dudas.

Nos quedamos así, en la penumbra, mientras las luces de Nueva York siguen parpadeando a lo lejos.

Epílogo

Stella

Un año después

El restaurante está lleno de vida. Las risas, los abrazos y las conversaciones alegres llenan cada rincón, creando una atmósfera cálida y festiva. La familia de Nico y nuestros amigos están aquí reunidos para celebrar nuestro primer aniversario de casados, que ha llegado antes de lo que jamás hubiera imaginado. Observo la sala desde una esquina, con una copa de vino en la mano, y no puedo evitar sentir un nudo de gratitud en mi pecho. Este lugar, que comenzó como un simple proyecto, es ahora el centro de nuestra vida. Y este momento, tan simple y a la vez tan significativo, es una prueba de todo lo que hemos construido juntos.

Nico pasa a mi lado, sonriente, con esa energía que siempre llena el espacio donde está. La Navidad está a la vuelta de la esquina y el restaurante está decorado con guirnaldas y luces que parpadean suavemente, añadiendo un toque de magia al ambiente. Es un recordatorio de cómo la Navidad cambió mi vida por completo. Hace un año, todo era distinto. Mi vida, mis prioridades e incluso mis sueños. Todo lo que creía importante y todo lo que pensaba que me haría feliz ha sido reemplazado por algo mucho más grande y auténtico.

—¿Cómo estás? —pregunta Nico, acercándose a mí con una sonrisa cómplice. Su mano se desliza suavemente por mi espalda, un gesto que me hace sentir que todo está en su lugar.

—Estoy bien —respondo, devolviéndole la sonrisa—. Solo estaba pensando en cómo ha cambiado todo. En lo lejos que hemos llegado.

Nico me mira y veo como sus ojos brillan con esa mezcla de ternura y admiración, que siempre consigue hacerme sentir que soy la mujer más afortunada del mundo. Y lo soy. Su mano baja hasta la mía, entrelazando nuestros dedos, y en ese simple gesto siento todo el amor que hemos compartido durante este último año.

—Nunca pensé que algo tan simple como un restaurante podría llegar a significar tanto —murmuro, mientras nuestros ojos se encuentran—. Pero lo que hemos construido aquí... es mucho más que eso. Es nuestra vida.

Nico asiente y, sin decir una palabra más, se inclina para besarme. Su beso es suave, lleno de promesas y recuerdos de todo lo que hemos compartido. Y mientras lo beso de vuelta, no puedo evitar sentir que estoy donde siempre había soñado.

Miro a mi alrededor y veo a su familia, todos reunidos alrededor de la mesa compartiendo historias y riendo como si siempre hubiera pertenecido a este grupo. Su madre, que me ha abrazado desde el primer día; su hermana, que me hace un guiño desde el otro lado de la sala, y la *Nonna*, que está contando una de sus historias sobre las tradiciones familiares que han pasado de generación en generación.

—Este año ha sido milagroso, ¿no crees? —dice su hermana, acercándose a nosotros con una sonrisa traviesa—. Si no fuera por todo lo que ha pasado, quién sabe dónde estaríais ahora.

—Tienes razón —respondo, riendo mientras la abrazo—. Ha sido un milagro.

La palabra *milagro* queda flotando en el aire, como una chispa navideña, y no puedo evitar sentirme un poco nostálgica. Todo lo que comenzó como un acuerdo práctico, como una solución para salvar mi apartamento, se ha convertido en algo mucho más profundo, algo que nunca pensé que podría encontrar. El amor de Nico ha cambiado todo y me ha demostrado que las cosas más valiosas no son las que se pueden medir en éxito o dinero, sino en momentos como este: rodeada de las personas que amo y celebrando la vida que hemos creado juntos.

—Te quiero —susurra Nico en mi oído. Su voz es baja, pero sus palabras resuenan en mi pecho con una intensidad que me abruma.

—Y yo a ti —respondo, sintiendo que esas palabras apenas son suficientes para expresar lo que siento.

Este año ha sido un verdadero milagro. He encontrado el amor en el lugar más inesperado, y lo que comenzó como un acuerdo de conveniencia se ha convertido en el amor más auténtico que jamás podría haber imaginado. Todo gracias a la tía Margaret y a esa extraña cláusula en su testamento, que me llevó hasta aquí, hasta Nico.

—¿Qué estás pensando? —pregunta él, levantando una ceja mientras me observa.

—En lo afortunada que soy. En que todo esto... tú, nosotros... ha sido lo mejor que me ha pasado.

—Lo mismo pienso yo —dice, y sus ojos brillan con esa luz que siempre me hace sentir segura.

Mientras la noche continúa y la familia de Nico sigue con la celebración, me siento muy agradecida por lo que he vivido durante el último año. Ahora ya no soy la misma persona que era hace doce meses. Mis prioridades han cambiado y mis sueños también. Lo que antes creía importante ha quedado en segundo plano, porque lo que realmente importa está aquí, justo frente a mí: Nico, su amor, y la vida que estamos construyendo juntos.

Nos despedimos de todos al final de la noche, mientras las luces de Navidad parpadean suavemente a nuestro alrededor y, en ese momento, sé que este es solo el comienzo de algo mucho más grande. Algo que no podría haber imaginado hace un año, pero que ahora es la realidad más hermosa que jamás podría haber soñado.

Antes de cerrar este libro, por favor, si me dejas tu opinión en Amazon, Goodreads o tus redes sociales, me ayudas a que pueda seguir publicando.

¡Muchas gracias!

Sarah Valentine

Tengo un regalo para ti

Si te ha gustado la historia de Stella y Nico, te animo a que leas *James. Una niñera para el heredero*, la nueva entrega de la Serie Herederos, donde podrás conocer la historia de James y Claire, un amor prohibido.

James. Una niñera para el heredero Serie Herederos, 5

Prólogo James

El sonido del metal retorciéndose aún resuena en mi mente como un eco que se niega a desaparecer. Cada vez que cierro los ojos, revivo el momento en que mi vida se desmoronó en un instante, en un frenazo que llegó demasiado tarde. El dolor de aquella noche continúa sangrando como una herida abierta, que no cicatriza, no importa cuánto tiempo pase. Recuerdo el brillo de los faros en la carretera mojada. Olivia iba a mi lado, llenando el interior del automóvil con su risa. Esa noche hablábamos de planes, de sueños y de un futuro que ya no existe. Hazel dormía plácidamente en el asiento trasero.

Pero entonces, en un instante, todo cambió. El impacto fue brutal, tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de gritar su nombre. Recuerdo el sonido del vidrio al romperse, el grito de Olivia cortado de repente y, luego, el silencio. Ese maldito silencio que ha llenado mi vida desde entonces. No sé cuánto rato después, me desperté entre los restos del coche, con la cabeza palpitando de dolor y las manos temblorosas buscando a Olivia. Grité su nombre hasta rasgarme la garganta, pero ella no respondía. No respondió. Nunca más lo hizo.

Cuando llegó la ambulancia todo se volvió un borrón de luces y voces. Alguien me sacó del automóvil, pero no pude apartar la mirada de Olivia, que continuaba atrapada en el asiento con el cuerpo inerte y los ojos cerrados como si estuviera dormida. No hubo un adiós, ni un último *te quiero*. Solo vacío, el más grande de todos.

El hospital fue un infierno. Los médicos me hablaban en un tono que pretendía ser reconfortarme, pero que solo consiguió llenarme de rabia. Me dijeron que no sufrió, que murió al instante. Como si eso pudiera consolarme. Como si la rapidez con la que la perdí hiciera que doliera menos. No pude soportarlo. Salí del hospital tan pronto como me lo permitieron. Necesitaba alejarme de las miradas de lástima, del olor a desinfectante que se pegó a mi piel y de los murmullos llenos de una compasión vacía para mí. Me fui a casa, a una que ya no sentía como mi hogar, porque faltaba Olivia..

En esos primeros días, mi vida se redujo a un patrón repetitivo de respiraciones forzadas y movimientos mecánicos. Me encargué de los arreglos funerarios como si estuviera programado para hacerlo, aunque no pude contar con su opinión en ninguna de las decisiones que debí tomar. El ataúd, las flores, la música... todo era gris y sin vida. Sin ella.

El día del funeral cayó un aguacero. El cielo parecía llorar por ella, como si supiera que había perdido a alguien irremplazable. Hazel, mi pequeña Hazel, no entendía del todo lo que sucedía. Me aferré a mi niña con la certeza de que era lo único que me mantenía anclado a este mundo. Pero mientras sostenía su pequeña mano en el cementerio, observando cómo bajaban el ataúd de su madre hasta el fondo del agujero, sentí cómo algo se rompía dentro de mí y tuve la certeza de que nada volvería a ser como antes.

La tumba de Olivia es un lugar que evito. No porque haya dejado de amarla, sino porque no puedo soportar

lo que representa. Sin embargo, una tarde me obligué a ir. Necesitaba enfrentarme a lo que había sucedido, aunque solo fuera una vez. Me arrodillé ante la lápida, notando cómo el frío de la piedra atravesaba mis pantalones y permití que el dolor me inundara. No lloré, porque se me habían secado y me había quedado vacío, convirtiéndome en un cascarón de lo que alguna vez fui.

—Lo siento, Olivia —murmuré en apenas un susurro.

La culpa me devoraba como un monstruo que se alimentaba de mis remordimientos. Si hubiera estado más atento, si hubiera conducido más despacio, si hubiera... Demasiados *si hubiera* que no cambian nada.

Olivia siempre fue la luz en mi vida, la que me hizo creer que podía ser mejor y que podía ser feliz, que podríamos serlo juntos, siempre juntos. Sin embargo, esa luz se había apagado y me había dejado a oscuras, rodeado de una oscuridad que no podía soportar. Me incliné hacia adelante y apoyé mi frente contra la gélida lápida y tomé una decisión. Una que, en ese momento, me pareció la única forma de sobrevivir al dolor que me asfixiaba.

—Nunca volveré a amar —prometí con voz ronca—. No puedo. No quiero. Es demasiado doloroso.

Al decirlo, sentí que una parte de mí se endurecía y se volvía tan fría y dura como la lápida de mármol que había bajo mis manos. Sabía que era una decisión cobarde, pero también una necesidad. No podía volver a pasar por aquello, no podía permitirme sentir tanto de nuevo para perderlo todo después. Me levanté con el cuerpo rígido por el frío y la tensión. Miré una última vez la lápida de Olivia, sabiendo que esa promesa me protegería, pero también con la certeza de que me condenaba a una vida sin color ni esperanza, pero no me importó. Hazel me necesitaba, viviría por y para ella. Eso sería suficiente. Tenía que serlo.

Al alejarme de la tumba, el viento sopló con fuerza, arrastrando las hojas secas a mis pies. Cada paso que daba me parecía un adiós definitivo a lo que una vez fui y a lo que alguna vez tuve, porque en ese momento.. No era más que un hombre roto, que trataba de proteger los restos de lo que quedaba de él.

Mientras caminaba de regreso al coche, mi promesa resonaba en mi cabeza, como un mantra que me repetía una y otra vez: nunca volveré a amar. Era lo único que podía controlar en un mundo que me había demostrado que no podía proteger lo que más amaba. Me detuve un momento antes de abrir la puerta del Mercedes para permitir que mi promesa se asentase en mi pecho. La vida continuaba, pero yo lo iba a hacer a mi manera, con un corazón encerrado bajo llave y a salvo de cualquier sentimiento que pudiese hacerme vulnerable de nuevo.

Encendí el motor del coche y me obligué a no mirar atrás mientras abandonaba el cementerio. Esa sería mi vida ahora: proteger a Hazel y asegurarme de que ella nunca tuviese que sufrir lo que yo estaba sufriendo. A partir de entonces, me concentraría en mi trabajo, en mi hija y en intentar mantener a raya el dolor, que amenazaba con abrumarme cada vez que pensase en lo que había perdido.

La casa donde me crié y heredé tras la muerte de mi padre, me recibió con su silencio habitual. Cada uno de sus rincones era como un recordatorio de que Olivia ya no estaba a mi lado. La ausencia de su risa y de su voz era un vacío que ni el trabajo, ni ninguna distracción, podía llenar. Me obligué a seguir adelante, paso a paso, tarea a tarea, porque eso era lo que se esperaba de mí. Pero en el fondo, sabía que una parte de mí había muerto con ella aquella noche en la carretera. Y la única manera de seguir viviendo era mantener esa parte enterrada, junto con los recuerdos de lo que alguna vez fue.

Fuí hacia el dormitorio, el que solíamos compartir. Allí cada objeto en me hablaba de ella, desde el perfume que había en su tocador, hasta la manta tejida que solíamos ponernos sobre las piernas cuando veíamos películas. Al observarme en el espejo sobre la cómoda, apenas reconocí al hombre que me devolvía la mirada. Mi reflejo me mostraba un rostro endurecido por la ausencia y unos ojos vacíos, incluso de lágrimas. Olivia me enseñó a amar, pero su muerte me había enseñado una lección más cruel: amar es arriesgarse y, en ese momento, ese era un riesgo que ya no podía asumir.

Al meterme en la cama, sabía que las noches serían la peor parte de los días, porque era en la quietud de la madrugada cuando los recuerdos volvían a mí con más fuerza, haciendo que el dolor se volviera insoportable. Pero estaba decidido a resistir. No por mí, sino por mi pequeña Hazel. Ella era lo único que me quedaba y por mi hija estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para seguir adelante, aunque eso significase cerrar mi corazón para siempre.

Cerré los ojos, pero el sueño no llegaba. En su lugar, las imágenes de aquella noche volvían una y otra vez, hasta que no pude soportarlo más. Me levanté, incapaz de quedarme quieto, y salí al balcón, dejando que el aire frío de la noche me despejase. Miré las luces de la ciudad, tan indiferentes a mi dolor, y me prometí que, pasase lo que pasase, nunca dejaría que nadie se acercase lo suficiente a mí como para herirme de nuevo.

Porque amar a alguien es darle el poder de destruirte y ya he sido destruido una vez. No habrá una segunda.

Capítulo 1

Claire

El sonido constante de los coches, las bocinas impacientes y el murmullo incesante de personas apuradas me reciben en Nueva York como un aluvión abrumador de vida. El aire es denso y está cargado de energía y, aunque he visto esta ciudad en películas y fotos, nada me había preparado para estar aquí, en medio de todo, con las luces de los rascacielos desafiando la oscuridad y las aceras repletas de gente, que se mueve con un propósito claro, mientras yo lucho por encontrar el mío.

Hace apenas una semana llegué con mi maleta cargada de sueños y expectativas, segura de que la ciudad de las oportunidades me recibiría con los brazos abiertos. Pero, ahora, con cada día que pasa, esos sueños me parecen más una carga que una promesa. Mi pequeño apartamento en Brooklyn, con sus paredes delgadas y el ruido constante del tráfico, no es el refugio que había imaginado tener en esta ciudad..

Cada mañana, salgo temprano de casa con el corazón lleno de esperanza mientras me dirijo a otra entrevista, aunque por la noche regreso de nuevo, agotada, desilusionada y de nuevo sin trabajo. Los días se están convirtiendo en un borrón de rechazos y promesas vacías. Mis ahorros se están evaporando rápidamente y la ansiedad se ha instalado en mi pecho como una sombra constante, que oscurece cualquier luz de optimismo que intento mantener encendida.

Pero hoy es diferente. Lo sé. Camino por las calles con el viento otoñal rozando mi cara y escondo mis manos en los bolsillos de mi abrigo para protegerme del frío que me cala hasta los huesos. Mi cabeza da vueltas, mientras piensa en la entrevista de esta mañana, buscando algún error que pueda haber cometido o algún motivo por el cual no me hayan ofrecido el puesto en ese momento. Pero todo ha sido tan rápido e impersonal como siempre. Una sonrisa forzada, un agradecimiento por mi tiempo, y un «nos pondremos en contacto contigo» que sé que nunca llegará. Lanzo un hondo suspiro y me detengo frente a una pequeña cafetería y el aroma a café recién hecho se cuela por la puerta abierta y me tienta a entrar. No puedo permitirme un lujo así con el poco dinero que me queda, pero necesito un respiro. Necesito un momento para detenerme y encontrar algo de consuelo en medio de este caos en el que se ha convertido mi vida desde que llegué a Nueva York.

Entro y veo que el lugar está casi vacío, solo hay un par de personas sentadas a las mesas junto a la ventana, concentrados en las pantallas de sus portátiles y ajenas al mundo exterior. Me acerco al mostrador y pido un café solo, el más barato de la carta. La barista, una joven con el cabello teñido de azul y un *piercing* en la nariz, me sonríe con simpatía mientras lo prepara. Me esfuerzo por devolverle la sonrisa, aunque tengo la sensación de que mis labios apenas se mueven.

Con la taza en la mano, me dirijo a una mesa en la esquina del local y lejos de la puerta de entrada, donde puedo contemplar a la gente sin ser observada. Me siento y tomo un sorbo de mi taza, El líquido caliente se desliza por mi garganta y me regala una calidez momentánea que casi me hace olvidar mi situación. Cierro los ojos y me permito un momento de silencio, alejándome mentalmente del bullicio de la ciudad, aunque sea solo por unos minutos. Pero esa paz es efímera, porque cuando abro los ojos, mi mirada se cruza con un tablón de anuncios que hay en una pared cerca de mi mesa. Lo observo y veo que está cubierto de tarjetas, panfletos y papeles garabateados. La curiosidad me puede, así que me levanto y me acerco hasta él y compruebo que son mensajes de todo tipo: clases de yoga, conciertos en bares locales y anuncios de alquiler de habitaciones. Mis ojos recorren los papeles sin mucho interés, hasta que uno en particular llama mi atención. Es un pequeño anuncio escrito a mano, casi perdido entre los demás, pero las palabras «Se busca niñera» destacan como un faro en medio de la tormenta. Cojo el papel con cuidado, como si fuera un tesoro frágil y leo los detalles, aunque no da demasiada información:

«Se busca niñera para cuidado de niña de cinco años. Tiempo completo. Sueldo competitivo. Incorporación inmediata. Interesadas, llamar al número de aquí abajo».

No hay más información, solo un número de teléfono escrito con tinta negra. En ese instante, siento una chispa de esperanza en mi interior, pero también una oleada de dudas. ¿Qué tipo de familia necesita una niñera con tan poca antelación? ¿Por qué este anuncio está aquí y no en una agencia? Pero al mismo tiempo sé que no puedo permitirme ser quisquillosa. Estoy al borde de quedarme sin opciones para sobrevivir en esta ciudad y este trabajo quizás podría ser la oportunidad que tanto ansío. Respiro hondo, intentando calmar mis nervios, y guardo el papel en mi bolso. Mi mente ya está imaginando cómo será la llamada, qué diré, cómo me presentaré... Respiro

hondo de nuevo, pero también tengo claro que es una oportunidad, quizás la única que tenga en un tiempo y no puedo dejarla pasar. Aunque la idea de cuidar a una niña en una ciudad que apenas conozco me asusta, sé que soy buena en lo que hago. He trabajado con niños antes y siempre he encontrado una manera de conectar con ellos, de ganarme su confianza, aunque eso no quita que ahora mi inseguridad se apodere de mí.

Termino mi café con rapidez con la decisión tomada. Salgo de la cafetería sintiendo el viento frío nuevamente en mi rostro, mientras camino de regreso a mi apartamento, con el papel del anuncio en mi bolso y un manojo de nervios en el estómago, que me obliga a acelerar el paso. Cuando llego a mi apartamento, me quito el abrigo y me siento en el borde de la cama con el teléfono en mano y el anuncio frente a mí sobre el edredón. Mi corazón late con fuerza mientras marco el número, trago saliva y escucho cómo cada pitido del tono de llamada resuena en mi cabeza como un tambor.

—Hola —responde una voz femenina al otro lado de la línea con tono profesional.

—Hola, me llamo Claire Bennett. Llamo por el anuncio de niñera que he visto en una cafetería —le digo con la voz un poco temblorosa, aunque trato de mantenerla firme.

—Ah, sí, gracias por llamar, Claire. Mi nombre es Sarah, soy la asistente personal del señor Stone. Él está buscando a alguien para cuidar de su hija. ¿Tienes experiencia como niñera?

—Sí, he trabajado con niños de diferentes edades, tanto en guarderías como para familias de forma privada. También soy educadora infantil —respondo y siento cómo mi voz ha adquirido un tono más seguro al hablar de mi experiencia.

—Eso suena muy bien. El señor Stone está buscando a alguien para que se incorpore de forma inmediata. Si estás disponible, ¿podrías venir mañana para una entrevista? —la voz de Sarah es directa, sin rodeos, como si ya hubiera decidido que soy una buena candidata.

—Sí, claro, estaré allí. ¿Podría darme la dirección? —anoto la dirección que Sarah me dicta con pulso tembloroso mientras escribo.

—Perfecto, te esperamos a las nueve de la mañana. Por favor, trae tu currículum y referencias —concluye Sarah antes de despedirse.

Cuelgo el teléfono y me quedo mirando la pantalla por un momento, intentando asimilar lo que acaba de suceder. Tengo una entrevista. Es un pequeño paso, pero para mí es todo un triunfo en este momento.

La dirección que me ha dado Sarah es en el Upper East Side. Por lo que de manera automática pienso en los edificios imponentes, las calles limpias y los escaparates de lujo de la zona. Es un mundo completamente diferente al mío, donde las personas parecen moverse con una seguridad y una confianza que me resulta ajena. ¿Cómo voy a encajar en un lugar así? Pero entonces pienso en la niña de cinco años a la que cuidaré, y en cómo los niños ven más allá de las apariencias y eso me consuela.

Paso el resto del día preparando mi currículum, revisando mis referencias y eligiendo cuidadosamente mi ropa para la entrevista. Quiero causar una buena impresión y demostrar que soy una persona competente. Pero más que eso, quiero ser alguien en quien esa pequeña niña pueda confiar.

Por la noche, cuando me meto en la cama, me cuesta dormir. Mi cabeza no deja de darle vueltas a cómo será la entrevista, en quién será ese señor Stone y qué tipo de persona estará detrás de ese apellido tan imponente. Pero por la mañana, aunque apenas he logrado pegar ojo, me levanto más segura de mí misma y de mis posibilidades. Me visto con un traje sencillo, pero profesional, me recojo el pelo en una coleta y reviso mis documentos por última vez antes de marcharme de casa.

El viaje en metro hasta el Upper East Side es largo. Cada parada me acerca más a un mundo que parece alejado del mío no solo por la distancia a la que vivo de él. Cuando finalmente llego, camino por calles amplias y arboladas, rodeada de edificios opulentos. Respiro hondo antes de acercarme al edificio que corresponde a la dirección que tengo anotada. Cuando estoy frente a él, observo su fachada de piedra y me parece más imponente de lo que había imaginado. Al entrar al *hall* de la entrada, el portero me saluda con cortesía cuando le digo a quién vengo a ver y me indica que tome el ascensor hasta el último piso. Mis nervios están a flor de piel mientras las puertas del ascensor se cierran y empiezo a subir. Me observo en el espejo del ascensor, intentando tranquilizarme. «Claire, puedes hacerlo. Los niños son tu fuerte. Esto es solo una entrevista más», me digo a mí misma.

Finalmente, cuando llego al último piso, las puertas metálicas del ascensor se abren y me muestran un amplio pasillo con paredes de color marfil y una alfombra de terciopelo azul que amortigua mis pasos. Camino hacia la única puerta que hay al final del pasillo, y siento cómo mi corazón late con fuerza. Tomo una respiración profunda y llamo el timbre. Poco después, la puerta se abre y me recibe una mujer de mediana edad con una sonrisa profesional. Es Sarah, sin duda.

—Claire Bennett, ¿verdad? —pregunta y asiento al escucharla—. Soy Sarah, la asistente del señor Stone. Pasa, por favor.

Entro y lo primero que noto es el silencio. El apartamento es espacioso, con una decoración minimalista pero lujosa y unos grandes ventanales que ofrecen una vista impresionante de Central Park. Todo está impecablemente ordenado, nada que ver con mi pequeño apartamento en Brooklyn. Sarah me guía a través de una sala de estar hacia un despacho, donde un hombre alto y bien vestido está de pie junto a un escritorio, con la vista fija en la pantalla de su ordenador. La tensión en sus hombros es evidente, y cuando finalmente levanta la vista hacia mí, me encuentro con unos ojos grises que parecen verlo todo, pero que no muestran nada, parecen vacíos.

—Señor Stone, ella es Claire Bennett —anuncia Sarah y su voz parece romper el hielo en el aire.

Él asiente con un movimiento apenas perceptible y luego se acerca para estrechar mi mano. Su apretón es firme y su piel fría. Hay algo en su presencia que me hace sentir pequeña, como si este hombre pudiera aplastarme con una sola palabra, pero al mismo tiempo, hay algo en su mirada gris que me intriga, una sombra que parece esconder más de lo que muestra.

—Gracias por venir, señorita Bennett —dice con una voz profunda y controlada, pero sin la calidez que esperaba—. ¿Ha traído sus documentos?

—Sí, aquí están —respondo, entregándole mi currículum y las cartas de recomendación. Sus dedos rozan los míos al tomarlos y siento una corriente eléctrica recorrer mi brazo. Me aclaro la garganta para disimular esa sensación y lo observo. El señor Stone los revisa en silencio, moviendo su mirada rápidamente por las páginas. Estoy demasiado nerviosa para hablar, así que solo espero, intentando controlar mi respiración. Finalmente, levanta la vista y asiente de nuevo, como si hubiera llegado a una conclusión.

—Su experiencia es impresionante —dice, aunque su tono es neutral—. Mi hija, Hazel, tiene cinco años y necesita a alguien que pueda ofrecerle estabilidad. Si decide aceptar este trabajo, su vida cambiará significativamente. Vivirá aquí, en el apartamento, y su prioridad será Hazel.

Asiento, intentando procesar la información. Vivir aquí, en este mundo tan diferente al mío, parece aterrador y emocionante al mismo tiempo. Pero si esto es lo que se necesita para salir adelante, entonces lo haré. No tengo la más mínima duda.

Capítulo 2

James

El teléfono suena con insistencia sobre mi escritorio y arruina la concentración que intento mantener en el informe que tengo delante. Suspiro y deslizo los dedos sobre la madera pulida antes de responder. Es Sarah, mi asistente personal, quien parece más decidida que nunca a resolver la última de las preocupaciones que ha estado carcomiéndome desde hace meses: encontrar a alguien que me ayude a cuidar de Hazel.

—Señor Stone —comienza Sarah con su tono profesional, aunque no puede ocultar la urgencia en su voz—. He encontrado una candidata. Se llama Claire Bennett. Su currículum es impresionante. Creo que debería tenerla en cuenta.

Dejo escapar un gruñido involuntario. Otra niñera. Otra desconocida que entrará en mi vida o, más bien, en la de Hazel, pretendiendo poder ofrecerle algo que ni siquiera yo he podido darle desde que Olivia se fue. La sola idea de dejar que alguien ocupe ese espacio me irrita profundamente.

—Sarah, ya hemos pasado por esto antes. No necesito recordarte cómo terminaron las últimas entrevistas —respondo, intentando mantener la impaciencia fuera de mi voz, aunque sé que fallo en el intento. Mi mirada se desvía hacia la ventana, donde el cielo gris de Nueva York se cierne sobre la ciudad, tan distante y frío como yo mismo me he vuelto.

—Lo sé, señor Stone, pero esta joven parece diferente. Es educadora infantil y según pone en su currículum tiene experiencia en el cuidado de niños en entornos difíciles. Puede que sea justo lo que Hazel necesita.

Lo que Hazel necesita. Esa frase me deja helado. Sé lo que mi hija necesita, lo sé mejor que nadie, y es algo que nadie en esta maldita ciudad puede ofrecerle. La voz de Sarah, sin embargo, es firme y resuelta, y reconozco que ha estado lidiando con esto tanto como yo, aunque de una manera diferente. La culpa invade mi pecho, recordándome que no puedo seguir evadiendo esta responsabilidad.

—De acuerdo —respondo finalmente, resignado—. Que venga mañana a primera hora y la entrevistaré personalmente.

—Gracias, señor Stone. Estoy segura de que no se arrepentirá—. Sarah cuelga antes de que pueda responder, probablemente temiendo que cambie de opinión.

Cuelgo el teléfono y me dejo caer en el sillón de cuero de mi escritorio. La luz tenue del atardecer se cuela por los ventanales, proyectando sombras que llenan la habitación de un ambiente melancólico. Siempre he preferido trabajar hasta tarde, sobre todo desde que Olivia... Me detengo antes de permitir que ese pensamiento se complete. Pienso en Hazel, mi pequeña, que ahora está en su habitación, probablemente perdida en uno de sus libros de cuentos. Se ha retraído en sí misma desde que Olivia murió y, aunque me esfuerzo en ser el padre que ella necesita, sé que no puedo hacerlo solo. Necesito ayuda, y aunque detesto admitirlo, quizás Sarah tiene razón.

A la mañana siguiente, me despierto con la misma sensación de vacío que ha sido mi compañera constante durante estos años. Me ducho, me visto y tomo mi café, todo en un silencio casi reverente, como si estuviera preparándome para una batalla. El apartamento está silencioso, demasiado grande y lujoso solo para mi pequeña y para mí. Cuando Olivia estaba aquí, cada rincón de este lugar tenía vida. Ahora, en cambio, es simplemente un espacio frío y gris, una réplica de mi propio estado emocional.

Sarah llega antes que la candidata, como siempre, puntual y eficiente. Ella sabe cuánto odio estas entrevistas y cómo cada una de ellas me recuerda lo que falta en nuestras vidas. Pero es demasiado profesional para mencionarlo.

—Señor Stone, Claire Bennett llegará en diez minutos. ¿Quiere que la reciba y la acompañe hasta aquí? —pregunta, aunque ambos sabemos que no es una pregunta real. Sarah siempre ha sido la que maneja estos detalles.

—Sí, está bien —respondo, volviendo la mirada hacia mi ordenador, aunque mis pensamientos están lejos de la información de alguno de los casos que llevo y que ahora aparecen en la pantalla.

Pasan unos minutos antes de que escuche un golpe suave en la puerta. Me enderezo en mi silla y tomo una respiración profunda, preparándome para lo que viene. La puerta se abre y Sarah entra primero, seguida por una joven, con un traje sencillo pero adecuado. Su cabello rubio oscuro está recogido en una coleta baja, y sus ojos verdes, grandes y brillantes, me observan con una mezcla de curiosidad y nerviosismo.

—Señor Stone, esta es Claire Bennett —dice Sarah con voz profesional.

Me levanto para estrecharle la mano, y lo primero que noto es lo firme de su apretón, algo que no esperaba de alguien de su apariencia. Es joven, sin duda, pero hay una determinación en su mirada que no había visto en otras candidatas. Sin embargo, no puedo evitar sentir una punzada de escepticismo al pensar en si sabrá cuidar bien de mi pequeña.

—Señorita Bennett —saludo con un tono neutral, casi frío, mientras la invito a sentarse—. Gracias por venir. Me gustaría saber más sobre su experiencia.

Ella asiente y me entrega su currículum, que examino con detenimiento. Mientras leo, escucho su voz mientras me habla de su formación, sus trabajos anteriores y su pasión por la educación infantil. Habla con seguridad, con un tono cálido y envolvente, pero hay algo en su voz que también me incomoda. Es demasiado optimista, demasiado... joven.

—Veo que tiene experiencia con niños en situaciones difíciles —digo, levantando la mirada del papel para encontrarme con sus ojos—. Pero ¿qué sabe realmente sobre lo que significa cuidar de un niño que ha perdido a su madre?

Mi pregunta es directa, casi cruel, pero necesito saber cómo reacciona. He visto a otras candidatas desmoronarse bajo la presión de preguntas similares. Es mi forma de proteger a Hazel, de asegurarme de que nadie entrará en su vida sin comprender realmente lo que significa.

Claire se toma un momento antes de responder, lo cual respeto. No es una de esas respuestas automáticas que suelo escuchar, llenas de clichés y frases vacías.

—Sé que no puedo comprender por completo lo que Hazel está pasando —dice con voz suave pero firme—. Pero entiendo lo importante que es para un niño tener estabilidad, sentirse seguro y amado, especialmente después de una pérdida. Mi trabajo es ofrecerle eso y ser un apoyo constante para ella, alguien en quien pueda confiar.

Algo en sus palabras me hace detenerme. No es lo que dice, sino cómo lo dice, con una convicción que parece propia de una persona mayor que ella. Pero sigo siendo cauteloso. No puedo permitirme creer en promesas vacías.

—Hazel ha estado a cargo de varias niñeras desde... desde que su madre murió —digo, eligiendo cuidadosamente mis palabras—. Ninguna ha durado más de unos meses. No puedo permitir que mi hija se encariñe con alguien de nuevo y que esa persona desaparezca poco después. Necesito saber que usted es capaz de comprometerse a largo plazo.

Claire asiente y veo un destello de comprensión en sus ojos. No es solo una entrevista para ella, lo veo en su expresión. Quizás entiende la situación más de lo que he imaginado al principio.

—Entiendo su preocupación, señor Stone —responde—. No me tomo este tipo de responsabilidades a la ligera. Si me da la oportunidad, prometo que estaré aquí para Hazel tanto tiempo como ella me necesite.

Me quedo en silencio un momento, evaluando cada palabra. Hay algo en ella, que me hace reconsiderar mi escepticismo inicial. Pero aún no estoy listo para ceder. Al menos, no todavía.

—Me gustaría que conociera a Hazel —digo finalmente levantándome de mi silla—. Así podremos comprobar cómo se llevan.

La acompaño por el pasillo hasta la habitación de Hazel, donde mi hija está sentada en su cama, con un libro entre las manos. Sus grandes ojos se levantan cuando entramos, y veo cómo evalúa a Claire, con esa mirada seria que ha adoptado desde la muerte de su madre.

—Hazel, esta es la señorita Bennett. Es posible que empiece a cuidar de ti —le digo con voz suave.

Hazel asiente, pero no dice nada. Claire se acerca con cuidado hasta ella, manteniendo una distancia respetuosa, algo que aprecio mucho. He visto a mi hija retraerse ante otros adultos, pero hay algo en la forma en que Claire la mira, con una mezcla de ternura y respeto, que parece desarmar a mi pequeña.

—Hola, Hazel —dice Claire con una sonrisa cálida—. He oído que te gustan los cuentos. ¿Qué estás leyendo?

Hazel duda un momento, pero luego le muestra la portada del libro de *El soldadito de plomo*, sin hablar. Es un cuento clásico, uno de los favoritos de Olivia. La nostalgia me golpea con fuerza, pero me mantengo firme, observando cómo interactúan.

—Ese es uno de mis preferidos —dice Claire mientras se sienta en una silla junto a la cama—. ¿Cuál es tu parte favorita?

Hazel duda, pero luego señala una página en particular. Claire asiente y comienza a hablar sobre la historia, preguntándole a Hazel sobre los personajes y qué le gusta de ellos. Es una conversación simple, pero veo algo que no había visto en mi hija desde hace tiempo: una pequeña chispa de interés. No sonrío, pero está participando en la conversación, y para mí, eso es suficiente por ahora.

Me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración, esperando ver si Hazel se abre un poco más. No lo hace del todo, pero tampoco se retrae, lo cual, ya es un pequeño milagro. Claire no la presiona, ni intenta forzar la conexión entre ellas y eso me da un pequeño atisbo de esperanza. Después de unos minutos, decido interrumpirles antes de que la situación se vuelva incómoda. Necesito un momento para procesar lo que acabo de ver.

—Hazel, la señorita Bennett y yo vamos a hablar un poco más. Enseguida regreso— le digo, y ella asiente, volviendo a su libro.

Salimos de la habitación y cuando la puerta se cierra, me encuentro evaluando a Claire con nuevos ojos. No puedo evitar sentirme irritado por la forma en que está empezando a hacerme cuestionar mis propias decisiones.

—Parece que Hazel se ha sentido cómoda con usted —le comento manteniendo mi tono neutral.

—Es una niña maravillosa, señor Stone. Solo necesita tiempo y estabilidad. Estoy segura de que, con un poco de paciencia, podremos conseguirlo —responde con la voz cargada de esa misma determinación que vi antes en ella.

Miro hacia la puerta cerrada de la habitación de mi hija y luego vuelvo la mirada a Claire. Las palabras de Olivia regresan a mí como un susurro, recordándome cómo siempre me decía que Hazel necesitaba una figura femenina en su vida, alguien que pudiera ofrecerle lo que yo no podía. Pero la idea de reemplazar a Olivia es algo que no puedo soportar y me esfuerzo por sacar esos pensamientos de mi cabeza.

—Está bien, señorita Bennett. Acepto su propuesta, pero con una condición —digo con voz firme—. Este trabajo requiere compromiso total por su parte. Si acepta, debe estar dispuesta a ser parte de su vida durante mucho tiempo. Hazel no puede permitirse más pérdidas.

Claire me mira con sus grandes ojos verdes y asiente.

—Lo entiendo, señor Stone. Estoy dispuesta a comprometerme.

No estoy seguro de qué es lo que me hace confiar en ella, pero en este momento, siento que no tengo otra opción. Hazel necesita a alguien y quizás Claire Bennett podría ser esa persona.

—Muy bien —le respondo inclinando ligeramente la cabeza—. Puede empezar mañana.

Sarah se encarga de los detalles finales y cuando Claire se va, me quedo solo en mi despacho mirando por la ventana hacia la ciudad que nunca duerme. Siento que algo dentro de mí ha cambiado, como si hubiera dado un paso en una dirección que no esperaba. Claire Bennett es una incógnita, pero una parte de mí no puede evitar preguntarse si, tal vez, esta vez será diferente. Tal vez, he encontrado a alguien que pueda cuidar de Hazel como

ella lo merece.

Me siento en mi escritorio, tomando una respiración profunda para después soltar el aire poco a poco. Según mis pulmones se van vaciando, mi escepticismo empieza a disiparse, aunque solo sea un poco.

[Continúa leyendo aquí](#)

[:::Hazte con él durante la preventa al 50%!!!](#)

Nota de la autora

Querid@ lector@,

Si has llegado hasta aquí, déjame darte las gracias por haberlo hecho. Deseo que hayas disfrutado estas historias y los hayas amado tanto como yo mientras las creaba.

Si te gustan mis historias, te animo a que le des una oportunidad a mis otras novelas publicadas. Mientras, yo continúo trabajando para que dentro de muy poquito puedas seguir leyendo mis nuevas historias.

[Aquí puedes encontrar todas mis otras novelas.](#)

Hasta pronto y feliz lectura,

Sarah Valentine

¿Dónde puedes encontrarme?

En mi lista de correo: <https://sarahvalentine.substack.com/>

Instagram: [@sarahvalentine_escritora/](https://www.instagram.com/sarahvalentine_escritora/)

TikTok: [@sarahvalentine_escritora](https://www.tiktok.com/@sarahvalentine_escritora)

Facebook: [Sarah Valentine](https://www.facebook.com/Sarah-Valentine)

Fan Page Facebook Sarah Valentine escritora: [facebook.com/sarahvalentine_escritora](https://www.facebook.com/facebook.com/sarahvalentine_escritora)

Mi grupo de lectoras VIP: [Las Valentinas de Sarah Valentine](#)

En mi mail: sarahvalentine_escritora@gmail.com